MI MARIDO Y SU MUJER

ROSARIO OYHANARTE

Mi marido y su mujer

SERIE FARO, 3

Rosario Oyhanarte

Mi marido y su mujer

© 2018, Rosario Oyhanarte / rosiestipsok@gmail.com

Fotografía de cubierta: Rosario Oyhanarte

A Sophie y Alejandro
A Londres

1

—¿Por qué vistes ropa normal si eres árabe? Te lo quiero preguntar desde que nos conocemos.

Rashid rio y le dio a Emma un beso en la mejilla. No se ofendió ante su ignorancia: sabía que esas preguntas eran parte del juego. Él debía fingir indignarse para luego preguntarle a qué se refería ella con "normal" y si, acaso, normal era su rubio teñido. Luego, ella fingiría enfadarse ante la inquisición de que su cabello lucía mal, cuando todo el mundo sabía que no había un rubio tan espléndido como el de una chica *Sloane*. Y así, entre cervezas y una tensión sexual capaz de derribar las paredes del bar de Oxford, Emma y Rashid pasaban las noches desde hacía seis meses, cuando habían empezado a salir.

Se habían conocido en la universidad. Eran los comienzos del siglo veintiuno y por las calles inglesas se veían rostros de todos colores. Ya nadie pretendía caminar por Londres y que las parejas de la mano lucieran la misma tez pálida y dientes amarillentos. Pero claro que los padres de Emma no estaban contentos con la pareja de su hija: Emma, la que siempre había sido tan inteligente y prometía un futuro exitoso, tanto en lo personal –casada con el hijo de alguno de sus amigos– como en lo profesional, aunque poco importaba esto al señor Parker, que más bien se desvelaba por saber quién sería el afortunado en desposar a su hija. ¿Acaso este sería Rashid, oriundo de Siria, que se suponía muy inteligente, pero era tan lejano a su idiosincrasia? En el fondo, sus padres pensaban que no. Creían que este era otro de los caprichos de su hija, a quien siempre le había gustado desafiarlos y llevarles la contra.

Emma no se los había presentado aún; no por miedo a que el señor y la señora Parker no aprobaran a Rashid, sino al revés. No quería que el esnobismo de sus padres pudiera hacer pensar a su novio que ella no era la Emma tan brillante y con valores férreos de la que se había enamorado. Pero sabía que el encuentro era inminente.

—¿En qué piensas? Estás muy callada —dijo Rashid.

—En lo rica que está la cerveza. Lástima que no la puedas probar —dijo Emma, con una sonrisa pícara que a Rashid le hacía querer comerla a besos.

—Ay… estas chicas inglesas… Tenía razón mi madre cuando decía que estudiar en Oxford era peligroso, que era mejor quedarme en Siria y casarme con la hija del vecino.

—Qué aburrido… Otro tema que nunca voy a entender de tu cultura: los matrimonios arreglados. Estamos a principios del siglo veintiuno, Rashid, y esa costumbre…

—Si viajaras conmigo a Siria sabrías a lo que me refiero, pero no quieres…

Desde que habían formalizado su relación Rashid había querido llevar a Emma a su país. Deseaba que conociera a su madre, porque su padre ya había muerto, y a su gran amigo, Ahmad. Pero Emma no había accedido aún. No es que deseara contentar a sus padres que, por supuesto, no aprobaban el viaje de su hija, o que no la sedujera la idea de viajar a Siria; al contrario, quería saber todo acerca de la vida de Rashid: cuáles eran sus costumbres, cómo lucía su país, qué aromas adornaban su infancia y desde qué habitación la había cortejado por teléfono, ese verano en que él había vuelto a casa y justo comenzaban a salir. Sin embargo, tenía miedo. Emma era la primera en aconsejar a sus amigas que no avanzaron tan rápido con sus candidatos, harta de verlas llorar ante cada desilusión amorosa. Cuando Flora decidió perdonar a James luego de que él le había puesto los cuernos, Emma se había indignado; hasta había perdido un poco de respeto por su amiga. Pero, claro que no era lo mismo someterse a una relación infiel que salir con un árabe, ¿no? Ella lo entendía, pero no sabía si su familia tenía su misma capacidad de entender. En todo caso, sería problema de ellos. Emma sabía que Rashid era distinto a los ingleses esnobs con los que salía su círculo. Quizás ya era hora de ceder…

—Creo que antes de subirme a un avión deberíamos comenzar por algo tan simple como cenar con mis padres. Todavía no los conoces…

Rashid sonrió. Entendía el paso que implicaba conocer al señor y la señora Parker; aunque Emma siempre dijera que no le importaba la opinión de sus padres sabía que, en el fondo, esto no era así. A sus amigas ya las tenía compradas, lo cual no había sido demasiado difícil, salvo por una o dos envidiosas que, a esta altura, Rashid sabía que existían en cada grupo inglés. Y también estaba Claire, vecina de Emma de toda la vida y, supuestamente, "su amiga fiel", que le había propuesto a Rashid subir a su habitación en una fiesta en su casa. Rashid nunca se lo había contado a Emma.

—Tus padres no me conocen porque tú no me los has presentado. Vayamos a Londres este fin de semana. Te prometo que iré vestido de modo "normal" y todo. Y ahora pediré la cuenta así vas a dormir. Mañana deberás demostrarle al profesor Lewis por qué eres la estudiante más brillante de toda la universidad.

—Muchas gracias, la cena ha estado excelente.

—Nos alegra que te haya gustado el *kabseh*, Rashid. Emma nos dijo que es tu plato preferido. Desde ya, ¡cerdo no íbamos a preparar! —

dijo el señor Parker y soltó una carcajada forzada.

—No tenían por qué molestarse. Gracias, nuevamente. O *shukran*, como dicen en mi país. Ahora, si les parece bien, me iré a casa, que tengo un largo viaje.

Los Parker se quedaron bajo el marco de la puerta para saludar a Rashid hasta que se perdió de vista y, después de haberla cerrado, soltaron un largo suspiro al unísono. Dicen que las parejas casadas desde hace años empiezan a parecerse, pero en este caso, el sentimiento que los unía, el temor por el futuro de una hija, era más profundo aún que el paso de las décadas.

No es que el tal Rashid les hubiera caído mal. Era educado y se notaba su esfuerzo por agradarles. Pero ellos no eran ingenuos. Conocían miles de casos de árabes que, supuestamente occidentalizados, luego de unos años demostraban su verdadera forma de ser. Después de todo, es difícil escapar de la tradición de la familia y la cultura. Todos los años leían en las noticias acerca de mujeres europeas, desesperadas tras haber perdido a sus hijos ante estos rufianes musulmanes. Porque eran eso, rufianes…

—¿Y? ¿Qué les pareció? —Emma estaba ansiosa como una niña que aguarda el permiso de sus padres para salir a jugar.

—Es amoroso el chico, Emma, pero ya sabes lo que pensamos. El matrimonio ya es de por sí lo bastante difícil como para complicarlo todavía más con elecciones… poco inteligentes —la señora Parker, al hablar, la miraba con pena.

—Tu madre tiene razón, querida. Sabes que te apoyamos en todo —dijo el padre—, pero ese todo tiene un límite. Tú eres una joven ingenua, a tu edad todos creen que el amor salvará al mundo. Pues, déjame que te cuente la verdad, Emma. Desde hace siglos el amor no salva al mundo. Ni siquiera salva a los matrimonios. Para que las cosas funcionen se necesita mucho más que amor —sentenció el señor Parker, mientras se servía un whisky y hacía señas a la empleada para que le acercara un cigarro. La señora Abbot presenciaba la escena callada desde la puerta de la cocina.

—Si ustedes no están felices con su matrimonio no tienen por qué trasladarme sus quejas. Hablan como si entendieran acerca del amor y de la vida, pero desde hace años no duermen en la misma habitación. ¿O me equivoco, señora Abbot? Usted está en esta casa desde que he nacido. ¿Cuándo fue la última vez que mamá y papá se han dado la mano? —preguntó Emma, y la señora Abbot se retiró de la sala con una mueca incómoda y sin responder.

—Señorita, le recomiendo que se calle antes de que sea demasiado tarde —dijo el señor Parker mientras apoyaba con fuerza su vaso de whisky en la mesa de mármol del salón de estar.

—Me callo desde hace años, papá. Y no tengo problema en seguir

así, siempre y cuando ustedes no interfieran en mi vida.

—¿Acaso un padre no puede opinar sobre el futuro de su hija? ¿En qué mundo vivimos? —preguntó el señor Parker, con el tono de voz cada vez más alto y a punto de quebrarse.

—Jamás has opinado respecto a mi carrera. Nunca te importó que dejara Medicina y me dedicara a estudiar Historia del Arte e Inglés.

—Es que eres mujer, Emma. Poco importa a qué te dedicas profesionalmente. Lo único importante para mí es el marido que eliges.

La madre intervino:

—Antes de que sueltes una perorata feminista, de esas que están tan de moda en la actualidad, te recomiendo que mires a tu alrededor. Las mujeres más felices que conoces son las que se casaron bien. ¿No es así? Las demás creen estar satisfechas con su vida profesional, pero en el fondo terminan rodeadas de gatos y viven solas en apartamentos del Este de Londres, mientras añoran la familia que no supieron formar.

—Mamá, no pienso discutir cada una de las tonterías retrógradas que has dicho. Mira, yo no soy quién para decir si has sido o no feliz con tu vida. Tú lo sabrás… Solo pido que entiendan que mi definición de felicidad puede no coincidir con la de ustedes. Si aceptaran a Rashid, todos estaríamos más contentos. Pero les aclaro que no pido su aprobación.

—Mejor así —dijo el señor Parker con su whisky ya terminado y los ojos cada vez más rojos— porque sería en vano. Jamás permitiré que una hija mía se case con un árabe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer para impedirlo?

—Por lo pronto, dejaré de pagar tus estudios, así dejas de compartir clases con ese matón; quizás, si dejas de verlo, se te pasa… esta enfermedad, este capricho, no sé cómo llamarlo.

—¡Ja! ¿Ahora Rashid es un matón? Solo te falta llamarlo terrorista. ¿Ha matado a alguien, acaso? ¿Tal vez a tus ansias de que tu hija se case con algún inglés insípido, de dientes amarillos y piel rosácea?

—Más respeto hacia tu patria, Emma. No te reconozco. ¿Qué diría la reina? Empiezas a desubicarte por completo. Soy tu padre y estoy orgulloso de ser inglés.

A esta altura, la señora Parker ya había dejado de opinar y se limitaba a observar la escena, con el llanto a punto de estallar y las manos que, nerviosas, jugaban con su falda plisada. No estaba acostumbrada a presenciar escenas tan agresivas. En su casa siempre se había respetado el buen trato hacia los mayores, la cordialidad. Y entonces le costaba creer que su hija, su pequeña Emma, se hubiera convertido en semejante monstruo, capaz de desafiar a su padre y con nociones tan determinantes acerca de la vida. Una parte suya la admiraba, claro que sí. Y hasta la envidiaba, quizás. Pero, en este

caso, esa parte estaba bien escondida, debajo de las perlas, del suéter de *cashmere*, de las capas de educación y buenos modales que los ingleses saben mantener ante todo y ante todos. De modo que no pudo, no quiso reconocer la parte suya que estaba de acuerdo con su hija: jamás lo hubiera permitido. Entonces, se limitó a guardar silencio y a asentir cada vez que el señor Parker lanzaba alguna de sus sentencias y golpeaba su vaso de whisky en la mesa de mármol, mientras con una seña le pedía a la señora Abbot que le hiciera a ella una taza de té.

Estaba clarísimo que con la oposición de sus padres sería difícil llevar adelante su relación con Rashid. Después de todo, Emma aún no era independiente; ellos financiaban sus estudios, la gasolina de su coche, su apartamento en Oxford, la cuota mensual para ropa, manicura, almuerzos con amigas en Chelsea… No estaba dispuesta a que su padre le cortara los víveres, que, después de todo, eran parte de lo que ella era. ¿Quién sería Emma sin su manicura, sus almuerzos, su auto, su armario? No es que fuera vanidosa. Bueno, quizás un poco. Pero todas las personas tienen una dosis de superficialidad. "El problema es cuando se hace de eso el todo, porque hay que saber balancear", había dicho alguna vez su profesora de Literatura Inglesa. Y Emma estaba de acuerdo. Si bien ella podía tener el mejor promedio de la carrera de Historia del Arte en Oxford, con todo el esfuerzo, la disciplina y el talento que eso implica, aun así necesitaba su costado material.

¿Qué era lo más sensato, entonces? ¿Terminar su relación con Rashid? No parecía viable. Emma siempre había sido algo fría, sí, pero estaba segura de que lo amaba. La aterraba la idea de perderlo, y también la perspectiva de volver a estar soltera. La escena de la soltería inglesa era en esos días cada vez más cruda, cruel, casi hostil. Sus amigas ya recolectaban ajuares y todos sus conocidos estaban en pareja. Sophie, su amiga más cercana, tenía fecha de matrimonio para el próximo abril. ¿Qué haría ella, sola otra vez? Emma se fastidió consigo misma por pensar semejantes tonterías. Desde ya, si llegaba el caso, encontraría novio muy pronto. Venía de una familia excelente, de las más tradicionales del país, y ella era todo lo que un hombre respetable buscaría en una mujer. Educada, bonita, inteligente, simpática, con una buena dosis de picardía... Pero ese no era el caso. El caso era que amaba a Rashid y no quería perderlo. Emma, que siempre había sido pragmática, redujo sus opciones a tan solo dos. "O dejo de salir con Rashid o lo hago a escondidas". En principio, la tentaba más la segunda opción.

Pero se odió a sí misma por siquiera haber pensado que había "alternativas". Sintió vergüenza, asco. Detestaba su costado tan frío.

Tenía pocas cosas claras en la vida, pero sabía que Rashid era su definición de felicidad. Hasta hubiera estado dispuesta a viajar a Siria, si era necesario… aunque esperaba que no lo fuera.

Cuando Emma llegó al bar, Rashid no demoró en preguntarle qué habían dicho sus padres de él. Emma admiraba la confianza de Rashid en sí mismo. Ella jamás preguntaría qué impresión había causado en sus familiares o amigos, le daría pudor.

—Tú sabes cómo somos los ingleses, Rashid. Cuando nos mostramos demasiado amables es que queremos ser educados y nada más. Tu forma de saber que en verdad estás dentro del círculo de confianza es lo contrario, que seamos groseros o hagamos alguna broma de mal gusto.

—Bueno, tu padre anoche ha sido muy amable conmigo. Y tu madre, aún más. ¿Qué insinúas, entonces? ¿Debo preocuparme?

—Tú solo preocúpate de agradarme a mí, eso es lo único que importa.

—Pensé que eso ya lo había logrado hace tiempo…

—Sabes que el amor se construye cada día, Rashid. Estoy segura de que habrá algún versito cursi escrito al respecto, de esos que a ti tanto te gustan.

—¿Algo así como el soneto 116 de Shakespeare?

—¿Cuál era…?

—*… no es amor el amor que cambia siempre por momentoso que a distanciarse en la distancia tiende.*

El amor es igual que un faro imperturbable,
que ve las tempestades y nunca se estremece.
Es la estrella que guía la nave a la deriva,
de un valor ignorado, aun sabiendo su altura.
No es juguete del Tiempo, aun si rosados labios
o mejillas alcanza, la guadaña implacable.
Ni se altera con horas o semanas fugaces,
si no que aguanta y dura hasta el último abismo…

—¡Ya basta, que me das ganas de vomitar! ¿El truco de citar a Shakespeare te funciona con las otras chicas?

—Solo con las rubias. Las morochas prefieren a Coleridge.

—No puedes profanar a nuestros grandes autores. Debes ser más respetuoso hacia el gran Bardo de Avon. Más bien me refería a algo escrito por ese español que estaba de moda hace unos años. No recuerdo su nombre ahora.

—Bécquer.

—Ese mismo. Qué memoria tienes.

—Sí, lástima que gracias a Google de nada sirve tener memoria. Ya llegará el día en que dejes de maravillarte ante mi memoria, Emma, y

ese día me dejarás por un banquero inglés.

—Ya he salido con banqueros ingleses y me aburren. Siempre valdrás para mí.

—Miren quién se ha puesto cursi, ahora. ¡Devuélvanme a mi novia ya mismo, por favor!

—Hablo en serio, Rashid. ¿Qué pasaría si quisieran separarnos?

—Pues nada. No vivimos en una novela escrita por alguna Brontë. ¿Quién querría separarnos?

—Solo pregunto...

—Emma, no soy idiota. Sé que a tus padres no les agrado. Bueno, no yo, sino lo que represento, la idea que tienen de mí. Y los comprendo. A mí tampoco me gustaría que mi única hija se casara con un hombre de otra cultura, de otra religión. Tampoco pienses que mi madre respondió extasiada a mi carta cuando le conté sobre ti.

—¿Casarse? ¿Quién habló de casamiento?

—Yo, ahora.

—Vamos, Rashid, no se hacen bromas con eso.

—No bromeo. Quizás, si nos casáramos, verían que
lo nuestro va en serio.

—En Occidente se acostumbra que los hombres se arrodillen ante la dama y desplieguen un buen anillo, antes de pedirles algo así.

—Pensé que te aburrían los modos de los hombres occidentales. Pero, por si acaso, también pensé que este modelo de anillo podría ir bien con tu estilo.

—Rashid, no puedo creerlo. ¡Lo tenías todo pensado! ¿Desde hace cuánto? El anillo es perfecto. ¡Perfecto!

—Un mago no revela sus trucos. Pero tengo una duda. ¿La costumbre inglesa no dice que debo pedir la mano a tu padre?

—Dadas las circunstancias, podríamos ahorrarnos ese paso.

—¿Y entonces…?

—Déjamelo a mí.

La señora Parker esperaba a su marido ansiosa en el salón de estar. Ya eran casi las nueve de la noche y el señor Parker ya debía regresar de su cena con Emma. Entonces, sonó el timbre. Su marido jamás se molestaba en usar sus llaves para abrir la puerta, sino que tocaba el timbre para que la señora Abbot o su mujer fueran a abrir. Al entrar al salón, el señor Parker se desplomó en su sillón preferido. Lo habían heredado de su abuela materna.

—¿Y? ¿Cómo te ha ido?

—Pésimo.

—¿Qué te dijo? No me digas que Emma está embarazada.

—No todavía.

—¿Podrías ser un poco más específico? ¿Qué significa “no todavía”?

¿Acaso lo está pensando? ¿Le explicaste que no es decoroso embarazarse, y menos de un árabe, antes del matrimonio?

—Querida, creo que hace rato el decoro dejó de ser un tema en cuestión. Y no me pidas que sea específico porque nada bueno saldrá de mi boca en este momento. Emma pretende casarse con Rashid, eso me ha dicho.

—¿Ca… qué? ¿Hablas en serio?

—Jamás bromearía al respecto.

—Le has dicho que no tiene permiso. ¿No? ¿Que no piensas darle dinero para la boda, que no pienso ayudarla en ningún preparativo? Dios mío, es una tragedia. ¿Qué pensarán mis hermanas, mis amigas… Y mi madre…? Morirá con la noticia.

—Eso quizás no sería tan grave.

—Edward, no es momento para bromas.

—Aún no le he dicho, Susan, no he podido ni hablar. Nuestra hija me deja sin palabras.

—Por eso siempre la has admirado tanto.

—Sí, pero mira a dónde me ha llevado la admiración...

—¿Y qué haremos?

—Lo inevitable. Dejar que se case. De todos modos, nunca pidió permiso, ni ayuda, ni siquiera dinero. No creo que pretenda hacer un gran despliegue. Solo quiere casarse. Susan, creo que nuestra hija en verdad está enamorada de este hombre.

La señora Parker temía lo mismo. Nunca había creído que Emma fuera tan débil; había pensado que se le pasaría pronto su deslumbramiento juvenil o que, en todo caso, no sucumbiría ante él. No podía creer que Emma hubiera convencido a su padre, que ahora le planteaba a Susan "acompañar a su hija".

—Será el escándalo de la ciudad, Edward.

—Hay escándalos peores, Susan. A la gente le encanta hablar. Hablarán un tiempo del tema y luego pasarán a otra cosa. Ya llegará el chisme del traspié amoroso de alguna otra chica *Sloane*...

Susan permaneció en silencio unos minutos. Lo único bueno de todo el cuento es que no habría gran despliegue. Quizás, entonces, la noticia pasaría inadvertida. En todo caso, ella no invitaría a nadie. Tantos años de disciplina, de cuidado de las formas, de privarse de cosas, para que su hija destruyera su reputación…

Ante la mirada triste de su mujer, el señor Parker le dijo:

—Sabes que yo tampoco hubiera elegido este candidato para ella, pero nuestra hija se casará, nos guste o no, o sea que tenemos dos opciones. Acompañarla, para hacer la tragedia lo menos trágica posible, u oponernos, con lo que la tragedia será aún peor.

—Siempre tan pragmático, Edward. En fin, necesitaré unos días para terminar de asimilar la noticia. Si te parece bien, tomaré el tren a

Norfolk esta misma tarde. Necesito irme a la costa a descansar.

Rashid intentaba leer los apuntes para su examen de Finanzas, pero le costaba concentrarse. Por fin, vio a Emma ingresar al bar.

—¿Y? ¿Cómo te ha ido?

—De maravillas…

—Pensé que no apreciabas la ironía, Emma.

—No es ironía. Hablé con mi padre y le expliqué que te amo y que no le pediría permiso para la boda. Le aclaré, además, que no necesitaremos su ayuda financiera, y al quitarle el dinero como posible obstáculo ya no supo qué más decir.

—Está bien, pero no es lo que esperaba. Cuando dijiste "de maravillas" por un momento me ilusioné, pensé que quizás te había dado su consentimiento.

—Rashid, su consentimiento llegará con el tiempo. Mis padres son buenas personas, pero tienen muchos prejuicios contra ti, piensan que me robarás los hijos, que solo te importa mi dinero... Cuando pasen los años, o quizás los meses, y vean lo buena persona que eres, te querrán como a un hijo. Ahora, respecto a tu familia, no sé qué haremos...

—Sabes que mi madre es muy tradicional, ella no esperaba que me casara con alguien como tú. Pero, a la vez, desde el momento en que partí para Inglaterra, supo que era parte del riesgo.

—¡Tremendo riesgo soy!

—Sí, pequeña, y es lo que me encanta de ti.

Rashid sabía que su madre no sería la única en oponerse a la idea de la boda. A sus amigos también les costaría aceptar que no se casara con una chica siria; especialmente a su gran amigo de la infancia, Ahmad, que siempre había defendido las costumbres de su país a ultranza. Pero decidió no pensar en eso. Poco le importaba contentar a los demás con su decisión.

Rashid y Emma empezaron entonces a delinear los pasos por seguir, mientras pedían a la moza algo para beber. "Es bastante mirona", pensó Emma, que siempre había sido celosa. Pero estaba tan entusiasmada con las novedades que ni eso le importó. Decidieron hacer una ceremonia sencilla, después de los exámenes. Algo como un almuerzo con amigos, y con el señor y la señora Parker, si es que aceptaban la invitación. Emma propuso que el evento fuera en su restaurante preferido de Chelsea, donde la conocían desde hacía años y podrían reservarle una sala para el grupo. Ella misma se encargaría del arreglo de flores. Rashid accedió, claro; sabía que ese era el rol de su futura mujer, que nadie organizaba almuerzos ni cenas mejor que ella. Lo que a él más le importaba discutir, en cambio, era la ceremonia religiosa.

—Si para ti es importante, podemos casarnos bajo el rito cristiano —dijo Rashid.

—¿Estarías dispuesto a resignar una boda musulmana? —preguntó Emma, molesta ante la moza que demoraba demasiado en servir la cerveza; parecía querer escuchar su conversación.

—Debo admitir que no es lo que hubiera imaginado, pero sí. En especial, si ayudará a que tus padres cambien su idea sobre mí. Veré qué le digo a mi madre, porque no quisiera romperle el corazón. Si se enterara de que su hijo mayor no se ha casado con una musulmana y que ni siquiera respeta el rito musulmán, eso la destrozaría.

Rashid explicó que el Corán no prohíbe los matrimonios mixtos, salvo que un musulmán quiera casarse con una politeísta, que no se permite. Pero el islam considera que el judaísmo y el cristianismo pertenecen a las llamadas "religiones reveladas" o "religiones del Libro". Así que no habría problema…

—El único problema será romper las ilusiones que tenía tu madre respecto a su hijo predilecto. Podemos no decirle…

—Creo que ustedes llamarían a eso una "mentira piadosa" ¿no? Jamás funcionaría con mi madre. Se ve que aún no la has conocido. Es muy entrometida. Desde ya que se enterará, y me parece bien que así sea. La madre es la madre…

Con cada palabra de Rashid, Emma estaba más segura de querer casarse con él. Quizás la de ellos no sería la boda con la que ella siempre había soñado pero, después de todo, jamás había soñado demasiado respecto al día de su boda. En los últimos tiempos, veía a tantas mujeres preocupadas por conseguir el vestido o el salón perfecto, pero sin prestar atención al candidato. Pasaban más tiempo organizando la fiesta que casadas. A Emma le parecía patético. Rashid y ella estarían juntos toda la vida. Mientras la moza les acercaba la cuenta, tomó bien fuerte la mano de su futuro marido y sonrió.

2

—Bueno, es mi turno. Yo también quiero hacer un brindis por Emma y por Rashid. Porque estos últimos siete años nos han enseñado a todos que el amor también puede tener cara de musulmán.

—¡Papá, no es gracioso! —Emma golpeó a su padre en el hombro mientras Rashid abrazaba a su suegro y reía a carcajadas. La señora Abbot rellenaba las copas de los invitados, que no demoraban en vaciarse.

—Saben que odio el sentimentalismo. Soy demasiado inglés, pero por mi hija haré el esfuerzo. Debo admitir que he pasado algún tiempo enojado con Rashid, con Emma, con la idea de tener nietos que no fueran producto de la pareja que yo hubiera elegido para ella. Pero, a cada año que pasa, confirmo que tengo mucho que aprender de mi querido yerno. De su amor incondicional por la familia y los amigos. De su respeto por las tradiciones y el valor de la palabra. Y, en especial, gracias a Rashid he aprendido que no todos los árabes comen mal ni roban sus hijos a las mujeres occidentales.

El living estalló en risas, no porque la broma del señor Parker fuera particularmente graciosa; además, tampoco era la primera vez que caía en comentarios de ese estilo, pero sucedía que todos sentían cierta pena por Edward que ya, entrado en su octava década de vida, había dedicado casi siete de ellas a beber. Sus palabras ya no transmitían la experiencia propia de las de un hombre mayor, sino que evocaban la compasión hacia un viejo gagá.

No es que estuviera loco, ni que ya no pudiera pensar. Para los negocios aún era tan lúcido como aquel veinteañero que había sabido revolucionar el mercado de la construcción, pero la edad lo ponía cada vez más repetitivo. Emma amaba a sus padres e intentaba verlos seguido. Adoraba que jugaran con sus hijos y notar que la edad los ponía más blandos, más cariñosos. Al verlos abrazar a sus nietos y consentirlos con tantos regalos y permisos, casi no los reconocía. ¿A dónde había quedado la mano firme que ella había padecido toda su infancia? Siempre habían sido buenos padres, pero Emma había debido soportar que con ella fueran estrictos y exigentes. Que ante un "obtuve la mejor nota de la clase", su respuesta siempre hubiera sido "es tu responsabilidad". Que no la hubieran ido a ver a los actos escolares, porque su papel no era el protagónico. Que su madre le hubiese remarcado cada nuevo granito de la adolescencia y cada kilo

de más. Y, en especial, que en el comienzo no hubieran aceptado a Rashid.

No es que Emma estuviera resentida. En verdad no lo estaba, y hasta podía admitir que ella, como madre, era mucho más parecida a la señora y el señor Parker que lo que hubiese querido aceptar. Pero no dejaba de causarle sorpresa la forma en que habían cambiado sus padres después de solo siete años. Emma sospechaba que la causa eran sus hijos, no solo porque el amor de abuelos enternece a las personas, sino porque al comprobar que, con la llegada de los niños, la relación entre ella y Rashid era igual o aún mejor que antes, se permitieron relajarse. "Mi pesadilla es que te levantes un día y tus chicos ya no estén", solía repetirle su madre, aunque en cada oportunidad Rashid demostraba ser un excelente padre y marido.

Había veces en que ella hubiera querido matarlo, desde luego, porque también de eso se trata el matrimonio. Pero Emma estaba orgullosa de haberse animado a desafiar a sus padres. Ella había intuido desde siempre que Rashid era el hombre ideal, algo que comprobó con el embarazo de su primogénita, Lucy. En todo el proceso Rashid la cuidó, la protegió y supo imponerse cuando su madre pretendió exigir que se mudaran a Siria. Le dejó en claro que su nueva familia era con Emma, y que a ella le debía obediencia en primer lugar. Supo esforzarse en su trabajo y llegó a fundar su propia empresa, para darle a Emma la vida acomodada que ella nunca había querido perder. Supo ser fiel a sus costumbres y a su educación, y a la vez, respetaba las de Emma. Supo incentivarla para que terminara su primera novela, que tanto trabajo le había costado y que, al fin, había sido un éxito editorial. También supo apoyarla el día en que decidió trabajar como editora, por ese miedo perfeccionista a que su segunda obra no fuera exitosa. En verdad, sacaban lo mejor el uno del otro. Rashid la desafiaba, la hacía querer ser mejor persona, mejor mujer.

En una esquina de la sala, la señora Abbot sonreía, emocionada por Emma. La empleada trabajaba para los Parker desde que Emma era chica, y para ella había sido una suerte de segunda madre, en especial durante su infancia, cuando sus padres estaban tan ocupados en cenas lujosas y viajes por Europa y Sudáfrica. Jamás se había pronunciado en contra de la relación, pero tampoco había hecho falta; Emma sabía que la señora Abbot era una mujer de otra generación y por demás tradicional. Era de esperar que le costara aceptar al señor Rashid. Pero, con el tiempo, ella también había llegado a caer ante su encanto, y en la actualidad, era como una abuela para sus hijos, a quienes malcriaba con recetas caseras pero sin perder jamás los valores de disciplina y responsabilidad.

Emma era consciente del lujo que significaba en la Inglaterra actual tener una empleada, con el servicio doméstico tan escaso y costoso.

Sin embargo, el lujo mayor era que su empleada fuera alguien como la señora Abbot: fiel a la familia, cariñosa con los niños y portadora de una inagotable calidez.

Cuando, tras los festejos, sonó el teléfono de su casa en South Kensington, Emma no se sorprendió. No estaba consciente ni de la hora. Si bien organizar recepciones era su especialidad, la tarea la agotaba. Ordenó a su hija mayor que fuera a atender.

—Papá, teléfono. Te llama una tal "Hala".

—¿Hala? ¿Estás segura, Lucy?

—Sí, papá. Bah, eso creo. No sé, la persona tenía acento un poco raro… creo que habla en tu idioma.

Mientras Emma recogía la vajilla y supervisaba que la señora Abbot lavara los platos y no utilizara el lavavajillas, Rashid tomó el teléfono y se encerró en su escritorio.

—Hala, ¿eres tú?

—Sí, Rashid, soy yo.

—¿Desde dónde me llamas? ¿Están en Inglaterra?

—En Siria, Rashid, ojalá pudiéramos salir...

—¿Dónde está Ahmad? Quiero hablar con él.

—Ahmad está escondido, Rashid. Grupos enteros de terroristas quieren encontrarlo. No puede salir. Estoy desesperada, Rashid, desesperada…

—Por favor, Hala, dime cómo puedo ayudar y lo haré con gusto.

—¿Lo dices en serio?

—Jamás te mentiría, Hala. Sabes que Ahmad es como un hermano para mí.

—Entonces no entiendo por qué te fuiste de nuestras vidas, del país. No entiendo cómo has podido dejar todo tu pasado en el olvido.

—Nunca los olvidé, Hala. No me digas esto, me rompes el corazón.

—¿Y nuestro corazón no importa? ¿Y el de tu madre? Le quedan pocos años de vida. Nunca vienes a visitarla. Tu país arde en llamas. ¿Y qué haces tú? ¿Qué fue de nuestro querido y joven Rashid, tan dedicado a su familia, a su patria…?

—Tengo una nueva familia, Hala. Ya lo hemos hablado miles de veces. Desde hace más de doce años vivo en Londres, pero mi corazón siempre está en Siria.

—Entonces demuéstralo.

La comunicación se cortó de forma repentina y Rashid se desplomó en el sillón de su escritorio. Las luces estaban apagadas. Intentó servirse un whisky, costumbre heredada de su suegro desde hacía años y que había comenzado como un modo de generar un vínculo entre ellos hasta volverse un hábito al que Rashid acudía en las noches para relajarse. Siempre a escondidas de otros musulmanes, claro.

Detrás de la puerta, Emma escuchaba llorar a su marido. Admiraba

que tuviera el coraje de expresar sus sentimientos, no como tantos ingleses tan pálidos de tez como de corazón… pero este llanto era diferente. Jamás lo había escuchado sollozar así. En todo caso, nunca habían tenido motivos para llorar. Sus seres queridos estaban vivos. Gozaban de salud, de un gran pasar económico, y sus hijos, Lucy y George, eran bellos, la perfecta síntesis mestiza que nace del encuentro de dos razas diferentes. Emma se reprendió a sí misma. No debía hablar de "razas" y menos al estar casada con un musulmán. Además, se enojó por espiarlo. Sabía que Hala era la esposa de Ahmad, el mejor amigo de Rashid. Ella confiaba en su marido. Decidió dejar el asunto en sus manos. De seguro, habría habido algún nuevo conflicto con su suegra, ofendida por no haber estado en el aniversario, o algo así. A la madre de Rashid le encantaba llamar la atención.

En los días siguientes a Rashid se lo veía más taciturno que nunca. En las cenas casi no hablaba y mantenía la mirada fija en la pared, mientras jugaba a revolver la comida con el tenedor. Una noche se le cayó el cubierto mientras lo llevaba a la boca: el arroz saltó por los aires y él ni se inmutó. Sin decir palabra, la señora Abbot limpió el piso y volvió a la cocina. Los niños dirigieron una mirada incómoda a su madre, que optó por levantarse de la mesa.

La mañana siguiente, George cantaba su canción preferida de Peppa Pig cuando vio a su padre entrar a la cocina. De golpe calló, y Emma notó que fue justo al ver a Rashid. El resto del desayuno George estuvo con la mirada concentrada en sus cereales.

Emma estaba inquieta. No era estúpida y sabía que con aquella llamada telefónica su marido había cambiado, pero no tenía coraje suficiente para sacar el tema. Lo cierto es que una parte suya prefería no enterarse de lo que tanto le preocupaba. Decidió llamarla a Sophie para contarle, aunque sabía lo que su amiga le iba a aconsejar: lo mejor es no saber, porque de todos modos, cuando las desgracias son reales, siempre encuentran el modo de llamar a la puerta de las vidas de sus víctimas, y entonces para qué apurarlas.

Emma decidió que en cambio lo mejor era distraer a su esposo, hasta que se solucionara lo que lo hacía acostarse siempre después de la una y levantarse antes del amanecer.

—Querido, tengo entradas para el teatro. Hay una nueva obra que promete ser lo mejor del West End.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—No recuerdo el nombre, solo sé que trata de un caballo que…

—Detesto las obras de teatro con personajes que hacen de animales. Los artilugios para que parezcan "animales" nunca funcionan. Gracias, igual.

—Bueno, supongo que entonces podemos ir a ver a otra.

—Sí, supongo…

—Y recuerda que mañana tenemos una comida en lo de los Emberton.

—Lo había olvidado. Creo que no podré ir.

—¿Cómo, "creo"? Hemos confirmado hace una semana, y me comprometí a llevar el *pudding*.

—Quizás puedes ir sola, Emma. Estoy con mucho trabajo.

—No puedo ir sola, Rashid. Sabes que la gente siempre anda en busca de un chisme jugoso. Pensarán cualquier cosa…

—Por que salgas una sola noche sin mí no creo que nadie se inquiete demasiado.

—No es una noche. La semana pasada tampoco has ido a la inauguración en el V&A.

—Tú lo has dicho, "la gente" siempre busca chismes, de modo que no importa si voy o no voy. Ya encontrarán otro tema del que hablar. Además, Emma, con todos los desastres que suceden en el mundo, no puedo creer que te importe lo que la gente comente o deje de comentar.

—No seas tan dramático, Rashid. En el mundo siempre hay desastres, pero no por eso debemos dejar de vivir nuestras vidas y quedarnos sin salir a comer. ¿No serías capaz de hacerle el favor a tu querida esposa?

—Si pudieras pedirme un solo favor, ¿pedirías ese?

—Claro que no.

—Entonces sé más inteligente con tus pedidos, rubia. No creo que debas gastarlo en una cena estúpida en lo de los Ember-*whatever*.

—Oh, tú sí que eres listo, te ha salido un verso sin esfuerzo.

—¿Has visto? Sí lo soy. Debes aprender de tu marido.

—Justamente, como eres tan listo, sé que harás lo correcto y vendrás. De otro modo, el desastre no va a ser "en el mundo", sino en tu propia casa.

Emma terminó de encremarse y apagó la luz

3

—Qué callada estás.
—No lo estoy.
—Sí, lo estás.
—Acabo de responderte.
—Sí, pero solo eso.
—Tú estás callado, y tú eres quien maneja. Yo solo sigo lo que dicta el piloto.
—Yo estaba callado porque tú sueles hablar mientras manejo y hoy no. ¿Tienes frío?
—No, estoy bien. Gracias.

Emma y Rashid volvían de lo de los Emberton. Rashid estaba orgulloso por haber hecho el esfuerzo de asistir. Detestaba a ese matrimonio. El tal Emberton no tenía otro tema de conversación que no fuera el dinero, algo extraño en un inglés, más propio de norteamericanos. Además, era un mujeriego, algo por cierto no tan extraño en un inglés. Miraba a Emma hacia el escote en lugar de a los ojos, aunque su esposa no vestía en forma provocativa. Y cuando ambas mujeres se levantaron para buscar el té, vio que el señor Emberton giraba apenas para chequearle el trasero.

También detestaba a la señora Emberton. Reunirse con ella era sinónimo de criticar a toda la sociedad inglesa. A sus amigos: "¿has visto que los Wade compraron nuevo coche? Pero yo tenía entendido que estaban con problemas de dinero; a desconocidos", "me impresiona el mal gusto de la gente para vestir, uno ve cada cosa por la calle; al primer ministro", "otra vez ha aumentado los impuestos; al peluquero", "¡ha arruinado mi último corte! Después de diez años de serle más fiel que a mi propio marido, ¿puedes creer lo que me ha hecho?; a la estúpida de la mucama", "¡ha estropeado la *moquette*!..."

Y Rashid sabía que, apenas Emma y él dejaran su casa, lo más probable es que ellos también fueran blanco de sus críticas. Eso le importaba poco, pero no estaba de humor para hablar de superficialidades. Sin embargo, su mujer había pedido —más bien, demandado— su presencia, así que, aunque moría de pereza, se organizó para llegar puntual a la cena.

Emma estaba enojada con Rashid. Había callado durante toda la comida, sin disimular su aburrimiento ni su fastidio ante los comentarios de los Emberton. Si creía que su mera presencia bastaba

para conformarla, estaba muy equivocado. Desde hacía semanas estaba ensimismado, sin atenderla, sin preocuparse por acompañarla ni preguntarle qué novedades tenía. El viernes anterior Emma había recibido noticias de la editorial: el contrato para la nueva novela ya estaba confirmado. Y ella le había avisado a Rashid que sabría la respuesta en los días siguientes, pero él no prestaba atención y por eso luego no se interesaba. De algún modo, Emma había organizado aquella comida para poner a prueba a su esposo. Que él hubiera asistido era solo la mitad del camino. No, era apenas un tercio. Faltaba más, mucho más. Enojada con Rashid, Emma subió el volumen de la radio y no volvió a hablar hasta que llegaron a casa. Cuando estacionaron y mientras Rashid abría la puerta del coche, Emma se atrevió a decir:

—Me cansé de hacerme la estúpida. ¿Puedes decirme qué te pasa?

Rashid, que no era ingenuo, sabía bien que en los últimos tiempos estaba cambiado. El llamado de Hala lo había dejado preocupado por Ahmad, quien había sido un joven lleno de ideales, el más inteligente de la clase, aunque también el más testarudo. Rashid siempre lo había admirado. Se conocían desde niños, ya que sus padres habían sido vecinos en Damasco y lo eran hasta hoy. No siempre coincidían en todo, en especial, en temas de política. A los ojos de Ahmad, Rashid era de derecha, mientras que, para Rashid, Ahmad era demasiado progresista, en tiempos en que uno debía ser más firme.

Por lo demás, Ahmad nunca había terminado de perdonar a su amigo por haber dejado su país. Ambos habían estudiado en Oxford, pero Ahmad regresó apenas recibido para casarse con su novia de siempre, la bella Hala. Jamás lo admitió ante su amigo, pero tal como Rashid había sospechado, una parte de él se desilusionó al enterarse de su compromiso con Emma, y no porque Emma fuera una mala mujer. Era, sin dudas, inteligente, hermosa y sensible, y Ahmad sabía lo mucho que ella había sacrificado para casarse con Rashid… pero, en todo caso, esperaba otra cosa de su amigo. Esperaba que hubieran compartido el barrio, la cuadra de siempre, que sus hijos hubieran ido al mismo colegio y que las madres pudieran haber sido cómplices en la crianza de sus nietos. Que Rashid no dejara de ir a la mezquita solo por vivir en Londres; después de todo, no dejaba de ser una ciudad de árabes: en suelo londinense había casi más musulmanes que ingleses. Pero Rashid parecía haber olvidado sus valores, su educación.

Ahmad, sin embargo, lo quería como a un hermano, y quizás ese era el problema. Cuanto uno más quiere a un amigo, más se entristece por las decisiones equivocadas que comete y más le duele verlo tomar un rumbo distinto al que uno hubiera elegido para él. Con la situación actual de Siria, lo de Ahmad había pasado de la decepción al enojo. ¿Cómo podía ser que Rashid encendiera la televisión y viera las miles

de muertes diarias perpetradas por ISIS sin hacer nada al respecto? ¿Cómo podía ser que no regresara de inmediato para rescatar a su madre de la guerra civil? Rashid, por su parte, sabía el peligro que corría Ahmad. Sabía que era un blanco fácil, que grupos *yihadistas* buscaban su cabeza, luego de que en una conferencia ante la ONU su amigo se hubiera pronunciado a favor de los ataques de los Estados Unidos.

Rashid sabía que, desde que se había casado con Emma, algo se había roto entre Ahmad y él. Nunca le había importado demasiado, porque estaba seguro de su amor por la nueva familia que tenía, y que Ahmad no terminara de aprobar su relación era coherente con el idealismo que a Rashid le hacía tenerle tanto respeto. Pero ahora era distinto. Su patria, su madre, su amigo necesitaban más que nunca a Rashid. El sano egoísmo por el que había optado al casarse con Emma ya no era una opción válida. Estaba decidido: haría cuanto estuviera en sus manos para ayudar, aunque aún no sabía de qué modo. Empezaría por ser sincero con su mujer. Al fin y al cabo, no tenía nada que ocultarle.

—Hala me ha llamado hace unas semanas, Emma. Ahmad y su familia se encuentran en peligro.

—Sé más específico, por favor. ¿Han recibido amenazas? ¿Alguno está lastimado? ¿Qué dice tu madre…?

—No he podido hablar mucho, se cortó la comunicación —interrumpió Rashid—, solo sé que no tienen cómo escapar de Siria y que grupos enteros de terroristas quieren la cabeza de Ahmad. Estoy desesperado…

Rashid se quebró en llanto y escondió la cabeza en el volante mientras lloraba como un niño. Emma se quedó muda, lo miró y dejó que llorara un rato antes de decir:

—Yo sé cuánto amas a tu amigo y a su mujer, y que sufres al ver el estado en que está tu país; sé que eres un buen hombre y que harás lo correcto, y por eso siempre te he admirado. Lo que necesites de mi parte para ayudarte o ayudarlos a ellos, no tienes más que pedírmelo.

—Gracias, Emma. Sabía que contaba con tu apoyo —las palabras de Rashid se entrecortaban con el llanto—. Pero no sé cómo ayudar. Ese es el problema. Yo sigo aquí, en Londres, sin nada que hacer, mientras mi país y mis seres queridos corren peligro...

—Quizás podamos hablar con papá. Él debe de tener contactos en la embajada, podemos lograr que Ahmad y su familia vengan a Inglaterra cuanto antes. Y lo mismo respecto a tu madre, Rashid. No entiendo qué hace todavía allí. Es una mujer grande, no puede exponerse al peligro...

—Mi madre es una mujer mayor y testaruda, Emma, lo sabes bien. Antes de abandonar su país preferiría morir. Además, lo que tantos

europeos no entienden es que, no se trata de que los sirios odiemos nuestra patria y queramos dejarla para convertirnos en uno de ustedes. Amamos a Siria y haríamos lo imposible por vivir allí…

—Entiendo, Rashid, pero dada la situación…

—No, no lo entiendes, tú no eres musulmana, no eres siria, nunca podrías entender. Además, para convencer a Ahmad de venir a Inglaterra primero debería localizarlo, y Hala me ha dicho que está escondido. Su cabeza está en riesgo, Emma…

—Entonces no se me ocurre cómo ayudarlos, salvo que les enviemos dinero…

—¡Basta de ofrecerme soluciones inútiles! ¿Qué tiene que ver el dinero en esta situación?

—Rashid, tranquilízate. Solo intento ayudarte. Somos tu familia y sufrimos al verte sufrir. Desde hace semanas no nos hablas. No me tocas, no me miras. No estás enterado de lo que pasa en nuestras vidas.

—¿Y qué ha pasado, Emma? A ver, cuéntame. ¿De qué me he perdido? ¿De inauguraciones en el V&A? ¿De cenas con algún esnob?

—Deja de hablar antes de que te arrepientas, Rashid. Para tu información, me han llamado de la editorial para confirmar que publicarán la novela que elegí. Lucy te evita desde hace días ¿acaso no lo notas? ¿Y George? ¿No has visto el miedo con el que te dirige la palabra, aterrado de molestarte con su sola presencia? Está claro que no quieres mi ayuda. Pues, sigue con los llantos en el auto, a ver si sirven de solución. Yo entraré a la casa. Mi familia no está en Siria, está aquí, en Inglaterra. Y debo atenderla.

4

La mañana siguiente, Emma se levantó temprano, como todos los días, para desayunar con sus hijos. Le gustaba compartir con ellos ese momento, antes de que partieran a la escuela. Aunque Emma hubiera preferido dormir hasta tarde, sabía que en pocos años, sus dos criaturas se irían pupilos, como tantos otros chicos de su clase y, entonces, hacía lo posible para aprovechar las mañanas en familia.

Era Rashid quien la había motivado a dejar de lado sus caprichos dormilones para pasar más tiempo con sus hijos. Él creía de modo firme en la participación de las madres en la educación de la familia y, aunque jamás lo hubiera admitido, en parte hubiera preferido que Emma no dedicara tantas horas a la lectura y la escritura. No porque fuera machista: lo que más lo había enamorado de su mujer era su inteligencia y su disciplina, su amor por la vida académica. Pero estaba convencido de que, para la buena crianza de los niños, las madres debían mantener una continua presencia en el hogar.

Y él intentaba estar presente: también desayunaba en familia y procuraba pasar en casa la mayor cantidad de tiempo posible. A diferencia de Emma, a Rashid no le divertía salir entre semana, las exhibiciones de artistas siempre sobrevaluados ni las comidas con gente que en verdad no era su amiga.

Pero aquella mañana Rashid no bajó. La señora Abbot estaba de franco y mientras Emma calentaba los *crumpets* para sus hijos y preparaba el café, miraba de reojo a ver si su marido aparecía por la puerta, recién bañado, vestido de traje y con olor a colonia, como todos los días. ¿Se habría quedado dormido? Era probable: después de todo, Rashid se acostaba cada vez más tarde y dormía cada vez menos. Quizás, al fin, el cansancio le había ganado. Emma decidió esperar un rato más. Su orgullo no le permitiría subir a ver qué pasaba.

La noche anterior no habían dormido juntos. Rashid se había acostado en el cuarto de huéspedes, y a una parte de Emma le parecía bien. Estaba enojada. No, más que enojada: dolida. Odiaba cuando su esposo la desmerecía por no ser musulmana. ¿Acaso pensaba que ella era idiota? ¿Que solo por no ser árabe no podía entender el dolor que él sentía por sus amigos, por su familia, por su país? Que Emma le ofreciera soluciones prácticas, como dinero o los contactos de su padre, no significaba que fuera insensible. A veces, ante momentos de crisis, a uno de los miembros de la pareja le toca mostrarse

pragmático. Por lo general, era Rashid quien cumplía esa función. Esta vez, era el turno de Emma.

—¿Mamá, dónde está papá? —preguntó George, al terminar su jugo de naranja.

—Papá estuvo con el diario hasta recién —Rashid ya estaba en la cocina, sin el pelo mojado ni aroma a perfume.

Emma no sabía si actuar como si todo estuviera bien entre ellos o si quedarse callada e ignorar a su marido. Se decidió por lo segundo, pero no pudo contenerse:

—¿Qué dicen los diarios esta mañana? Como no has bajado a prepararle los *crumpets* a Lucy no tuve tiempo de leerlos.

—Dicen que tu primer ministro al fin llevará a cabo el referéndum por el *brexit*.

—¿Mi primer ministro? Hasta donde yo sé, también es el tuyo. ¿No eres, acaso, un ciudadano inglés?

—Tranquila, Emma, es muy temprano para pelear.

—Ten cuidado con los pronombres que usas, entonces.

—Mami, ¿tú y papi están peleando?

—No, Lucy, solo le enseño a tu padre a hablar con propiedad. Ya sabes la importancia de que todos en esta casa usemos las palabras con respeto.

—Cierto, y para la cultura árabe las palabras también son importantes. ¿No, papá? Eso me explicó la abuela…

—Qué bueno, Lucy, que recuerdes lo que te ha enseñado tu abuela. Por desgracia, no la ves lo suficiente.

—Es cierto, pero a los papis de mamá sí. ¿Por qué no vamos a visitar a la abuela, papá?

—Porque el país de tu padre está en llamas, querida —intervino Emma, y acarició a Lucy en la cabeza.

—¿En llamas? ¿Hay un incendio? ¡Pero entonces la abuela se va a quemar!

—No, querida, no te asustes… es una forma de decir —explicó Emma, mientras Rashid le clavaba las dagas de sus ojos.

—Pensé que las palabras eran importantes, querida. Quizás deberías elegir tus metáforas con más cuidado, en especial en frente de los niños —dijo Rashid, y sin más, se levantó de la mesa y salió de la casa con un portazo tan violento que hizo llorar al pequeño George.

Con Rashid ya fuera de escena, Emma buscó el periódico y lo abrió en la página donde su marido había dejado de leer. En efecto, al parecer, el referéndum tendría lugar, pero Emma no entendía por qué a su marido le preocupaba tanto, si era obvio que el país votaría a favor del *bremain*.

Esa tarde, Rashid volvió del estudio más temprano que de

costumbre. Mientras abría la puerta, Emma lo escuchó tararear su canción preferida, *Can't Help Falling in Love*, de Elvis Presley.

Al entrar, él fue directo a la cocina, donde su mujer preparaba la mesa del té. Era el momento preferido de Emma, que siempre había tenido un paladar dulce y no había día en que no disfrutara de un rico té acompañado de su preferido —el budín de banana— o *scons*, en ambos casos con la mermelada de frutos rojos francesa que jamás podía faltar en el hogar. "Algún día tu metabolismo cambiará, y ya no podrás comer tanta azúcar sin engordar", le encantaba remarcar a su madre. Pero ese día aún no había llegado, ni siquiera luego de que Emma diera a luz. Sin embargo, por el secreto temor de que al fin se acercara ese momento, Emma disfrutaba cada budín y cada *scon* como el último.

Con los años, Rashid también había adoptado el ritual del té. Siempre bromeaba con que era el mejor invento de los británicos, luego de los Beatles.

—Qué rico, veo que hay *scons* con mermelada de frutos rojos —comentó un Rashid sonriente, mientras se sentaba a la mesa.

Emma esperó unos segundos antes de responder; no estaba segura de si su marido la ponía a prueba o en verdad estaba de tan buen humor.

—Sí, cariño, tus preferidos...

—Qué afortunado que soy de tener junto a mí una mujer atenta a los detalles.

—¿Hablas en serio?

—Claro. Qué feo que pienses que soy irónico a la hora de ponderar a mi mujer.

—Ayer no estabas tan conforme con tu esposa, Rashid.

—"*Yesterday*…", cantaría Paul McCartney.

Incrédula ante el repentino cambio de humor de su marido, Emma fue a abrir la puerta a sus hijos, que llegaban del colegio. La abrazaron y corrieron a la mesa del té. Durante una hora, la familia comió y conversó, como si nada hubiera pasado esa mañana. Emma de algún modo seguía enojada con su esposo y le preocupaba su comportamiento de las últimas semanas. En especial, le dolía que todavía no le hubiera comprado flores luego de la noticia de que la novela había sido aprobada, ritual que compartían desde hacía años. Pero, por otra parte, extrañaba tardes como estas, en las que se comportaban como una familia feliz. Porque aún eran felices, de eso Emma no tenía dudas. Simplemente, sucedía que en el último tiempo no lo expresaban, pero ella estaba segura de que la mala racha pasaría pronto y, entonces, decidió seguirle la corriente a su marido, reír ante sus chistes, tararear sus canciones, olvidarse de las flores y servirle más *scons*…

Luego del té, Emma subió a darse un baño. Desvestida, abrió el agua caliente y se ató el pelo en un rodete para no mojarlo. Al entrar en la ducha, sintió que las manos firmes de su marido la tomaban por detrás, una mano en el trasero y otra en su seno derecho. En silencio, Rashid se metió en la ducha con su mujer. Emma giró para enfrentarlo y, mientras el agua caía sobre los dos, se miraron fijo unos segundos. Rashid la tomaba cada vez más fuerte. Hacía tiempo que Emma no se excitaba tanto con su esposo. En las últimas semanas, cada vez que había sentido ganas de estar con él, las había reprimido, por miedo al rechazo de un Rashid con la cabeza en las nubes. O en Siria. Emma era muy buena en cuanto a la represión y había llegado a pensar que ya no se excitaría tan fácilmente con Rashid. Pero ahora era él quien la buscaba y se dio cuenta de lo mucho que ansiaba aquel momento. Se miraron unos segundos más antes de que Rashid la penetrara contra la pared. El agua ya le había empapado el rodete, pero ni eso le importaba a una Emma que solo quería que su marido no dejara de apretarle los senos como lo hacía ahora.

Unos minutos más tarde, cuando terminaron, Emma enjabonó a su esposo, que seguía en silencio. Salieron de la ducha y se pusieron sus batas para tirarse en la cama a ver televisión. Emma no solía quedarse callada, pero hoy sentía algo distinto. Hacía tiempo no disfrutaba tanto de un encuentro con Rashid, y sabía que él también estaba complacido. La miraba fijo y Emma se sentía hermosa, admirada. Acostados en la cama, Rashid comenzó a acariciarle un brazo. Luego de varios minutos en silencio, que más bien parecieron horas, la tomó del mentón, movió su cara hacia él y le dijo:

—Emma, tenemos que hablar.

5

Rashid dejó de mirar a Emma a los ojos y permaneció callado unos segundos hasta que por fin anunció:

—Ahmad está muerto, Emma.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? —incrédula, Emma se levantó de la cama y se dirigió al armario para cambiarse. Desnuda como estaba, no podía tener semejante conversación con su marido.

—Jamás bromearía al respecto.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes? ¿Cómo has dejado que te fastidiara todos estos días? ¿Cómo me lo dices así como así?

—Nunca he sido bueno para dar malas noticias. Además, aún no termino de entender —mientras hablaba, a Rashid se le empañaba la mirada por las lágrimas y escondió la cabeza en la almohada. Emma dejó de vestirse y volvió a acostarse junto a él. Lo abrazó unos minutos y procuró mantener el silencio, pero tenía demasiadas preguntas como para contenerse.

—¿Cómo te has enterado de su muerte, Rashid? ¿Cómo murió? ¿Desde hace cuánto lo sabes?

—Me enteré esta madrugada. Mi madre llamó desesperada desde Siria, y luego lo leí en internet. Los diarios de mi país han publicado la noticia. Pensé que habías escuchado el teléfono.

—No, no lo escuché...

—Lo asesinaron, Emma. —A esta altura, el llanto de Rashid era tan intenso que sus palabras se llenaban de desconsolación.

Desde hacía tiempo Emma no sentía tanta angustia. Después de todo, ella nunca había sufrido una verdadera tragedia. Aunque no había llegado a conocer lo suficiente a Ahmad como para sentir la pérdida como propia, sabía lo que para su marido significaba esa amistad, y eso le partía el corazón. No había nadie que amase tanto a sus amigos como Rashid, y lo que más había sorprendido a Emma cuando él le pidió matrimonio fue que estuviera dispuesto a apartarse de sus afectos. Fue entonces que ella supo lo mucho que él la amaba.

—Rashid, no entiendo cómo has llegado tan de buen humor esta tarde, y cómo has hecho para trabajar todo el día luego de semejante noticia.

—Es que no caigo, Emma, no caigo... Quise distraerme. De a ratos pienso que es mentira. Pienso que si olvido el tema volveré a recibir una llamada desde Siria y me dirán que Ahmad está vivo.

—Me siento una estúpida. Toda la tarde preparando *scons*…

—Está bien, Emma. La vida debe continuar. La situación está muy difícil en Siria y se vienen tiempos sombríos. En tanto, tú debes intentar ser feliz.

—¿A qué te refieres? ¿Acaso temes por tu madre? Ya te he dicho que debemos traerla aquí cuanto antes.

—Ya sabes que mi madre quiere quedarse allá. No hay modo de convencerla. Pero se vienen muchos cambios… Supongo que no hay un modo fácil de decirte esto, Emma, pero he tomado una decisión respecto a Hala y a sus niños.

—Me alegra escuchar que has encontrado el modo de ayudarlos.

—Debes entender que para mí no es algo sencillo…

—Está bien, lo entiendo. ¿Qué has decidido? ¿Dejarás tu orgullo de lado y aceptarás la ayuda de mi padre? Dime en qué podemos ayudar y lo haré.

—Me casaré con Hala, Emma.

—No entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Mi religión permite casarse con más de una mujer y lo sabes.

—Sí, Rashid, pero tú no practicas tu religión. Cuando nos conocimos prometiste no ser como esos musulmanes que roban los hijos de sus mujeres occidentales, que las maltratan…

—Justamente, Emma. Jamás "robaría" a nuestros hijos ni encajaría en esos estereotipos que a ustedes les encanta repetir sobre nosotros.

—No te reconozco, Rashid. ¿Por qué hablas de "ustedes" y "nosotros"? El único "nosotros" aquí somos tú, yo y nuestros hijos, nuestra familia. Entiendo que estés bajo presión por la noticia de tu amigo… quizás sea mejor que vayas a dormir antes de que sigas hablando y digas algo de lo que puedas arrepentirte.

—Emma, estoy muy lúcido. Desde hace semanas que vengo pensando en esto, incluso antes de saber que Ahmad ya estaba muerto. Debo casarme con Hala. Es lo que dicta la moral y es lo que desea mi madre.

—"¿Es lo que desea mi madre?" ¿Acaso tienes doce años? Me importa tres rábanos lo que quiera tu madre. Soy yo tu mujer…

Emma, quebrada en llanto, empezó a golpear a Rashid en el pecho con los puños cerrados; él la tomó de los brazos, y mientras intentaba apartarla le dijo:

—Emma, he sacrificado mucho por ti. Mis amigos, mi familia, mi patria. Mi religión. Pero ahora la historia me pide que actúe como un hombre de palabra. Un hombre con valores. Le he prometido tan solo una cosa a Ahmad: cuidar de su familia. Y debo hacerme cargo de mis seres queridos...

—¡Nosotros somos tus seres queridos, Rashid! Mírame a los ojos.

Mírame. Mírame y dime que hablas en serio.

—Nunca hablé tan en serio en mi vida. Emma, mi religión indica que la poligamia encuentra su razón de ser justamente en momentos como este, momentos de la historia en que los hombres debemos proteger a las mujeres, en especial a las viudas. No hago más que seguir el ejemplo de Mahoma y cumplir la palabra que le he dado a Ahmad. Antes de que él muriera, le prometí que si fuera necesario me casaría con Hala, y ahora lo es.

—¡Pero no es necesario, Rashid! ¡Hay muchos modos de ayudar! Ya te he dicho que podemos enviar todo el dinero que precisen. ¿Cuál es la necesidad de casarse?

—Emma, ya te he explicado lo influyente que Ahmad era en Siria. Ha dedicado años a la lucha contra el terrorismo y la corrupción en el poder. ¿Acaso piensas que sus hijos y su mujer no están en peligro? No pueden quedarse allá, solos.

—¿No tienen más familia?

—Sí, Emma, pero están todos en Siria, y ya nadie está a salvo allí.

—Mi padre también es una persona influyente. Podríamos intentar conseguirles la visa para que se muden a Inglaterra definitivamente.

—¿Ah, sí? ¿Justo cuando tu país está a punto de votar a favor del *brexit*? ¿Justo cuando el nacionalismo inglés se torna más patético y retrógrado que nunca? ¿Acaso no sabes que hay miles de familias sirias desesperadas por salir del país que tanto aman? Si Hala y los chicos vienen a Inglaterra no pasarán la frontera. Y si lo logran, será solo durante unos meses. Discúlpame, Emma, pero no encuentro otra solución.

Con cada palabra de su marido, el llanto de Emma se tornaba cada vez más intenso. Rashid jamás la había visto llorar así. Pensó en abrazarla y calmarla, pero debía mostrarse fuerte y mantener su posición.

—¿Y tienes el tupé de decirme que "debo intentar ser feliz"? Has arruinado mi vida para siempre, Rashid. Espero que tu patria y tu religión estén conformes.

Esa tarde Emma salió a caminar por el barrio. Pasó por la entrada de Peter Jones y dudó en entrar, pero prefirió seguir de largo. Necesitaba despejar la cabeza, no comprar pavadas. No podía permanecer en la misma casa que su marido, ni mirar a sus hijos a los ojos. ¿Cómo decirles, "su padre se ha vuelto loco y ahora seremos dos familias en un mismo hogar"? Aturdida, incrédula, solo deseaba que sonase el despertador y salir de la pesadilla. Bajar a la cocina, desayunar con Rashid y sus hijos, prepararles algo rico, como en los viejos tiempos. Pero desde hacía rato que esos tiempos eran demasiado viejos. Emma no estaba feliz, y todas sus alternativas eran

funestas.

Aceptar la decisión de Rashid le resultaba inadmisible. No podía imaginar siquiera la dinámica de la casa. No se lo había preguntado a su marido, pero Emma suponía que el matrimonio era solo una farsa para lograr la visa de Hala y los niños porque, desde ya, eso no significaría que todos los deberes conyugales debieran llevarse a cabo, y los invitados bien podían ocupar el cuarto de huéspedes… Pero Hala tenía cuatro hijos, no cabrían todos allí. ¿Y si dos de los niños durmieran con Lucy y George, y los otros dos con su madre? También podrían habilitar el altillo, que hacía tiempo estaba en desuso… La idea no terminaba de convencerla. Emma no conocía bien a Hala, y menos a sus hijos. ¿Qué ideas tendrían en la cabeza, qué valores, qué educación? No quería exponer a sus pequeños Lucy y George a compartir el techo, la habitación, la vida, con niños ajenos.

La otra opción era mudarse a una casa más grande. Invertir dinero en una propiedad con más habitaciones y espacios para cruzarse con Hala y sus hijos lo menos posible. Quizás hasta pudieran tener dos cocinas, dos livings… A Emma no le divertía la idea de desayunar en *robe de chambre* frente a otra mujer. Hala era hermosa. Rashid era un hombre… No es que Emma fuera celosa, pero tampoco era estúpida. Además, desde hacía tiempo se sentía algo insegura respecto de su propia belleza. Rashid ya no la ponderaba tanto como antes. Emma era delgada, pero luego de sus embarazos terminó de perder la tonicidad que siempre la había caracterizado. ¿Quizás eso le molestaba a su esposo? Además, empezaba a mostrar finas arrugas… No, estaba claro que Emma no se sentiría cómoda al compartir el hogar con otra mujer, más allá de cuántos ambientes tuviera la casa. Además, mudarse requería mucha energía, energía que en este momento no tenía a disposición.

¿Y si los enviaban a otro lado? ¿Si compraban un apartamento para Hala y los niños? Alguno lo bastante cerca como para que Rashid no objetara la decisión. Podía ser una buena inversión y, el día de mañana, regalar esa propiedad a Lucy. Emma no estaba segura de cuánto dinero tenía Rashid como para invertir en ladrillos en aquel momento. Londres era muy caro. Y ella nunca se había sentido cómoda al tener que hablar de dinero con su marido. En el peor de los casos, podía pedirle ayuda a su padre. Él entendería y no querría que su hija y sus nietos compartieran su hogar con otra familia, haría lo posible para evitarlo. Sí, esa era la opción más lógica. Pero sus padres jamás comprenderían que Rashid, en efecto, se casara con Hala, y no perdonarían a su yerno semejante decisión. Lucy y George tampoco debían enterarse. ¿Cómo explicarles que su padre tenía una segunda mujer? Esa no era la educación que ella pretendía para sus hijos. En los últimos tiempos, muchas actitudes de Rashid no eran lo que ella

había soñado para su familia.

Emma no era estúpida. Sabía que no existen las familias perfectas, las personas perfectas. Pero desde hacía meses no era feliz. Sentía que sacrificaba mucho de su tiempo, de su talento, de su alegría, para acompañar al Rashid sombrío de estos meses. Emma tampoco era ingenua, sabía que lo peor estaba por venir. Que la muerte de Ahmad dejaría a Rashid desgarrado con una herida que tardaría en sanar, si es que lograba sanar algún día… Temía que su marido se convirtiera en una persona distinta a la que ella amaba, en un ser oscuro que priorizase el bienestar de la comunidad siria y musulmana en lugar del de su propia familia… Ella no se animaba siquiera a pensarlo, pero había otra alternativa: separarse de Rashid. Aunque le doliera en el alma. Aunque lo amara tanto como el primer día y supiera que jamás podría encontrar otro hombre como él. Pero, aun así, quizás debía dejarlo… por el bien de sus hijos. Llevarlos a vivir con sus padres, al menos durante un tiempo, y esperar a ver cómo seguían las cosas.

Pero, ¿qué le diría al mundo? ¿Que se habían separado y Rashid se había casado con otra? Eso sería el fin de su pareja, y le daría piedra libre a Hala para mudarse con Rashid. No, aquél no era un buen plan. Su única alternativa era pedirle dinero a su padre para comprar otra casa. Emma dudó entre volver al hogar o ir a lo de sus padres para sacarse de encima la conversación.

En vez de bajar por King’s Road, intentó detener un taxi. Imposible conseguir uno tan fácilmente en plena hora pico. ¿Quizás era mejor llamar a un Uber? Nunca había entendido cómo funcionaba el sistema y no estaba de humor como para innovar. Pero los taxis pasaban y ninguno se detenía… ¿Quizás eso era una señal? La conversación con su padre no sería tan sencilla, en especial si Emma no podía sincerarse y contarle el verdadero motivo de su necesidad de comprar otro apartamento. Si decía la verdad, el señor Parker jamás perdonaría a su yerno, y ella no quería que eso pasara. Después de todo, le había costado años lograr que aceptaran a Rashid. Pero sin dar muchas explicaciones, sería imposible que su padre le diera el dinero. Siempre había sido generoso. “Querida, si algún día Rashid no puede proveer como tú lo necesitas, me avisas y yo te ayudaré… y desde luego me encargaré de la educación de mis nietos”, decía su padre, pero de ahí a comprarle otro apartamento en uno de los barrios más costosos de la ciudad… Aunque Emma trabajaba, ninguno de los hombres de su vida consideraba aquello como una fuente de ingresos razonable. Durante años a ella le había molestado esa actitud paternalista, casi machista, pero lo cierto era que no se equivocaban; su trabajo de editora no estaba bien pago y menos en Londres, donde solo el agua en los restaurantes es gratis.

“Parece que los taxis me evitan”, pensó Emma y decidió caminar.

Tomó King's Road, bajó por Anderson Street, dobló en Elystan Place y, al fin, llegó a su casa, en la esquina de Markham Street. Rashid la aguardaba allí, sentado en las escaleras de entrada con un ramo de flores.

—¿Dónde estabas? Los chicos me han preguntado por ti —la voz de Rashid sonaba casi tierna, y el rostro serio y decidido de aquella tarde, era ahora amable y hasta cariñoso.

—He salido a caminar. Necesitaba pensar un poco —dijo Emma sin estar segura de si mostrarse enojada o seguirle la corriente a su marido y actuar como si nada hubiera pasado.

—¿Y qué has pensado?

—A ver, adivina… —respondió Emma para ver qué rumbo le daba Rashid a la conversación.

—De seguro cosas muy bonitas acerca de mi patria y de mi religión.

—No precisamente —agregó ella luego de unos segundos, sin mirarlo a los ojos.

—Emma, te pido perdón si te hablé mal o traté de imponerme demasiado —dijo Rashid, mientras le daba el ramo de flores—. Entiendo que es difícil de procesar mi decisión en un solo día. Pero necesitaba demostrarte que estoy convencido de esto, que no solo es lo mejor para Hala, para el recuerdo de Ahmad o para mi conciencia, sino también para nuestros niños y para ti.

—¿Ah, sí? Gracias por pensar en nosotros, Rashid…

—Te pido que dejemos la ironía de lado. Sé que te he hablado mal, pero en verdad quiero que hagamos las paces. Necesitamos estar bien como pareja para afrontar los tiempos que se vienen.

—Para afrontar a la tercera parte que se sumará en breve, querrás decir…

—Emma…

—Rashid, te juro que lo he intentado, pero no es tan sencillo dejar de lado ironías, miedos o reproches. Debes saber que la decisión que has tomado nos pasará una enorme factura. La has tomado solo, sin consultarme, y eso me duele en el alma. Lo pagaremos caro, Rashid, ya lo verás, y no solo me refiero al costo económico de tener que mantener a una nueva familia; sino al que caerá sobre nuestra pareja, a nuestro vínculo y complicidad, al respeto que siempre hemos tenido y que tú...

—Pero, ¡nada de eso tiene por qué cambiar! Estoy convencido de que todos saldremos beneficiados con este cambio. Jamás te he traicionado, ni lo haría…

—Cuéntame un poco más de tus planes. ¿Acaso el nuevo matrimonio te da permiso a acostarte con ella?

—Pero ¿qué dices? Emma, sabes que no.

—Ya no sé nada. Y sigo sin entender la parte en que mis hijos y yo

nos beneficiaremos —interrumpió Emma.

—Al hacer un bien al prójimo, uno agranda su corazón. Eso lo enseñan todas las religiones. ¿Y acaso hay mejor educación para nuestros hijos que darles este gran ejemplo? El mundo vive tiempos dificilísimos, Emma, y nos exige tomar partido. ¿De qué bando estarás tú? ¿Serás como tantos ingleses, como tantos occidentales que se escudan en las tonterías que dicen los medios para dejar aflorar su racismo?

—No son tonterías, Rashid; hay ataques todos los días, ahora incluso los refugiados han empezado a...

—Vamos, Emma —Rashid hablaba cada vez con más pasión—, eres una mujer inteligente… Desde ya, comparto que el ISIS es pura maldad, y justamente por eso ha muerto Ahmad, para luchar contra ellos. ¿No crees, entonces, que debemos honrar su memoria? ¿No debemos, nosotros también, luchar por dejar a nuestros hijos un mundo mejor?

Emma miró a Rashid a los ojos por primera vez en toda la conversación, pero no encontró palabras para responderle.

—¿Dónde ha quedado esa Emma apasionada, sin miedos, que defendía la verdad y la justicia, la Emma que se animó a desafiar a sus padres y a casarse con un musulmán de tez oscura y sin acento *Sloane*? Yo me enamoré de esa Emma y la extraño —concluyó Rashid, al tiempo que la tomaba de las manos.

—Odio que siempre puedas convencerme de todo. Deberías haber sido abogado —dijo Emma, mitad sonriente y mitad seria. Se abrazaron en silencio. Emma podía oler el perfume de su marido, que tanto le gustaba. Lo abrazó más. Rashid volvió a mirarla a los ojos, antes de besarla. Hacía años que no se besaban como adolescentes.

—Si me enamoré de ti es porque siempre me haces ser mejor persona —dijo Emma mientras su marido le acariciaba la cabeza—. Y sabes que siempre he defendido la honestidad intelectual, así que dejaré mi orgullo de lado. Es cierto, la historia hoy nos pone a prueba, y quiero dar un buen ejemplo a nuestros hijos. Pero no será fácil. He pensado en que debemos mudarnos a una casa más grande, para no tener que compartir todos los ambientes con Hala y los niños… Porque imagino que enviarlos a otra casa te parecerá una forma de destrato…

—Me conoces bien, querida. Siempre he sentido a la familia de Ahmad como propia en mi corazón. No puedo enviarlos a otra casa, al menos no al principio, cuando no conocen el país. Piensa que llegarán asustados, temerosos, desconsolados por haber perdido a su padre, y Hala, al hombre de su vida. ¿Has pensado en eso? ¿En el dolor que sienten ellos?

—No, en verdad no...

—Además, no podemos gastar tanto dinero cuando se vienen tiempos…

—Solo te pido que dejes de hablar de los tiempos que se vienen —interrumpió Emma—, si vuelvo a escuchar esa frase, juro que enloqueceré. Acepto lo que me pides. Eres mi marido y me he casado contigo para toda la vida, así que no me rendiré tan fácilmente. Pero te pido que intentemos mantener las cosas dentro de lo normal. No quiero estresar a nuestros hijos, ni asustarlos. En verdad no sé qué les diremos, ni cómo nos organizaremos con esta situación…

—*Ma'alish*, querida Emma. No te preocupes. Todo se encaminará.

6

Esa mañana Emma se levantó ansiosa. Con el despertador programado para las ocho de la mañana, a las cinco y cuarenta estaba despierta, pero quería dormir más, ya que le esperaba un largo día. Giró a la derecha: quizás, cambiar de posición la ayudaba a conciliar el sueño. Era inútil. Intentó contar ovejas, pero cuando la oveja número quince brincaba por las praderas, la idea le pareció tan patética que dejó de contar. Pensó en rezar, consejo que siempre le daba su madre cuando, de pequeña, no podía dormir, pero en plena oración su mente se descarriló y entre padrenuestros se colaron imágenes de Rashid en pleno beso a Hala. Le pareció sacrílego y dejó de rezar.

Odiaba el insomnio, pero más se odiaba a sí misma cuando su cabeza se internaba en una maraña de pensamientos, laberintos, en los que una idea llevaba a la otra para volver a la idea principal sin llegar a ninguna conclusión lógica, solo a miedos.

Esa mañana Emma decidió tenerse compasión. Ni rezar, ni contar ovejas, ni cambiar de posición en la cama la harían dormir. Estaba claro que tendría insomnio, si ese día Rashid viajaba a Siria para casarse con Hala. El 20 de agosto de 2016 era, de modo oficial, el día en que su familia daba el primer paso para formar un matrimonio polígamo.

Su marido, en cambio, dormía tranquilo, y eso a ella le molestó aún más. ¿Cómo podía estar tan relajado? “El buen dormir refleja una conciencia tranquila”, decía su padre, quizás como excusa por ser él mismo bastante proclive al sueño; pero a Emma esa idea la reconfortó. Solo por estar seguro de que todo iba a estar bien entre ellos era que su marido dormía con tanta paz… Emma detestaba comenzar el día con insomnio, porque el dolor de cabeza y el mal humor no le daban tregua, y menos lo harían ese día, el 20 de agosto de 2016. En pleno desayuno, antes de que Emma y Rashid subieran al coche rumbo a Heathrow, darían la noticia a sus hijos. La idea era no darle al anuncio demasiada importancia, ni hacerlo muy ceremonial. Que los chicos pensaran que nada cambiaría… demasiado.

Cinco y cincuenta y tres de la mañana. ¿Cómo era posible que, después de haber girado y girado, de haber rezado dos padrenuestros —imágenes sacrílegas incluidas— y de haber contado quince ovejas, hubieran pasado tan solo ocho minutos? Segura de que ya no podría

dormir, Emma bajó a la cocina a hacerse un té. Echó el agua caliente en su taza preferida de Emma Bridgewater, diseñada con perros de la raza Norfolk Terrier. No era que fuese su preferida porque la creadora de la marca se llamara como ella, según a su marido le gustaba bromear, sino que, con su amiga Sophie, compartían la tradición de intercambiar tazas de Bridgewater. La de los perritos a Emma le gustaba en especial porque le recordaba a Basil, la primera mascota que tuvieron con Rashid apenas se casaron y que los acompañó durante los primeros años de matrimonio, hasta que murió por una enfermedad hepática.

Quizás este sea un buen momento para tener otro perro, pensó Emma. Luego de la muerte de Basil habían tenido otro Terrier, Byron, que escapó a los pocos meses, y el dolor fue tan inmenso que desde entonces Emma no había querido mascotas. Pero no era mala idea volver a buscar un compañero fiel, ya que su marido estaría tan ocupado en recibir a su nueva esposa…

¿Qué pensaría Sophie de todo esto?, se preguntó Emma mientras miraba la taza. Todavía no había compartido la noticia con nadie, ni con su amiga del alma. Sentía que decir en voz alta "Rashid se casará con Hala" lo convertiría en realidad. Y Emma seguía con la ilusión de que todo fuera un sueño. O una pesadilla, mejor dicho.

La única con la que se había animado a hablar del tema era con la señora Abbot, que no había expresado su opinión pero, Emma sabía, no comprendía la decisión de Rashid. "Todos tendremos que acostumbrarnos a la nueva dinámica", le había dicho Emma al ver su rostro indignado, con un tono que pretendía ser convincente.

Luego de tomar dos tazas de té, a las seis y media de la mañana, Emma volvió a su dormitorio. Rashid aún dormía, ahora despatarrado por toda la cama. "Que lo disfrute", se dijo Emma, "porque cada vez tendremos menos lugar". Y se acostó a dormir con una sonrisa sarcástica, lo que sin dudas era mejor que llorar.

—Niños, quiero hablar con ustedes. Lávense pronto los dientes y bajen a desayunar —les dijo Emma a George y Lucy, quienes de todos modos eran bastante rápidos para alistarse de mañana.

Ese día, sin embargo, estaban inusualmente lentos, o así lo sintió Emma, que cinco minutos después los esperaba en la cocina, con otra taza de té en mano y su pierna que se movía con la ansiedad del rabo de un perro que espera a su amo. Rashid leía el periódico; Emma lo buscaba con la mirada pero él parecía concentrado y fruncía el ceño, gesto que siempre hacía al leer.

Lucy y George se presentaron al mismo tiempo bajo el marco de la puerta de la cocina. Se sentaron a aguardar que su madre les sirviera el desayuno, pero antes de prepararles el jugo y la crema de avena,

Emma se aclaró la garganta y dijo:

—Chicos, su padre y yo tenemos que hablar con ustedes.

—Emma, no seas tan ceremonial con los niños, que se van a asustar —bromeó Rashid al ver la cara de sorpresa de sus hijos—. George, Lucy. Hoy me iré de viaje a Siria y volveré en una semana.

—Qué bueno, papi —interrumpió Lucy—, ¿verás a la abuela?

—Sí, a la abuela, a sus tíos y a Hala, la mujer de Ahmad. ¿La recuerdan?

—No la conocen, Rashid —intervino Emma.

—Oh. Tienes razón. Chicos, Hala es una buena amiga mía y de tu madre. Su marido, Ahmad, era como un hermano para mí. Mi mejor amigo. De seguro a él lo recuerdan, o al menos me habrán escuchado nombrarlo más de una vez…

—¿Un mejor amigo como Toby, papi? —dijo George, en referencia a su osito de peluche.

—Incluso más que Toby. Ahmad ha tenido un ac¬cidente y ahora está en el paraíso. Entonces, yo ir a buscar a su mujer y a sus hijos, y los traeré a vivir a Londres con nosotros.

—¿En nuestra casa? —preguntó Lucy, confundida.

—Sí, querida, aquí mismo —respondió Emma.

—Al menos en un principio —agregó Rashid.

—No entiendo. ¿Por qué? —dijo Lucy, y su madre permaneció callada.

—Porque en Siria pasan cosas terribles y estarán más seguros aquí —explicó Rashid, sin más detalles.

—¡Guau!, ¡qué divertido! ¿Y tu amiga tiene niños pequeños? —preguntó George entusiasmado.

—Sí, querido, cuatro de ellos —contestó Emma, con énfasis en el número cuatro.

—¡Es el día más feliz de mi vida! ¡Más que Navi¬dad! —George sonreía con el rostro lleno de luz.

—Pero, mami, ¿dónde dormirán tantos niños? ¿Tendré que compartir mi habitación? —preguntó Lucy.

—Es lo más probable, querida —dijo Emma.

—¡No quiero compartir mi habitación! ¿Con quién tendré que compartirla? ¿Y si rompe mis juguetes o roba mis disfraces…?

—Eso mismo pensaba yo… —Emma empezaba a responder, pero Rashid la silenció con una mirada.

—Querida, no te preocupes que nadie robará tus juguetes ni tu ropa. En todo caso, deberás aprender a compartir. Todos nosotros deberemos aprender… —dijo Rashid.

—Pero, ¿por qué? —Lucy en verdad sonaba molesta.

—Porque tus padres lo dicen y punto —sentenció Rashid, a punto de abandonar la cocina, frustrado.

—¿Entonces Toby ya no será solo mío? ¿Y mi bici¬cleta? —George se sumaba al reclamo de su hermana.

Mientras a Lucy se le llenaban los ojos de lágrimas y George miraba a sus padres a la espera de una res¬puesta, Emma pensó que no había sido buena idea darles la noticia de un modo tan brusco, y dijo:

—Niños, lo que su padre quiere decir es que una vez que lleguen nuestros invitados debemos hacerlos sentir cómodos. Piensen en cuando vienen amigos a jugar por un rato: les prestamos nuestros juguetes, compartimos nuestra comida y la mesa… y es bueno porque nos divertimos y estamos contentos de que vuelvan a visitarnos y a jugar. ¿No lo creen?

—Sí, mami, pero nuestros amigos vienen por un rato y estos niños se quedarán mucho tiempo. Y ade¬más, no los conocemos. No sé si quiero que sean mis amigos. ¿Qué pasa si son malos? —Lucy llenaba de ideas a su hermano cada vez que lo veía mostrar algún tipo de entusiasmo por los nuevos huéspedes.

—No quiero niños malos en la casa, papá. En el colegio hay chicos malos —dijo George.

—No se preocupen por eso: los hijos de Hala son tan buenos como lo fue su padre. Ya verán que este nuevo capítulo traerá felicidad a nuestras vidas —agregó Rashid.

—Y la señora mayor, ¿con quién dormirá? ¿Con ustedes? —preguntó Lucy.

—No, querida, ella dormirá en el cuarto de hués¬pedes del tercer piso —contestó Emma.

—¿En el tercer piso? ¿Por qué, si hay otro cuarto libre en el primero? —preguntó Rashid en voz baja a su mujer.

—Bueno, me parece mejor que sea ella quien suba las escaleras y no uno de sus niños… —Emma hizo ademanes a Rashid para que no la cuestionara delante de los niños.

—Ya veremos con su madre quién duerme con quién y dónde, pero ustedes no se preocupen porque estará todo bien. Y ahora deberé apurarme para no perder el vuelo —añadió Rashid; mientras se levanta¬ba de la silla, Lucy corrió a abrazarlo y dijo:

—Si son niños pobres les prestaré mis juguetes, papá. Pero tú promete traerme algo lindo del viaje…

7

—¿Y, Rashid? ¿Cómo está todo por allí? —preguntó Emma al teléfono. A tres días de su llegada a Siria, aún ella no había querido hablarle. Cada vez que él la llamaba, inventaba alguna excusa para no atender y se limitaba a responder sus mensajes por el celular.

Los días sin Rashid habían sido duros para Emma. En soledad, se daba cuenta de lo que le costaría este cambio. Se sentía resentida, enojada con su esposo. También sentía miedo, y los niños no ayudaban con la situación. No hacían más que bombardearla con preguntas. ¿Y quién podía culparlos? Ellos tampoco entendían qué sucedería con la casa, sus espacios, sus cosas. Sin ser conscientes de que podían llegar a perder nada menos que a su padre, temían por sus bicicletas, sus disfraces, sus ositos de peluche…

Lo incómodo era cuando hacían preguntas delante de otros. Hasta entonces no habían dicho nada demasiado comprometedor, pero Emma temía el momento en que dijeran algo como: "¿Mami, es normal que papi duerma en la cama con otra mujer?", o algo peor. Sin saberlo y, desde luego, sin desearlo, los niños podían ser criaturas muy crueles.

—Bastante mal, Emma. No sabes lo difícil que está la situación aquí. No reconozco mi propia ciudad. Me desgarra el alma ver a Siria en este estado —respondió Rashid. De fondo se escuchaba el llanto de un niño.

—Me imagino, querido. Qué pena… ¿Dónde estás ahora? ¿Cómo está tu madre? —Emma se obligó a sí a hacer referencia a su suegra, a quien nunca había estimado… aunque solo porque ella tampoco estimaba a Emma.

—En casa de Hala. Mamá está bien, testaruda como siempre. Volví a ofrecerle que viajara a Inglaterra pero no hay caso: quiere morir aquí.

—Oh. Ya veo. ¿Y le has contado acerca de tu decisión respecto a Hala? —preguntó Emma, aunque con temor de escuchar la respuesta.

—Sí, desde luego. Fue lo primero que hice. Sé la felicidad que le causa mi nuevo matrimonio…

—Por favor no vuelvas a referirte a "tu nuevo matrimonio" porque juro que no lo toleraré —señaló Emma.

—…a ella y a toda la familia —siguió Rashid— en especial, a la de Ahmad. Todos están muy agradecidos conmigo.

—Espero que estén agradecidos conmigo también. Y con nuestros

niños. El sacrificio es enorme, y es de parte de toda la familia…

—Lo sé, Emma. Intentaré no volver a mencionar "los tiempos que vendrán" o "mi nuevo matrimonio" pero, por favor, tú no sigas con eso del "enorme sacrificio" que haces —expresó Rashid con voz severa.

—Bueno, veo que hay muchas cosas que no podemos decirnos. No tiene sentido que sigamos esta conversación. Será mejor que continúe con mi día, entonces —dijo Emma y se mantuvo en un silencio orgulloso, pero ardiente en deseos de conversar un poco más.

—Sigue con tu día, querida. Yo debo seguir con el mío —respondió Rashid, también orgulloso. Ansiaba hablar más con su esposa, compartir con ella el dolor que sentía hacia Siria pero el honor que le daba el poder ayudar a sus seres queridos, al menos en lo que pudiera. Le dolía que ella fuera tan celosa, tan infantil. No era la Emma que él tanto amaba, una mujer segura de sí, llena de vida y sin tiempo para escenas de celos.

—Una última pregunta, Rashid. ¿Cuándo regresas? —preguntó Emma, justo antes de colgar.

—No lo sé, Emma. Se supone que a fin de esta semana, pero depende cuánto demoren los trámites. Así que no lo sé.

Tres días después de haber hablado con Rashid, Emma no había vuelto a saber de él. Habían conversado brevemente por mensaje de texto, pero ninguno había llamado al otro por teléfono. "No tengo nada que decirle", pensaba Emma. Y, a miles de kilómetros de distancia, su marido pensaba algo similar.

Sin embargo, Emma no dejaba de pensar en él. ¿Qué haría ahora? ¿Visitaría a sus amigos o no haría más que pasar tiempo con Hala? ¿Habría llorado ella en su hombro? ¿Y la madre de Rashid…? De seguro estaría extasiada con toda la situación. Emma ya la veía hablar pestes de ella a sus espaldas mientras ponderaba a Hala por sus virtudes como esposa y como mujer. Lo peor es que los hombres eran tan ingenuos… Rashid ni sospecharía que su madre tramaba un complot en contra de Emma.

Al estar sola, cada día se le hacía eterno. Emma siempre había sido muy mental, y más cuando tenía tiempo libre. Ni el trabajo lograba distraerla.

El verano ya se acercaba a su fin, y la temperatura comenzaba a reflejarlo. Ella nunca había sufrido el frío ya que, después de todo, era una inglesa de buena cepa, pero al menos el sol ayudaba a levantar el ánimo. "Creo haber leído un estudio científico o tal vez una nota periodística al respecto. Necesito algo de sol para sentirme bien…", pensó.

Comenzó a evaluar sus opciones para que la espera no se le hiciera

tan dura. La primera era irse de viaje con los niños, llevarlos de vacaciones a algún buen lugar, con playa y palmeras. La idea la sedujo por un momento, pero Emma no quería autoengañarse: sabía que no podría relajarse mientras su marido, a miles de kilómetros, dormía en casa de otra mujer. Ese era un tema que ella no entendía, pero era demasiado terca para preguntarle a Rashid por qué dormía en lo de Hala y no en lo de su madre.

La otra alternativa era viajar a Siria, ella también. ¿Y si tomaba un avión y arribaba de sorpresa…? De solo pensarlo sintió escalofríos. Sentía miedo hacia ese país en guerra, del que no conocía bien el idioma y al que había visitado una sola vez. No creía poder sobrevivir siquiera el viaje desde el aeropuerto hasta la casa de Hala. Además, ¿con quién dejaría a los niños? Y, lo que era peor, Emma se imaginó al presenciar la boda y sintió un inmediato dolor de estómago. Viajar allí, definitivamente, no era una opción.

Pero Emma no estaba acostumbrada a quedarse de brazos cruzados. Ya había hecho el ejercicio de aceptar que había ciertas situaciones en la vida en las que uno no puede hacer más que esperar, y muchas veces había intentado desarrollar la virtud de la paciencia. Sin embargo, jamás lo habría logrado del todo, y en eso admitía ser algo malcriada. Para distraerse pensó en llamar a Sophie pero luego recordó que su amiga estaba de viaje de cacería en Escocia. Probó con Flora, otra de sus compañeras de la infancia. Aunque Flora no era ni por asomo tan empática y cariñosa como Sophie, al menos era optimista y podría alegrarla.

—Hola, Flora, ¿cómo estás?

—Emma, ¡querida! Hace semanas que no sé de ti. ¿Qué tal anda todo? Yo… ¡mejor que nunca! —Emma no sabía si el escuchar la voz cantarina de Flora la ponía de mejor o de peor humor.

—Más o menos. He estado mejor...

—¿Qué ha pasado, querida? No me asustes, te lo pido —Emma detestaba dar lástima; le parecía patético, pero al menos su amiga ya no sonaba tan irritantemente alegre, así que solo por eso valía la pena dejar el orgullo de lado.

—Oh, nada grave, es solo que Rashid está de viaje y quisiera distraerme un poco. ¿Puedes cenar esta noche?

—Ay, Emma, qué poco inglés de ti, ser tan espontánea con tu agenda. Me encantaría verte pero hoy es imposible. A ver, deja que chequee… ¿Qué te parece el jueves próximo? —era cierto que, en su círculo, los almuerzos y cenas se programaban con anticipación; Emma se odió por haberse rebajado al llamar a Flora que, después de todo, siempre había sido una insensible.

—Mmm, el jueves que viene es imposible, pero no te preocupes. Pediré comida rica y veré un capítulo de alguna serie. Todo estará

bien —aseguró Emma sonriendo, porque le habían dicho que si uno sonreía al hablar por teléfono, aunque la sonrisa fuera falsa el interlocutor podía notarlo en el tono de voz.

—Me alegra escucharlo, querida. Coincido en que no hay mejor terapia. Nada de tapar emociones con el shopping, ¿eh? Eso es para nuevos ricos. Buena comida, película… y no olvides algún trago. *Ciao*!

Decidida a mejorar su ánimo, Emma fue a buscar a sus hijos para invitarlos a ver una película juntos. Quería aprovechar al máximo el tiempo sin sus nuevos invitados… es decir, el tiempo sin su nueva familia. Decidió que, al menos por esta noche, lo mejor sería intentar olvidar la pesadilla que estaba por venir. Preparó las palomitas de maíz, encendió el televisor y subió al primer piso en busca de los niños.

8

Mientras Emma se acicalaba, sonó el timbre para anunciar la llegada de Hala y Rashid. El trayecto entre su dormitorio y la puerta de entrada no era muy extenso, pero ese día le resultó interminable.

Emma había dado vueltas y vueltas toda la tarde sin saber qué ponerse ni cómo actuar. Por un lado quería estar hermosa para su marido, pero le parecía de mal gusto resaltar el tiempo y el dinero invertido para verse tan bien ante la nueva… invitada. No quería que Hala la tomara por una mujer vanidosa, con tendencias a ostentar, pero a la vez, quería que al verla, Rashid pensara lo bella que era. Ella. Su mujer. La primera.

Se había probado un vestido blanco y negro estilo Chanel. Sobrio pero elegante, femenino y un poco sensual, porque mostraba sus piernas delgadas. Emma sabía lo mucho que a Rashid le gustaban sus piernas. Pero luego había decidido probarse un pantalón con una camisa de seda. Ese *look* le agradaba; sin embargo, la camisa dejaba traslucir su corpiño, lo que a una mujer musulmana podía resultarle ofensivo. No es que Emma quisiera agradar particularmente a Hala, pero siempre había respetado los códigos de indumentaria de otras culturas, ya que, en todo caso, la moda también era parte de la comunicación, y resultaba una ingenuidad creer que se podía permanecer ajeno a esos códigos. El no preocuparse por la propia presencia para Emma significaba falta de amor propio, es decir, algo que en ningún caso ella hubiese querido comunicar, aunque preocuparse demasiado tampoco enviaba el mejor de los mensajes. Luego de volverse a probar el primer vestido, al fin decidió que la mejor opción era un enterizo negro, con un escote en la espalda pero un cuello bote apropiado para las circunstancias.

¿Y los zapatos? No era novedad que, si había un solo elemento que considerar a la hora de pensar en un atuendo, era el calzado. Lo mejor era optar por chatitas, para dar la impresión de estar cómoda, de entrecasa; sin embargo, con el enterizo las chatitas la mostraban petisa y caderona. Se probó unas sandalias con taco, pero le pareció demasiado. Intentó con unos zapatos de taco medio, pero tampoco la convencían. Prefirió pecar de retacona y volvió a sus chatitas preferidas de Saint Laurent.

Luego llegó el momento del maquillaje. Repasó las sombras y los distintos tonos de labial que había en su maletín. Emma no solía

maquillarse demasiado, pero creía que con uno o dos trucos podía hacerse la diferencia. Decidió usar máscara de pestañas, un poco de tapa ojeras y, por último, algo de rubor. En cuanto al cabello, lo quería suelto, porque nada le gustaba más a Rashid que una buena melena… pero quizás a Hala le parecía inapropiado que una mujer revelara su cabello de ese modo. Emma tendría que repasar los códigos apropiados para la religión musulmana. O no. Si Hala se sentía incómoda, mala suerte. Emma no estaba dispuesta a cambiar su modo de vestir por la nueva invitada, así como tampoco pretendía que Hala cambiase todo su ropero para agradar al mundo occidental. Aunque, de suceder algo así, quizás Hala conseguiría pronto un pretendiente, y al fin podrían sacarla de sus vidas, o al menos de su casa. ¿Cómo no lo había pensado antes?

Mientras se perfumaba con la dosis justa de Carolina Herrera y repasaba una lista de posibles candidatos para Hala, sonó el timbre que anunciaba la llegada de la pareja de recién casados. Emma se paralizó. Volvió a echar un vistazo en el espejo para asegurarse de que todo estaba en su lugar, y justo cuando creyó que era así, se dio cuenta de que sus bragas se marcaban a través del enterizo. Se sacó los zapatos lo más rápido que pudo, se quitó las bragas y volvió a ponerse el vestido a velocidad récord.

El timbre volvió a sonar y Emma respiró profundo. Bajó las escaleras que daban a la planta baja mientras miraba las fotografías que adornaban las paredes; fotos de Rashid, Emma y sus niños en sus destinos preferidos: su casa en Norfolk, el Chelsea Physic Garden, las montañas de Courchevel… Rostros radiantes, puros, ignorantes de los tiempos que estaban por llegar. A pesar de la nostalgia, caminó a paso firme hacia la puerta, segura de que de nada servía mirar atrás, sino que, por el contrario, debía mantenerse enfocada en lo que estaba por venir. Sin volver a mirar las fotos, cruzó el pasillo hacia la puerta de entrada y al fin abrió la puerta. Allí vio a una Hala sonriente, mientras sus niños asomaban detrás y Rashid bajaba las maletas del coche.

—Hola, ¡tanto tiempo, Emma! —la sonrisa de Hala era luminosa. Quizás demasiado grande, pensó Emma, que había imaginado a la viuda un poco más seria, más triste, sin tanto motivo para sonreír.

Para disimular su incomodidad, sonrió ella también, porque tampoco era tan difícil mostrarse educada y amable; después de todo, era inglesa.

—Querida Hala, es un gusto recibirte a ti y a tus hijos. ¡Bienvenidos! —Emma estudiaba el aspecto de su nueva compañera de techo. Su vestimenta no estaba mal. Llevaba una *abaya* negra, con arabescos grises en las mangas y la espalda; del pelo cubierto se escapaban algunos mechones negro azabache, que contrastaban con

sus ojos avellana; debajo de la vestimenta asomaban unas sandalias Saint Laurent idénticas a las de ella. ¿Cómo habría hecho para conseguirlas? ¿Acaso Siria no estaba en pleno bombardeo?

—Veo que compartimos el gusto, Emma —comentó Hala, radiante aún.

—¿Perdona…? —dijo Emma, incrédula ante el caradurismo de la mujer.

—Me refiero a las sandalias. Llevamos las mismas…

—Oh, sí, no lo había notado —mintió Emma, y se detuvo antes de lanzar un irónico: “Parece que tenemos mucho en común”. En cambio, optó por una sonrisa educada.

Rashid dejó las maletas en el piso y abrazó a su mujer. Un abrazo corto pero firme. Emma hubiera querido que se extendiera más, pero con Rashid nunca habían sido demostrativos en público y, entonces, no le preocupó. Saludó a cada hijo de Hala en la medida en que ingresaban a la casa, para pronto dirigirse a enseñarles los dormitorios del que a partir de entonces sería su nuevo hogar.

A Emma ya le dolían las mejillas de tanto sonreír. “Si tengo que sonreír tanto en mi propia casa, mis patas de gallo estarán más marcadas que nunca”, pensó.

—Vamos a la cocina, la señora Abbot ha preparado un rico té —dijo Emma que, por su parte, había cocinado los *scons* preferidos de su esposo y *muffins* de banana para los invitados. También había comprado *croissants*.

—Te has lucido, querida. Gracias por recibirnos así —Rashid estaba en verdad agradecido por la comprensión de su esposa. En el viaje, había temido que Emma fuera fría con sus invitados. Ella siempre era educada y cálida, pero quizás el enojo le imposibilitaba fingir los modales que él tanto apreciaba en ella. Justamente lo que había enamorado a Rashid era la gracia de Emma, sus modos corteses, el hecho de que siempre fuera la mujer más simpática y alegre de cualquier situación en la que estuviera. Hubiese odiado que esta nueva vida le quitara su afabilidad.

—¿Dónde están tus niños? —preguntó Hala con un acento fuerte, muy sensual. “Lo bueno es que Rashid no es inglés, así que no debería notarlo”, pensó Emma.

—Creo que es hora de que los nuevos hermanos se conozcan entre sí —agregó Hala, mientras mantenía una sonrisa tan amplia que a Emma ya empezaba a fastidiarle. Ante el comentario de Hala, debió respirar hondo antes de esbozar una sonrisa. “Ojalá no se haya notado que fue falsa”, pensó Emma. “Aunque quizás sea mejor que se note… quizás a ella también le moleste mi sonrisa, y sonría para seguirme la corriente… en fin, parece una competencia para ver quién sonríe más, y no me animaría a ser yo quien deje de sonreír primero”. El único

que no sonreía era Rashid. No es que tuviera un semblante triste, pero se mostraba sereno, tranquilo, natural. Como siempre.

—Esta noche George y Lucy dormirán en casa de mis padres —respondió Emma.

—¿Eh? ¿Cómo es eso? —el tono de Rashid era más molesto que sorprendido.

—Pensé que sería mejor, por ser la primera noche… para que nuestros invitados se sintieran cómodos… —balbuceó Emma.

—Bueno, pues has pensado mal. Desde hace semanas no veo a mis hijos. Además, si de ahora en adelante viviremos todos juntos, debemos acostumbrarnos al poco espacio y a la nueva dinámica familiar. Es descortés que no estemos todos para dar a Hala y a los niños la bienvenida que se merecen, una bienvenida propia de hermanos. Porque no son nuestros "invitados" —dijo Rashid.

—Oh, Rashid, no te preocupes —intervino Hala—, debo decirte que coincido con Emma. Para mis niños ya es demasiado cambio el solo hecho de hallarse aquí, quizás sea buena idea que primero conozcan la casa y a ella, y que mañana les presentes a tus hijos —acotó Hala, y Emma le agradeció por dentro. Luego de un breve silencio, pero que para Emma duró un siglo, se sentaron a la mesa del salón de estar.

Mientras bebían el té, Emma no hacía más que observar a Hala, aunque intentaba hacerlo con disimulo. Aunque estuviera cubierto, se notaba que su cabello negro era bellísimo: espeso, abundante, brilloso. No como el de ella, que era finito y más bien corto. La tintura rubia hacía imposible mantenerlo largo y sano a la vez. Sabía que a Rashid le gustaban las rubias, pero de todos modos sentía celos por la cabellera de su nueva mujer. "Su nueva mujer". De solo articular la frase sentía escalofríos. O arcadas. Intentaba sonreír y servir a todos en la mesa, pasar el azúcar, mostrar dónde se guardaba la miel, pero no podía concentrarse en la conversación, sentía una pelota en el estómago…

Los niños de Hala parecían educados. Apenas hablaban y al pedir algo utilizaban modos corteses. El inglés de ellos era impecable, mucho mejor que el de la madre.

—Qué bien hablan tus hijos, estoy sorprendida —comentó Emma y de inmediato se arrepintió. ¿Quizás su comentario podía caer mal a Hala?—. No porque tú no hables bien, pero ellos realmente…

—Bueno, no aclares tanto que oscurece —dijo Hala entre risas más efusivas que lo necesario.

—Discúlpame, no quise ofenderte, solo he querido decir que…

—No aclares que oscurece, querida —repitió Rashid y se echó a reír junto con Hala. Emma odió a su marido por haberla puesto en evidencia. Odió a Hala por haberse reído con él, cómplices en sus bromas. Y se odió a sí misma por ser tan torpe y no haber podido

manejarse con naturalidad. Por último, odió también a los niños de Hala, que de pronto comenzaron a hablar en árabe entre sí, mientras Hala y Rashid reían ante sus comentarios. La única que no reía era Emma, y esta vez, ya ni siquiera intentaba sonreír.

9

La mañana siguiente pasó algo que no había sucedido en años: Emma no escuchó el despertador y se quedó dormida. Abrió los ojos a las once de la mañana y Rashid ya no estaba en la cama. Emma no se despertaba tan tarde desde adolescente: una vez abandonadas las trasnochadas de la juventud, se había convertido en una mañanera orgullosa. Le gustaba ir a dormir bien temprano para así al día siguiente poder amanecer a las ocho puntual. “No hace falta un psicólogo para saber por qué dormí hasta tan tarde”, pensó Emma. “Odio mi nueva vida y no quiero estar despierta”. Decidió regalarse unos minutos más en la cama antes de afrontar lo inevitable: bajar a la cocina para encontrar su casa tomada por forasteros.

Ni siquiera le importó que sus hijos no estuvieran con ella. Iría a buscarlos esa tarde, para estar unas horas a solas con ellos… tampoco deseaba la compañía de Rashid, que a esta altura ya se habría ido a trabajar. Solo ansiaba estar consigo misma, un buen libro o el televisor.

Luego de seguir la rutina diaria que respetaba a rajatabla en las mañanas (lavarse el rostro con gel limpiador y utilizar las cremas preparadas por su dermatóloga), se puso un *robe de chambre* y bajó a desayunar. Mientras descendía las escaleras, pensó que quizás un *robe* no era lo más apropiado ante una mujer musulmana. Y, justo cuando estaba por regresar a su habitación para ponerse una vestimenta más apropiada, oyó desde la cocina las risas de un hombre y una mujer.

“Y dale con las risitas. Si Rashid estuviera muerto yo no reiría tan seguido. Aunque, a este ritmo, pronto lo asesinaré”, pensó Emma, mientras respiraba hondo para no perder la tranquilidad. “No pienso ir a cambiarme. Ella no lo merece”.

En la cocina, Hala y sus hijos escuchaban a Rashid contar cuentos en árabe. Lo miraban con atención antes de soltar carcajadas con cada ocurrencia de su marido. Por primera vez Emma lamentó no haber perseverado en sus clases de árabe. No entendía cuando hablaban con tanta velocidad. Apareció por la puerta pero nadie lo percibió. Se quedó unos segundos, que a ella le parecieron horas, para ver si alguien registraba su presencia, pero no, así que se aclaró la garganta para llamar la atención.

—Oh, pero si es la Bella Durmiente —dijo Rashid, que se veía alegre y de muy buen humor.

—Buen día, Emma. ¡No sabía que eras tan dormilona! Rashid me había dicho que te gustaba madrugar —dijo Hala, que lucía muy bella, más radiante y descansada que el día anterior.

—Buen día a todos. No sé qué ha ocurrido, se ve que anoche no he dormido tan bien y entonces… —dijo Emma—. Rashid, pensé que estarías en la oficina.

—Sí, iba a ir pero decidí quedarme para ayudar a Hala y los niños a aclimatarse. Y menos mal que lo hice, porque de no haber estado yo, no sé quién los hubiera ayudado a…

—Oh, no hace falta que nos ayudes, Rashid —interrumpió Hala—. Estamos muy cómodos en tu casa, y tampoco es tan grande como para que no sepamos encontrar las cosas para desayunar. Además la señora Abbot es muy amable —ante las ponderaciones a su empleada, Emma sintió celos. ¿Acaso quería agradarles a todos?

—Sí, en verdad la casa se siente pequeña cuando somos tantos, ¿no? —acotó Emma, y con eso en la cocina se produjo un silencio general —. Solo era una broma, ¡ja, ja, ja! —rio de un modo forzado; Hala le devolvió una sonrisa tímida y sus niños seguían callados, sin mirarla. “Casi no hablan cuando estoy presente”, pensó Emma.

—Querida, odio pensar que somos un estorbo para ti. No te preocupes que justo estábamos por salir a pasear por Londres. El día está hermoso —dijo Hala, mientras se levantaba de la mesa y se asomaba por la ventana—. Bueno, no tan bonito, un poco nublado para mi gusto, pero al menos no se oyen explosiones a la vuelta de la esquina.

Ante el comentario de Hala, en la cocina volvió a reinar un silencio de templo. Emma se obligó a ponerse en el lugar de los sirios. Se odió por ser tan egoísta y se propuso hacer un esfuerzo en ser buena anfitriona.

—Lo último que son es un estorbo, querida Hala. Rashid y yo estamos felices de que estén aquí con nosotros. Es más, justo había pensado en salir de paseo por Londres con ustedes, para mostrarles mis rincones preferidos. Si les parece bien, desayunaré algo rápido y saldremos.

—Antes deberías vestirte, ¿no es así, querida? —dijo Rashid, mientras miraba fijo a su mujer.

—Claro, desde ya. Me pondré un calzado cómodo para caminar todo el día. Manejar en Londres es un caos y el subterráneo me da miedo. Debemos ser cuidadosos, nunca se sabe cuándo explotará una bomba del ISIS.

De nuevo el silencio, esta vez seguido por el sollozo tímido de la hija mayor de Hala, Lina. Emma había dicho la única palabra que no debía pronunciar ante los recién llegados. “ISIS” era mala palabra para ellos; un trágico sinónimo de la muerte de su querido padre y marido.

—Disculpen mi torpeza, no quise nombrar a…

—No te preocupes, Emma —dijo Hala—. La vida debe continuar y es imposible fingir que el terrorismo no es una realidad en nuestras vidas. Es doloroso, pero es así. Desde ya, debemos ser cuidadosos y movernos con toda la precaución que tú consideres necesaria. Estoy muy agradecida por saber que te preocupas por mi bienestar y el de mis hijos —Hala hablaba serena, con un bellísimo tono de voz que casi sonaba a una canción. Le dedicó una sonrisa que en verdad parecía sincera y le tomó la mano con firmeza. Emma, descolocada, devolvió el apretón de manos pero no halló palabras para responder. Tan solo buscaba motivos para odiar a Hala, pero comenzaba a hacerse difícil.

Rashid leía el periódico en el living de su casa mientras George y Lucy estaban embelesados con las caricaturas del televisor. Había ido a buscarlos ese mediodía a casa de los padres de Emma, quienes claramente no estaban al tanto de la nueva situación familiar de su hija. Rashid se vio tentado de contarles. Después de todo, no toleraba ese respeto ciego —más bien, temor— que Emma sentía hacia sus padres. No le gustaba ver a su mujer tan cobarde, solo por fobia al qué dirán, cosa que a él jamás le había importado. Rashid siempre había sido respetuoso y cariñoso con su madre (su padre había muerto cuando él era joven), pero tampoco había tenido problemas en enfrentarla, las veces en que él había estado seguro de que hacía las cosas bien. “Vergüenza es robar”, había sido una de las últimas enseñanzas de su padre antes de morir.

Sin embargo, decidió no decir nada a sus suegros y dejar que su mujer manejara la situación. No quería causarle otro motivo de enojo o disgusto a Emma y, además, tampoco estaba de ánimo como para tolerar una discusión con sus suegros que, aunque eran menos cerrados de lo que aparentaban, eran demasiado ingleses como para entender los nuevos arreglos de Rashid.

Últimamente, el periódico le causaba angustia. Trataba de leerlo todos los días para estar informado acerca de la actualidad en el mundo, pero había ciertas noticias que no podía terminar de digerir. ¿Trump, candidato a presidente? El solo pensarlo le daba escalofríos. Lo último que necesitaba la sociedad era un misántropo como líder de los Estados Unidos, una figura que causara más odio y división del que ya existía. ¿Y qué pasaría con el *brexit*? ¿Cuáles serían las consecuencias de semejante decisión? Ensimismado en sus pensamientos, miró el reloj y le sorprendió que fueran las siete y que su esposa —sus esposas— aún no hubieran regresado.

—Niños, ¿tienen hambre? —preguntó a sus hijos, que estaban demasiado concentrados en el televisor como para responder. “El que

calla otorga", pensó, y volvió a recordar a su padre, un verdadero fanático de los refranes.

Se dirigió a la cocina, calentó un pastel de carne que había en la heladera y luego de comer y de acostar a sus hijos, se retiró al dormitorio.

Ya había leído cuatro capítulos de su novela cuando Emma apareció con una gran sonrisa; por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa sincera, no como la que él sabía que ella se esmeraba en fingir delante de Hala y los niños.

—¿Y, querida? ¿Cómo te ha ido?

—Maravillosamente bien. ¡La hemos pasado genial! —respondió Emma mientras se sacaba los zapatos y se sentaba junto a él.

—Qué bueno, ¿a dónde han ido?

—Yo debería haber sido guía de turismo. He dado a Hala y a los niños un paseo súper exhaustivo por Londres. Hemos caminado por todos lados, Covent Garden, SoHo, Piccadilly, Mayfair, y hasta hemos andado en bicicleta por Hyde Park. ¡Hace tanto que no lo hacía…!

—¡Es insólito! Siempre te digo que vayamos a andar en bici por los parques y me dices que es un programa "muy de turista".

—Bueno, he descubierto que los turistas se la pasan de maravillas. Luego de tanta recorrida tomamos el té en Ladurée de Harrods y les compré ositos Paddington a los niños.

—¡Eso sí es de turista! —rio Rashid.

Se quedaron unos segundos en silencio mientras se miraban y en sus ojos había brillo. Rashid estaba feliz de notar a Emma tan contenta. Emma estaba feliz de haber podido pasar un día con Hala sin ser atormentada por celos. De veras la había pasado muy bien. Hala le causaba admiración. Dulce, inteligente, cariñosa con sus hijos pero firme en su educación; bella, bien vestida y perfumada, pero sin parecer demasiado vanidosa ni superficial. Hala era de esas mujeres que hacían que el esfuerzo que implica ser mujer no fuera evidente, sino una tarea sencilla y hasta agradable.

—Entonces, ¿la has pasado bien? ¿Has visto que Hala no es tan terrible, después de todo?

—Bueno, tampoco pretenderás que se convierta en mi mejor amiga de la noche a la mañana. Pero sí, hemos tenido un buen día —respondió Emma, sin querer entusiasmar demasiado a su marido por si al día siguiente volvía a sentir inseguridad. Besó a Rashid en la mejilla, dejó la novela en el piso y apagó la luz. Después de tantas semanas, le daba timidez hacer el amor con la luz encendida.

Echada en la cama, mientras Rashid le acariciaba la espalda, Emma pensó que había llegado la hora de contarles la verdad a sus padres. Durante semanas los había intentado evitar. Aunque con Hala y sus

niños cada vez se llevaba mejor, no estaba con fuerzas como para tolerar sermones. Sin embargo, cada vez se hacía más difícil eludirlos: las excusas de las primeras semanas ahora serían inverosímiles. ¿Enferma dos veces en un mes? ¿Tanto trabajo como para ni siquiera poder almorzar? ¿Tanta tarea de los niños, siendo pequeños? Decidió enfrentar la situación de una vez. Después de todo, lo que más ansiaba era que su vida volviera a ser normal. "Normal"; siempre le había causado lástima la gente que se definía en esos términos. Desde niña, Emma había imaginado para sí un futuro excitante, lleno de perspectivas laborales y personales; con un respetado cargo de escritora (aunque esa faceta ahora estaba en pausa) y un matrimonio en el que el amor fuera igual o mayor que el primer día. Sin embargo, cuando las cosas se ponían tan complejas, como ahora, se odiaba a sí misma por no haber sido más normal, por no haberse enamorado de los muchos candidatos de su juventud que por ese entonces le habían parecido demasiado básicos pero que hoy mantenían el halo de simpleza que ella necesitaba… al menos para sentarse a la mesa con sus padres.

Decidió arreglar la cita en un lugar público, de modo que el señor y la señora Parker debieran moderar sus reacciones por vergüenza ante los ojos —y oídos— que, de seguro, se detendrían en ellos en cualquiera de los sitios escogidos para su *rendez-vous*. Por fin, el encuentro fue concertado para las seis de la tarde en Scott's, el restaurante de Mayfair preferido de su padre.

—Hola, querida, ya casi olvidaba tu rostro. ¿Dónde está Rashid? No me digas que otra vez anda retrasado por trabajo…. —la madre de Emma lucía hermosa para su edad; siempre había sido elegante, pero con los años había envejecido mucho mejor que otras mujeres. Emma ansiaba heredar su genética, su delgadez y, en especial, su piel, no tan frágil para ser inglesa.

—Rashid no nos acompañará hoy. La señora Abbot tenía el día libre así que prefirió quedarse en casa con los niños.

—Qué pena, hace tiempo que no conversamos. Lo hemos visto solo un instante el otro día, cuando pasó por casa a buscar a George y Lucy, pero se lo notaba... apresurado —dijo su madre, sin mostrar ni un ápice de sospecha de que algo en la pareja podía andar mal. Emma pensó: "Debería haber sido actriz". Su padre, en cambio, siempre menos disimulado, la miraba fijo a los ojos mientras bebía su *single malt*.

—Es que Rashid ha estado de viaje, ¿no es así, querida? —dijo su padre, sin alteración alguna en el tono de voz—. Ha estado en Siria, ¿verdad?

—Oh, no estaba enterada de eso, Emma. Qué locura, viajar en momentos así. En todo caso, me parece sensato que no hayas ido con

él —agregó su madre.

—Buenas tardes, yo seré su mozo esta noche. Les dejo la carta….

—No hace falta —interrumpió el padre—, somos habitués del lugar. Es más, es curioso que no nos conozcas...

—Disculpen, es mi primer día en Scott's. Si prefieren, puedo pedir que otro mozo les tome el pedido; si no, con gusto lo haré yo.

—Oh, tonterías, ¡desde luego que lo harás tú! —exclamó su padre, que había educado a Emma con el buen ejemplo de ser amable con el personal—. Para una primera jornada de trabajo, somos los clientes ideales. Simpáticos, fáciles de agradar…

—¡Y dejamos buena propina! —agregó su madre entre risas.

—Perfecto, entonces de seguro nos llevaremos bien. ¿Con qué les gustaría empezar?

—Emma, ¿quieres vino? —preguntó el señor Parker, luego de haber pedido aguas con y sin gas, y un nuevo vaso de whisky.

—Eh… Sí, creo que necesitaré algo de alcohol —contestó Emma por lo bajo.

—Perfecto, entonces sumemos al pedido una copa de vino tinto. Empezaremos con ostras y el *risotto* de trufas para compartir.

—No tengo mucho apetito, papá. —Emma estaba más nerviosa de lo que hubiese esperado.

—Está bien, entonces solo las ostras y, para las mujeres, el lenguado y salmón para seguir. Yo quiero la langosta, por favor.

—¿Algún acompañamiento? —preguntó el mozo mientras apuntaba el pedido.

—Claro. Brócoli hervido, espinacas a la crema y la ensalada capresse, por favor.

—*Okey Dokey*, volveré en breve con las bebidas.

—Bueno, Emma, vamos al punto —dijo su padre apenas el mozo se retiró—, ¿hay algo de lo que quieras hablarnos?

—Oh, Edward, ¿en qué habíamos quedado? Nada de atosigar a nuestra hija —la señora Parker intervino con una sonrisa nerviosa, mientras miraba a su marido de reojo.

—Oh, ¡tonterías, querida! Emma de seguro querrá terminar pronto esta tortura y regresar a su hogar. ¿No es así, hija?

—Para nada, papá. ¿Por qué lo dices? Aquí estoy, feliz de compartir una copa de vino con ustedes.

—Sí, eso dices… pero es curioso que nos hayas evitado durante todo un mes —el padre mantenía el tono firme con que había comenzado la conversación.

—Querido, hemos acordado que…

—Ya basta, Susan —interrumpió el señor Parker, que ahora sí sonaba molesto—, déjame manejar la situación.

—No entiendo de qué situación hablamos. Si quieren preguntarme

algo, prefiero que lo hagan de modo directo. Pero explíquenme de qué va la cosa porque estoy perdida —confesó Emma.

—Nosotros también estamos perdidos, hija. ¿No hay nada que quieras decirnos tú…? —La madre ahora le tomaba la mano y la miraba con pena.

—Lo que tu madre quiere decir, Emma, es que ya estamos enterados de la situación que se vive en tu casa. Y queremos que sepas que estamos contigo para lo que necesites. Nos apena mucho que tengas que…

—¿De qué situación hablamos? —interrumpió Emma, consciente de que, antes de hablar, lo mejor era permitir que el interlocutor revelara su información—. ¿De qué se han enterado y por medio de quién?

—Mis amigas del club lo saben todo, querida. Estamos muy tristes y creemos que…

—¿Por qué están tristes ustedes, si yo no lo estoy?

—¿Cómo no estarías triste, Emma? Ante nosotros no debes fingir. Somos tus padres. —El señor Parker la tomó de la otra mano.

—Ya suéltenme y déjenme explicar. No estoy triste, sino orgullosa de mi marido. Al principio la noticia me perturbó, desde luego, pero ahora entiendo que es lo mejor para los niños y que…

—¿Hablas en serio? —interrumpió su madre—, me sorprende, Emma. Siempre has sido una mujer respetuosa de su integridad. Con tu padre te hemos dado una excelente educación que... Me duele escuchar que la tiras por la borda y te rebajas a aceptar que…

—Aquí está el *risotto* de trufas. ¡Que lo disfruten! —dijo el mozo, sorprendido de que las caras sonrientes de hacía unos minutos ahora lo fulminaran con tanta seriedad.

—Por favor no olvide mi copa de vino —suplicó Emma, ansiosa por beber.

—De ninguna manera. Disculpe, está en camino.

—Madre, no me he rebajado jamás y tampoco creo hacerlo ahora. Confieso que me ha costado bastante aceptar la jugada de Rashid, pero he decidido apoyarlo y para mí es importante que ustedes me apoyen a mí. Ya bastante tengo con mis propios tormentos como para que…

—Debes comprendernos, Emma —dijo el señor Parker—. Como tus padres, no podemos creer que nuestra hija acepte que su marido le sea infiel con tanta liviandad.

—¿Que mi marido me sea qué?

—Infiel, querida. Mis amigas lo saben todo. Han visto a Rashid llegar a Heathrow con su otra mujer y cuatro niños; me han dicho que tú no estabas, que Rashid tenía una familia paralela en Siria y que además la mujer es hermosa y que, como si fuera poco…

—¡No puedo creer lo aburrida que está la gente! —exclamó Emma y

estalló en risas; sus padres, silenciosos, la miraban atentos a la espera de una explicación.

—No es que la gente esté aburrida, querida, es que quieren lo mejor para…

—Ya basta de interrumpirme, papá. Esta parece una conversación de locos. Rashid no me ha sido infiel, así que diles a tus amigas que están despedidas como detectives de mi vida personal. Oh, es cierto, jamás las había contratado...

—¿Estás segura de que no te ha sido infiel, Emma? Es raro que Charlotte y Margaret se equivoquen. Quizás no lo sabes, pero…

—¿Piensas que soy estúpida? —preguntó Emma, sin levantar la voz, consciente de que en la mesa de al lado se dejaba de atender el celular para escuchar la conversación y que el mozo se demoraba más de lo normal en abrir el vino, aun para tratarse de su primer día—. No puedo creer que confíes más en las chismosas de tus amigas que en mí. Claro que estoy segura. Rashid nunca me sería infiel.

—Nunca digas nunca, Emma, ya sabes que el marido de mi prima Elizabeth parecía bueno y resultó un mujeriego. Y como él hay miles de casos, qué me dices de la familia Armstrong y de los…

—Querida, no necesitamos un recorrido por la historia de todas las cornudas de Londres. Nos quedaríamos a vivir aquí en Scott’s. Dejemos hablar a nuestra hija.

—Gracias, papá. Les decía que Rashid no me ha sido infiel, pero sí es cierto que lo han visto en Heathrow con una mujer siria y cuatro hijos. Se trata de Hala, la viuda de Ahmad.

—¿Quién es Ahmad? ¿Su amigo, el que ha muerto por culpa de esos terroristas?

—Sí, madre, es él. Hemos decidido ayudar a su familia, ahora viven con nosotros.

—Oh, eso es... estupendo, querida. Me parece una idea fantástica, es importante como cristianos hacer caridad.

—Pero, ¿cómo han logrado hacerlos entrar al país? No debe de haber sido fácil conseguir el permiso; de haberlo sabido, mis amigos de la embajada hubieran podido ayudar, querida —dijo su padre.

—Gracias, papá, he pensado en pedirte ayuda pero Rashid no quería estorbarte y se le ocurrió una idea mejor.

—Siempre tan inteligente ese Rashid… —agregó la madre mientras asentía.

—¿Qué idea es esa? —preguntó su padre.

—Se ha casado con Hala en Siria. Por eso ha viajado hasta allá. Como es su mujer, han podido entrar todos a Inglaterra. Rashid tiene ciudadanía inglesa, ¿recuerdas?

—¿En qué mundo es eso una idea mejor? ¿Dos mujeres a la vez? ¡Eso es bigamia! —dijo su madre

para el interés de toda el ala oeste del restaurante.

—Poligamia, querrás decir, mamá. No es lo mismo. Recuerda que Rashid es musulmán y su religión permite más de una mujer al mismo tiempo. La ley inglesa dice que la bigamia...

—¡Ponle el nombre que quieras, pero es un horror! Siempre supe que este asunto de casarte con un árabe no terminaría bien... Siempre supe que tarde o temprano pasaría algo así —la madre hablaba mientras el padre bebía en silencio.

—No ha pasado nada, mamá. Todo sigue igual. Es solo un arreglo que hemos concertado para que Hala pudiera entrar al país. No podíamos ayudarla tan solo con dinero, debíamos asegurarnos de que estuvieran a salvo aquí, en Inglaterra. Es lo único que Ahmad ha pedido a Rashid antes de morir.

—¿Todo sigue igual que siempre? No puedo creer que seas tan ingenua, querida. Pensé que te había educado mejor. Nunca pensé que terminarías por ser como tantas de mis amigas, negadoras, que dejan que el marido haga lo que se le antoje mientras ellas les cuidan a los niños y el hogar. Edward, ¿puedes decir algo? ¡Habla de una vez!

—Debo decir que entiendo a Emma, Susan.

—¿Qué, papá?

—Así como lo oyes, querida. Has dejado el orgullo de lado y lo has hecho por amor a tu marido y por respeto a la memoria de su amigo. Me parece una sabia decisión. Te felicito.

—Pero, ¡Edward! Mis amigas dicen que esta mujer es monísima, y Rashid es un ser humano. ¿Qué pasaría si un día se encuentran solos y él se ve tentado de…?

—Te gusta decir que eres feminista pero tu pensamiento es más machista que el de nadie, Susan. Nuestra hija también es hermosa y no tiene nada que temer. Si Rashid decide serle infiel lo será de todas formas y, en todo caso, sería la pérdida de él, no la de ella.

Emma estaba sorprendida de que su padre hablara en esos términos. Dejó pasar barbaridades como que la fidelidad, o la falta de ella, pasara por la belleza de cada quien, y le agradeció con la mirada por defenderla de esa forma. No le importaba tanto la opinión de su madre, a quien Emma nunca había considerado demasiado inteligente, como la de él, cuyo punto de vista sí respetaba, en especial, cuando no estaba embriagado. Si su padre no la apoyaba, Emma tendría problemas en argumentar —incluso ante sí misma—en favor de la decisión de Rashid.

—Querida, estamos contigo para lo que necesites. Te acompañamos en tu decisión —concluyó el señor Parker.

—Gracias, papá.

En la mesa se instaló un incómodo silencio, mientras el camarero servía los platos principales. Su madre miraba, obstinada, hacia una

pared; cuando, al fin, volvieron a quedar solos, dijo:

—Por mi parte, no esperes que esté demasiado contenta. Esta situación me parece una vergüenza. No me resultará sencillo tolerar que…

—No tienes que tolerar nada, mamá. Esto no pasa por ti. Si te da vergüenza lo que opinen tus amigas, entonces diles lo que quieras. Diles que soy cornuda, me da igual. Después de todo, todas ellas lo son.

—Y yo también lo he sido —dijo la señora Parker, mientras robaba un sorbo del whisky de su marido. —Juré que nunca iba a decírtelo, pero así es.

—¿Estás segura de que quieres hablar de esto, Susan? —preguntó el señor Parker.

—Sí, Edward, basta de hipocresías. Cuando tú tenías tan solo cinco meses tu padre me fue infiel. El posparto hacía destrozos en nuestra relación, y él no tuvo mejor idea que distraerse con una cualquiera. Lo descubrí y lo perdoné. Y no me arrepiento…

En verdad, con todo lo que me costó aceptarlo en su momento, hoy digo que fue la mejor decisión. Tuvimos un buen matrimonio y nunca más volvió a suceder… o eso creo.

—Sabes que no, Susan —dijo su padre.

—Lo cierto es que hoy miro hacia atrás y han sido casi cuarenta años de una relación magnífica, con ese solo traspié. Somos compañeros, hemos viajado por el mundo, hemos criado a una hija maravillosa y hoy tenemos nietos adorables. No todos tienen nuestra suerte. No puedo pedir más...

—Y, entonces, ¿por qué te has enojado tanto al pensar que Rashid me había sido infiel?

—Porque no podía creer que tú, siempre tan independiente y segura de ti misma, fueras a aceptar la situación. Lo nuestro fue una excepción; piensa que no todos los hombres son infieles tan solo una vez. La mayoría lo es toda la vida. Además, los tiempos han cambiado. Antes a los hombres se les perdonaba más. Y siempre me he sentido muy orgullosa de tus ideales y valores…

—Oh, madre, no digas eso. Hay miles de hombres que jamás son infieles y, para el caso, millones de mujeres que sí lo son.

—Emma, no puedes pretender que tú y yo seamos iguales y opinemos de la misma forma en todo. ¿Me pides que respete tus opiniones? Pues bien, tú respeta las mías. Jamás pensé que te contaría esto, pero creo que tu padre tiene razón. Has sido sincera y, aunque me cueste, eso me enorgullece. No será fácil, pero haré lo posible porque no me importe lo que diga la gente. Ya veré cómo lidiar con mis amigas. Lo importante es que tú y tus hijos estén bien.

—Gracias, mamá —respondió Emma, y esta vez fue ella quien tomó

la mano de su madre.

—Bueno, ¿alguien quiere postre? —preguntó el mozo, otra vez sonriente.

—¿Qué tan cursi es pedir un dulce final? —preguntó el señor Parker entre risas—. No hace falta que respondan. Pediremos *sorbets* de mango y frambuesa, por favor.

Esa noche Emma regresó a su casa feliz, pero sin ánimos de contarle a Rashid sobre la charla que había mantenido con sus padres. Ya estaba harta de que el único tema entre ellos fueran Hala y los niños. Ansiaba cambiar un poco la conversación. “Qué buena película veremos hoy”, se dijo. El vino había hecho su efecto y Emma solo deseaba acostarse con su marido y prenderse al televisor, sin chicos, ni miedos ni mujeres con cabellera negra y sedosa entre ambos.

Tardó unos segundos mientras revolvía su cartera en busca de las llaves; cuando por fin las encontró, se demoró en abrir la puerta. “Parezco una adolescente, ¡ni que hubiera bebido tanto...!”, se dijo, y mientras entraba a su casa entre risas se topó con la única imagen que no hubiese querido ver: Rashid y Hala, sentados en un sillón, con la *troup* de chicos desplegada por el resto de los sillones y por el suelo, todos divertidos con dibujos animados de Disney. Solo faltaban los perros recostados al pie del sillón. Era el estereotipo de una noche en familia llevado al morbo. Sin estómago para saludar, Emma pensaba en hacerse la tonta y seguir de largo a su habitación, pero justo cuando subía la escalera Hala exclamó:

—¡Bienvenida, Emma! Te hemos extrañado. ¿Cómo te ha ido con tus padres?

—¡Hola, mamá! —gritó George, y se disparó del sillón para abrazar a su madre. Rashid le sonreía desde su sitio, pero no parecía dispuesto a incorporarse.

—Oh, me ha ido muy bien, Hala. Gracias por preguntar. Pero sabes que no me siento muy bien del estómago… así que, si no les molesta, iré a mi dormitorio a descansar. Y pienso que los chicos deberían hacer lo mismo, ¿no? Ya es tarde…

—Oh, mamá, es viernes. ¡No arruines la diversión! —dijo Lucy, que ya empezaba a mostrar síntomas de una adolescencia demasiado temprana.

—Siempre que vas a Scott’s te pasa lo mismo, querida; seguro has pedido ese *risotto* que te cae tan pesado… —Rashid seguía sin levantarse a besarla; tampoco mandaba a los niños a dormir, como ella había pedido.

—Sí, de seguro habrá sido eso. Buenas noches a todos.

Sin ánimos de pelear ni de ocupar el rol de la mala, Emma se dirigió a su dormitorio con la idea de que, pocos segundos después,

aparecería Rashid. Tardó más de lo normal en desvestirse, para que al entrar la viera desnuda. Cuando ya habían pasado más de cinco minutos sin rastros de su marido, se sintió ridícula. Enojada, se sacó el maquillaje, se encremó prolijamente y, ya metida en la cama, apagó la luz. No tenía ganas de leer pero tampoco podía dormir. De abajo llegaban risas y la ridícula voz de Mickey Mouse. “Nunca entendí a Disney”, pensó.

Unos minutos después, el televisor se apagaba y los niños subían las escaleras a las corridas. “Tienen demasiada energía”, pensó Emma. Cuando por fin Rashid entró al cuarto, dijo en voz baja el nombre de su mujer, pero Emma decidió no responderle. ¿Estaba triste? ¿Enojada? Prefirió fingir estar dormida y, justo cuando pensó que Rashid se metería en la cama, lo oyó dar la vuelta, cerrar la puerta y volver a bajar.

El dolor de estómago era cada vez peor.

10

A la mañana siguiente Emma despertó antes que todos. Los sábados la señora Abbot se tomaba franco. Los niños dormían hasta tarde y Rashid, por lo general, también. Estaba molesta. Hubiera querido que su marido mostrara algún interés en ella la noche anterior. Ni siquiera le había preguntado por la charla con sus padres; charla que, después de todo, le concernía directamente.

"Qué placer que todos duerman; podré desayunar y leer tranquila", pensó Emma, pero al entrar en la cocina vio que Hala ya estaba allí. Le daba la espalda y hablaba por teléfono en voz baja. Emma hizo silencio, para tratar de escuchar la conversación sin que Hala notara su presencia, pero resultaba difícil descifrar lo que decía: no solo por el volumen, sino porque Hala hablaba en un árabe muy veloz. Emma volvió a arrepentirse de sus malgastadas clases de idiomas…

Más allá de no poder descifrar las palabras exactas, no era difícil darse cuenta de que la mujer estaba nerviosa. El tono de su voz era sospechoso; no sonaba a una conversación con algún amigo o familiar. Tentada de escuchar aún más, Emma se quedó inmóvil y en silencio hasta que Hala de repente se dio vuelta y la vio; nerviosa, cortó el teléfono y dijo:

—Oh, Emma, buen día. No sabía que estabas aquí. Discúlpame, si no, te hubiera saludado, pensarás que soy una maleducada…

—Oh, tonterías, Hala. ¿Cómo pensaría eso? No me habías visto. La maleducada soy yo, creerás que intentaba escuchar tu conversación, ja ja… —ante la mirada extrañada de Hala y su esbozo de sonrisa, Emma agregó—: Pero no te preocupes, querida, que no entiendo árabe, y además hablabas muy bajo. Tanto, que me extraña que del otro lado del teléfono hayan podido oírte…

—Es que no quería despertar a nadie. Es sábado y son las siete de la mañana, ¡imagínate! Pero en Siria hay dos horas más y luego ya no encontraría a mis hermanos en casa.

—Me parece muy bien, querida. Lamento haberte interrumpido... aunque no deberías haber cortado solo por mi presencia…

—Oh, no ha sido por ti, tranquila. Me ha venido bien, ¡ya estaba harta de hablar con mi madre, ja ja! —Por primera vez desde la llegada de Hala. Emma la notaba nerviosa, y pensó en lo patética que se veía. "Así debe de verme ella cada día", se dijo. Estaba por preguntarle si hablaba con su madre o con sus hermanos pero prefirió

dejarla pasar. Tampoco quería ser descortés, y era claro que Hala se sentía incómoda. ¿Quizás tendría un novio en Siria? “Sería maravilloso”, se dijo Emma que, si bien —en verdad— mostraba avances en la amarga tarea de aceptar el nuevo esquema familiar, tampoco se opondría si sus invitados consiguiesen otra casa donde vivir.

Decidió cambiar de tema y preguntar a Hala por sus planes para ese fin de semana. Como ninguna de las dos tenía programa, decidieron hacer algo juntas y con los niños, que cada vez se llevaban mejor. George estaba feliz de que Mohamed, el más pequeño de Hala, fuera solo un año menor que él; Emma había temido que a su hijo le diera celos ser desplazado en su rol del benjamín de la casa pero, al contrario, el niño parecía feliz de tener alguien por debajo suyo a quien tratar como a un bebé. Por su parte, Lucy también se veía contenta con sus nuevos compañeros de hogar. Ella era un poco más tímida, pero empezaba a abrirse un poco con Lina, que casualmente era de su edad.

—Yo estaba pensando en ir al museo Victoria & Albert —dijo Hala. Dicen que es muy bonito…

—Claro, ¡qué idea maravillosa! Siempre tiene unas muestras geniales. La curadora es amiga mía, ella puede conseguirnos entradas, que suelen agotarse…

—Oh, pero no te molestes en venir, Emma. Debes de haber ido millones de veces. Puedo ir sola…

—De ninguna manera. Es mi museo preferido y me encantaría compartir el día con ustedes.

—Insisto… —dijo Hala, y Emma pensó, por un segundo, que no era bienvenida al programa. “No puedo ser tan insegura”, se dijo Emma.

—Es mi rol guiarlos por Londres. No se diga ni una palabra más —sentenció Emma.

—Bueno, si de veras no te molesta… Emma, quisiera aprovechar que estamos solas para hablar contigo. Quiero agradecerte, una vez más, por todo lo que haces por nosotros.

—Oh, Hala, no tienes nada que agradecer…

—Sí, Emma, tengo mucho que agradecerte y lo sabes.

—Bueno, en todo caso, a Rashid, él fue quien…

—No, Emma —interrumpió Hala—, tú y yo sabemos que la que manda en un hogar es la mujer. Rashid es muy noble y siempre quiso mucho a

Ahmad, es cierto, pero para él no es un gran sacrificio recibirnos. Después de todo le recordamos a su amigo, a su familia, a su patria. Y los hombres no se ocupan del día a día en el hogar… En cambio, eres tú la que sacrifica la paz y tranquilidad de la casa para vivir con cinco personas nuevas a quienes ni conoces ni entiendes. Mira, hay una frase

del Corán que me encanta, que dice así: "¡Oh, humanidad! Nosotros los creamos a partir de un solo hombre y una sola mujer y los hicimos pueblos y tribus para que pudieran conocerse unos a otros". Tú representas esta vocación de tolerancia y aceptación. Así que gracias, Emma. En momentos como este, no entiendes el consuelo que es para mí saber que aún existe en el mundo gente como tú.

Ante las palabras de Hala, a Emma se le llenaron los ojos de lágrimas. Se odió a sí misma por todos sus sentimientos en contra de aquella buena mujer. La tomó de las manos y, en pos de la honestidad, le dijo:

—Ya que estamos en tren de confesiones, te diré la verdad. Claro que para mí no fue sencillo cuando supe que se mudarían con nosotros. Eres una mujer hermosa, Hala. Inteligente y sensible. Me sentí amenazada… Te juro que he hecho lo posible por dejar mis sentimientos de lado. Me he odiado por ser tan fría ante tu dolor… y tan egoísta, de poner mis inseguridades como mujer antes que tu pérdida. Pero somos seres humanos, ¿no? Y no siempre es sencillo hacer lo correcto. Rashid, en cambio, es inquebrantable. Él permaneció impávido ante mis pataletas de niña malcriada y nunca dudó en ayudarlos. Aprendo de ese hombre todos los días y le agradezco que no se quiebre ante mis caprichos. Supongo que, de otro modo, jamás me habría enamorado de él.

—Querida, no sabes la paz que me da escucharte hablar así. No quiero que haya mentiras ni falsedades entre nosotras. Para nadie es sencilla esta situación. Te soy sincera, yo tampoco quería venir. ¿Piensas que me agrada dejar mi país, y a mi familia varada en Siria? ¿Piensas que me agrada llegar a un hogar donde sé que no somos bien recibidos? Claro que no, e intenté hacer lo posible por convencer a Rashid de que no era buena idea que viniéramos. Te doy mi palabra, Emma, de que lo que menos quería era interponerme entre ustedes y causarle problemas a Rashid, que para mi querido Ahmad siempre fue como un hermano. Pero no pude resistirme. Hubiera sido muy necio de mi parte, al ser madre de cuatro niños... En verdad necesitábamos la ayuda. Por mis hijos, no pude decirle que no. —A esta altura Hala también tenía los ojos cubiertos de lágrimas, y permanecieron unos segundos en silencio hasta que dijo—: Aunque me digas que ya me aceptas, yo también soy mujer y entiendo lo que debes de sentir. Tú también eres intimidante, y a mí tampoco me gustaría que mi esposo te trajera a nuestro hogar. Eso de que los árabes estamos cómodos con la poligamia es ¡mentira! ¿Sabes que solo el uno por ciento de la población musulmana es polígama?

—No, no lo sabía…

—Pues sí. No somos tan distintos como todos creen —dijo Hala, y ambas interrumpieron su llanto por una risa que sirvió para soltar los

nervios y descomprimir la situación.

—Rashid me ha contado la verdadera razón detrás de la poligamia; él me explicó que, justamente, Mahoma enseña que un hombre puede tener hasta tres o cuatro mujeres, siempre y cuando pueda ser justo con todas ellas, en momentos en que la historia pide a gritos que los hombres se hagan cargo de la seguridad de las mujeres…

—Exacto, Emma. Y este es uno de esos momentos históricos. No podrías siquiera imaginar las brutalidades que se viven en mi país. Van mucho más allá de la muerte. No le temo a la muerte. Allí me espera Ahmad. Le temo al terror que se vive en vida. Ir a dormir con el ruido de bombas y explosiones. El temer que un hijo tuyo caiga en las manos del enemigo; y no solo como víctima, lo cual sería lo menos grave, sino que sea captado como soldado en sus filas. Ese es, como madre, mi mayor temor… Necesitaba huir, Emma.

Ya no había mucho más que decir. A Emma le costaba digerir tanta emoción, había tenido la cuota suficiente por un buen rato. Con un apretón de manos, sonrió a la nueva mujer de la casa y le ofreció una taza de té.

11

Cada vez que entraba al museo Victoria & Albert, Emma volvía a emocionarse ante la belleza victoriana y eduardiana del edificio. Agradecía que hubiera sobrevivido la Segunda Guerra Mundial con pequeñísimos daños. Los cuarenta y cinco mil metros cuadrados desplegados en siete plantas eran, simplemente, majestuosos. Emma siempre recordaba que aquí había experimentado por primera vez el síndrome de Stendhal.

La jornada con Hala y sus hijos fue espléndida. Era un placer para Emma ver a Lucy y George interactuar con otros chicos y llevarse tan bien. De a poco, debía admitir que coincidía con Rashid en que el convivir bajo el mismo techo con gente de otra cultura y religión era una gran educación para sus niños. George ya aprendía palabras en árabe y Lucy hasta pronunciaba frases enteras. “Los niños no mienten”, pensaba Emma, y sus sonrisas eran el termómetro suficiente para saber que estaban contentos con la nueva situación.

—¿Qué les parece si nos detenemos a almorzar? —sugirió Emma, que sabía que de otro modo George se pondría molesto pronto.

—Yo no tengo hambre —dijo Hala, ante la sorpresa de Emma, que esa mañana notó que tampoco había probado bocado en el desayuno —. Si les parece bien, mientras ustedes se sientan iré a recorrer la galería de las joyas.

—Oh. Bueno, perfecto —dijo Emma, un poco molesta de tener que hacerse cargo de todos los chicos pero, a la vez, contenta de que Hala estuviera tan a gusto.

Compraron unos sándwiches y bebidas, y se sentaron en la galería a comer. El día estaba divino, un poco fresco pero con mucho sol. Cuando terminaron, Emma obligó a los niños a pasar por el baño.

—Han bebido mucho, ¡me lo van a agradecer! —bromeó, mientras los chicos rezongaban.

Se dirigían a los baños cuando Emma vio a Hala a la distancia. Estaba sentada en un banco, concentrada mientras anotaba velozmente en una libreta. “Qué extraño”, pensó Emma, que jamás había visto a Hala dibujar ni escribir.

Después de haber comprobado que los seis niños se hubieran lavado las manos, enfilaron hacia el banco donde Emma había visto a Hala hacía un rato. Allí estaba la mujer, pero su libreta no estaba a la vista.

—Oh, ¡aquí están! ¿Qué tal el almuerzo? —dijo Hala.

—Muy rico, Hala, ¿qué te parecieron las joyas? —preguntó Emma, con un tono de sospecha pero sin saber de qué.

—Muy hermosas, por cierto. ¡Hay tanto por ver en este museo! —contestó Hala con la voz levemente acelerada. “Deben de ser ideas mías”, se dijo Emma y dirigió el grupo hacia la galería de objetos de metal. En pos de no crear peleas con Rashid, decidió olvidarse del tema y no comentárselo.

Durante toda la tarde Emma no pudo dejar de pensar en que no había vuelto a hablar con sus padres después de la reunión en Scott´s. Emma sabía que, aunque la velada había terminado bien, a ellos les llevaría un tiempo acostumbrarse a la nueva situación familiar. “Quizás si conocen a Hala y a los niños les resultará más fácil entendernos”, pensó, decidida a consultarlo con su marido.

Esa noche, mientras ambos leían antes de dormir, Emma inició la conversación:

—Rashid, he tenido una buena idea.

—Uy, qué miedo. Las palabras “buena” e “idea” en boca de una mujer…

—No digas tonterías que siempre he sido muy sensata. Bueno, va sin filtros. He pensado en invitar a mis padres a comer, así conocen a Hala y a los niños.

—¡Lo sabía! Sabía que se trataba de una idea... peligrosa.

—Pero, ¿qué tiene de peligrosa? Mis padres son un encanto… cuando quieren.

—Ese es mi miedo, justamente. ¿Querrán ser un encanto esta vez? No desearía que Hala pasase un mal momento...

—Rashid, me harás enojar.

—¿Por qué, Emma? Solo digo la verdad y lo sabes. Quizás sea muy pronto para ellos. Quizás sea mejor esperar unos meses a que…

—Basta —interrumpió Emma—, yo he sido muy flexible con este nuevo arreglo, y si queremos hablar de una nueva familia, entonces mis padres deberán estar incluidos. Por una vez, me gustaría que dejaras de pensar tanto en Hala y pensaras en lo que te pide tu mujer, la original.

—No puedo creerlo, ¿otra escena de celos? Habías dicho que…

—No es una escena de celos, Rashid, aunque si quisiera, podría hacerla. Es mi derecho.

—Uf, ¡las mujeres y sus derechos! —bromeó Rashid, con intenciones de descomprimir la situación.

—Solo señalo algo lógico. Desde hace meses que no hago más que sacrificios por ti. Y deberías leer mi pedido como lo que es: un intento por unir la familia. Así que agradéceme, di que sí y cállate.

—Bueno, si algo he aprendido todos estos años de casados es a no contradecirte cuando te pones tan firme. Ve adelante con tu idea,

entonces, pero después no digas que no te lo advertí…

La mañana siguiente Emma se levantó ansiosa por llamar a sus padres. Había pasado de no querer tocar el tema con ellos a intentar sentar a todos en la misma mesa. ¿Por qué? Emma sospechaba que tenía que ver con la ansiedad de acabar con la situación de una buena vez.

Con quien seguía sin hablar del tema era con sus amigas. Emma suponía que ya estarían enteradas; si el círculo de chismosas de su madre estaba al tanto de la novedad, entonces era muy probable que las amigas de Emma también… Si era sí, le molestaba que no la hubieran llamado por teléfono, aunque en parte también se los agradecía. “Me conocen y deben sospechar que si yo no se los he contado es porque no quiero hablarlo aún”, pensó Emma mientras telefoneaba a sus padres.

Para su sorpresa, su madre respondió a la propuesta con silencio y, luego de unos cinco segundos, largó un “de acuerdo, allí estaremos”, que no sonó muy entusiasta.

—Madre, si aún no quieren venir los entiendo, solo pensé que…

—Oh, no, querida, desde ya queremos ir. Ya te hemos dicho con tu padre que estamos para apoyarte, así que cuenta con nosotros. Llevaremos unos quesos y el *pudding*, ¿te parece bien?

—Me parece bien, madre; entonces, los esperaremos hoy a las seis.

—Oh, ¿es hoy? Esa parte no la había entendido, querida. Hoy es imposible. Tenemos un compromiso en Kew Gardens, sabes que todos los años los amigos del jardín debemos…

—Madre, pensé que me apoyabas.

—De acuerdo. No he dicho nada. Supongo que este año puedo faltar. Además tu padre estará feliz de que no lo arrastre a Kew otra vez.

Apenas colgó el teléfono, Emma bajó a anunciar a Hala y a los niños la cena de esa noche, para dar tiempo a su invitada de prepararse para la ocasión.

—¡Qué buena idea, Emma! Ansiaba conocer a tus padres. Si son tan encantadores como tú, será un placer.

Agradecida por su reacción, Emma partió al Waitrose más cercano a hacer las compras para la noche. Mandó a la señora Abbot a que lustrara la platería y sirviera la mesa con la vajilla preferida de su padre, pero no confiaba en que otro hiciera las compras por ella. Tampoco le gustaba delegar el armado de los floreros. Después de todo, uno de sus principales talentos era recibir gente en su casa y ser una gran anfitriona.

Cerca de las cinco, la casa ya estaba impecable, los niños, bañados, y hasta Rashid había vuelto temprano de la oficina para acicalarse con tiempo. “¿Por qué estoy tan nerviosa?”, se preguntó Emma, que sentía

un cosquilleo en el estómago como si esperara que su novio adolescente pasara a buscarla para salir por primera vez.

El timbre sonó a las seis en punto. Rashid y Hala aguardaban sentados en el living que Emma fuera a abrir. El señor y la señora Parker saludaron a su hija con un fuerte abrazo y apretón de manos, como si le dieran el pésame. Emma los miró fijo, implorando que se comportaran.

Primero saludaron a Rashid, cariñosos como siempre. Al ver a los niños de Hala, la señora Parker los saludó con una gran sonrisa, y el señor Parker les ofreció chocolatines, fingiendo hacerlo a escondidas de los adultos para generar complicidad. Cuando llegó el turno de Hala fueron amables en el saludo, pero a Emma no le costó ver que su madre examinaba a la "intrusa" de arriba abajo, gesto que resultaba odioso en cualquier circunstancia.

Antes de pasar a la mesa, Rashid sirvió un vaso de whisky a su suegro, y a su suegra una copa de champagne.

—¿Ustedes no beben, chicas? —preguntó el señor Parker a Emma y Hala, que bebían limonada.

—Oh, si se refiere a alcohol, yo no bebo, gracias —contestó Hala.

—Emma, no engañes a tus padres, no pretendas ser sobria frente a los musulmanes, ja ja —bromeó el señor Parker, lo que impuso entre los demás invitados una risa algo forzada.

A los niños los acomodaron en la cocina, para que pudieran cenar entre ellos y dejar que los adultos conversaran con tranquilidad.

—Querida, esta vez te has lucido: la casa se ve más bonita que nunca —la felicitó su madre, que no era de regalar piropos y se le notaban las ansias de hacer sentir bien a su hija.

—Gracias, madre, me alegro de que te guste. Verás que dispuse los platos que nos regaló la tía Elizabeth para nuestro casamiento… esos que tanto le gustan a papá.

—Es cierto, Emma, muy lindo gesto —intervino el padre—. ¿Y a ustedes, Rashid y Halay? ¿Les han regalado vajilla tan elegante para su casamiento?

—Es Hala, papá —precisó Emma con tono seco mientras Rashid y Hala se miraban incómodos, sin saber si reír o guardar silencio.

—Oh, tonterías. ¿Y qué he dicho yo? ¡Halay! Es casi lo mismo. —Estaba claro que el señor Parker había bebido de más. En esas ocasiones, bajo influencia del alcohol, no era extraño en él lanzar comentarios levemente desubicados, que incomodaban al resto de los comensales.

—Quizás antes de comenzar a comer deberías bendecir la mesa. ¿No es esa una costumbre árabe? —dijo la señora Parker para mostrar complicidad con la invitada.

—Nunca lo hemos hecho en todos estos años con Rashid —señaló el

señor Parker, con la idea de que hablaba por lo bajo, pero su comentario se oyó por toda la mesa.

—Oh, no hace falta, señora Parker. Muchas gracias por preguntar, de todos modos. Si le interesa saber, solemos decir "*bismillah*", que significa "en el nombre de Alá".

—Muy interesante, Hala, intentaré recordarlo —agregó Emma y le sonrió con una mueca que pedía compasión.

Una vez sentados a la mesa, sirvieron la entrada: una exquisita ensalada de pepino, nueces y queso azul. Rashid comenzó a hablar con su suegro sobre política y asuntos económicos, lo que Emma interpretó como un signo de que su marido desviaría la conversación hacia temas que nada tuvieran que ver con la situación familiar.

—Coincido contigo, Rashid, no se sabe qué sucederá con el *brexit* a nivel económico, el mundo hoy es un misterio… Pero, si me preguntas, creo que no será tan grave; después de todo, somos una gran nación. No nos irá mal. Halay, ¿cómo están las cosas por casa? Entiendo que no muy bien...

—No, señor Parker, no están para nada bien. Y me temo que solo empeorarán. Somos muy afortunados de que su hija nos reciba en su hogar.

—Bueno, a mi niña no le ha quedado más remedio, ¿no es así? ¡Ja ja! —rio el señor Parker, lo que provocó nuevas miradas incómodas del resto de los comensales, salvo en la señora Parker, que parecía complacida con el comentario.

—Padre, ya te he dicho que estoy conforme con esta nueva situación, así que deja de bromear porque no todos los aquí presentes entienden ni comparten el humor inglés.

—Oh, no recuerdo que haya sido esa nuestra última conversación, pero la edad hace estragos con la memoria…

—La edad y el whisky, querido suegro —acotó Rashid, en un nuevo afán de descomprimir la charla. ¿Acaso Emma no le había dicho que sus padres estaban de acuerdo con el nuevo esquema familiar? ¿Por qué entonces se mostraban tan groseros con la pobre Hala?

—Es cierto, ¡me declaro culpable! Debe de ser responsabilidad del alcohol. ¡Pero no lo pienso dejar, ja! Pido disculpas a la mesa por mi incompetencia social. Mis modales no son dignos de un *gentleman*. Si sigo así, Halay hasta deseará volver a Siria, y eso que su país es un desastre, ¡ja!

—Querida, no me has contado cómo les ha ido en su paseo por el Victoria & Albert. ¿Pudieron entrar a todas las salas sin demoras, o debo llamar y regañar a alguien? —preguntó la señora Parker y Emma agradeció el cambio de tema.

—Oh, señora Parker, ha sido un programa estupendo. Los niños estaban felices, y yo también. ¡Qué bellos museos tienen en Londres!

¡Y casi todos gratis! Si fuera por mí, andaría de colección en colección, con el arte que tienen en la ciudad…

—Perdona la ignorancia, Hala, ¿en Siria tienen buenos museos? —preguntó la señora Parker—. No conozco mucho sobre tu país…

—Sí, hay excelentes museos, pero la situación es preocupante. Los terroristas no perdonan ni al arte…

—Oh, ahora que lo mencionas, he leído lo que han hecho en Palmira y es aberrante —dijo la señora Parker—. Una verdadera afrenta a la humanidad. ¿Te gusta el arte?

—Amo el arte, y me es desgarrador ver cómo se saquean obras milenarias. La UNESCO intenta alertar a la comunidad internacional, pero lo cierto es que gran parte del daño ya está hecho…

A partir de entonces, la charla tomó un rumbo políticamente correcto; algo más de asuntos internacionales, con especial énfasis en las candidaturas presidenciales de Hillary Clinton y Donald Trump. "Gracias a Dios", se dijo Emma, su padre solo lanzó una o dos bromas —no muy felices— al respecto, antes de que la charla derivase hacia los conciertos de Hyde Park. La cena mejoró aún más cuando el señor Parker se excusó para ir al baño y su mujer lo acompañó para implorarle que se comportara. Aunque nadie llegó a escuchar esa conversación, para todos los demás comensales estaba claro a qué había ido la señora Parker detrás de su marido.

Cuando llegó la hora del *pudding*, Emma sirvió la exquisita tarta de manzana y ruibarbo que había traído su madre, acompañada con helado de crema y salsa de frambuesas. Luego sirvió el plato de quesos. Desde la cocina, llegaban las risas de los niños.

—Me alegra saber que mis nietos están contentos con su nueva compañía —expresó la señora Parker, con la idea de remarcar algo positivo en cuanto a la nueva situación familiar de su hija.

—Con sus nuevos hermanos, querrás decir, querida —intervino el señor Parker y, aunque para Emma estaba claro que su comentario pretendía ser provocador, Hala lo tomó bien. Después de todo, a fines prácticos, de ahora en más, unos y otros serían como hermanos.

—Cuéntame, Hala, ¿ya le has echado el ojo a algún inglés? —preguntó la señora Parker, ante la mirada escandalizada de Emma que, aunque deseaba que la respuesta fuera afirmativa, consideraba de mal gusto hablarle a Hala de nuevos candidatos.

—Para ser sincera, no. Dudo que vaya a interesarme en un futuro cercano… —respondió Hala, y Emma creyó ver alivio en el semblante de su marido.

—Eres muy joven, querida, y no te ves nada mal, apostaría todo mi dinero a que vuelves a enamorarte —acotó el señor Parker.

—Entiendo que para muchos he enviudado muy joven, pero entre nuestro noviazgo y matrimonio, con Ahmad hemos tenido casi quince

años de un amor muy puro, y eso es más de lo que muchos pueden pedir. Soy una afortunada… Si vuelvo a enamorarme, bien, pero no tengo asignaturas pendientes. Me siento plena —respondió Hala con la tranquilidad de siempre, y la mesa calló por unos segundos, hasta que el señor Parker cortó el silencio:

—Menos mal para mi yerno Rashid, ¡así no es cornudo, jaja!

Después de una risa forzada por parte de todos los comensales, y de una mirada fulminante de Emma a su padre, entre bocado y bocado, siguió la conversación. La expresión de Rashid no delataba emoción alguna. No se lo notaba enfadado con sus suegros ni con Emma, pero tampoco se lo veía interesado en la charla ni preocupado por ser el alma de la fiesta, como de costumbre. Estaba serio y taciturno. Había comido poco y no había bebido. ¿Quizás intentaba ser cortés con Hala y por eso no bebía en su presencia? ¿O sería que le avergonzaba que ella supiera que bebía alcohol?

Al momento de servir el té, Hala se disculpó y se levantó de la mesa. Su teléfono sonaba y no dejaba de sonar.

—Disculpen que sea descortés, pero debo atender esta llamada —se excusó Hala y salió a hablar fuera de la casa.

Lo que a los demás pasó inadvertido a Emma le llamó la atención. Con la excusa de ir a buscar más azúcar a la cocina se escondió detrás de la ventana para ver si alcanzaba a escuchar algo de la charla, pero Hala hablaba rápido, en voz baja y, desde luego, en árabe. Algo se veía sospechoso. Hala cubría el teléfono con la mano y se ubicaba tan lejos de la puerta como le era posible.

—¿Qué haces, Emma? ¿Espías a Hala…? —preguntó Rashid, y Emma del susto pegó un salto. No lo había escuchado acercarse. Mortificada, balbuceó unas vagas excusas, y su marido, que la conocía mejor que nadie, optó por dejarlo pasar. La miró fijo unos segundos, ¿acaso desilusionado?, antes de dar media vuelta y retirarse.

Con los latidos del corazón más galopantes que nunca, Emma respiró hondo y ganó coraje para regresar al comedor. En ese momento, se abrió la puerta y Hala, al entrar a la casa, chocó a Emma, que estaba ubicada a pocos centímetros de la puerta, y volvió a gritar de la sorpresa, o del susto.

—¿Qué ocurre, Emma? Parece que hubieras visto un fantasma… —dijo Hala y Emma no supo qué responder. Después de cinco segundos de un silencio incómodo, Emma se repuso y dijo:

—No ocurre nada, querida Hala. Esta noche es encantadora. ¡Encantadora!

Y con una sonrisa exagerada, regresó al salón de estar.

12

Luego de la cena de la noche anterior, Emma decidió tomarse la mañana para sí. Había resultado muy estresante intentar controlar los exabruptos de su padre, dejar contenta a su madre con la disposición de la mesa y convencer a Rashid de que invitar a todos había sido buena idea. Y más estresante aún era saber que había fracasado en dos de las tres misiones, sin contar con que su madre tampoco había sido muy efusiva con la elección de vajilla para el té.

Ese martes Rashid se había levantado a las siete. Emma dijo sentirse mal y le pidió que ayudara a la señora Abbot a ocuparse del desayuno de los niños. En verdad necesitaba unas horas de paz. Volvió a dormir hasta las nueve y se felicitó por lograrlo. Cada vez más, conciliar el sueño resultaba una tarea imposible. Se asomó al pasillo y escuchó ruidos en la cocina. "Hala debe de estar desayunando", se dijo Emma. Su nueva compañera (¿así debía llamarla?) sí era habilidosa en el arte de dormir. "Quizás por eso tiene tan buena piel", pensó Emma, con algo de envidia. Sin ánimos de cruzarse con Hala después del equívoco de la noche anterior, volvió a su cuarto y se puso a leer los extractos de novelas que debía evaluar esa semana para la editorial.

La primera era, o pretendía ser, una versión modernizada de *El sueño de una noche de verano*. Qué pereza le daba a Emma cuando escritores novatos jugaban a que sabían escribir… No estaba de humor para pavadas, así que pasó a la segunda, que sí la cautivó. Contaba la historia de una mujer de Sudamérica que llegaba a Francia ilegalmente para ser chef, se enamoraba de su jefe —casado— y, descubierta por la mujer de su amante, era denunciada y deportada. *A priori*, la trama no era demasiado especial, pero algo había en la pluma de la escritora que logró atrapar a Emma hasta que, luego de dos horas, el estómago empezó a hacerle reclamos. Buscó en los cajones pero solo había chocolate. Con lo mucho que a Emma le gustaba el chocolate, sucedía que antes del almuerzo no podía digerirlo. Rezó para que Hala diera señales de en qué lugar de la casa se hallaba, para ver si lograba evadirla en su rumbo hacia la cocina. Las plegarias de Emma fueron escuchadas ya que, de pronto, recibió en el teléfono un mensaje de Hala que decía: "Saldré a hacer algunas compras", a lo que siguió un sonoro portazo.

Camino a la cocina, pasó por el dormitorio de Hala. Emma tenía hambre, pero la curiosidad pudo más. Intentó abrir la puerta pero

estaba cerrada con llave. “Qué extraño”, se dijo. “No recuerdo haberle dado a Hala una llave de su dormitorio”. Extrañada, pero vencida por el hambre, bajó a prepararse unos panqueques de banana. No era el día de la semana en que le tocaba comer harinas pero, en cualquier caso, creía merecerlo.

Esa noche, en la cama con Rashid, pensó que ya habían pasado seis días desde su último encuentro sexual. ¿O quizás más? No estaba segura, lo cual no era buena señal. Pero tampoco estaba de ánimos para forzar situaciones y, además, sentía que ella había provocado los últimos encuentros. Esta vez le tocaba a Rashid. ¿O no? Se debatió entre acariciarle la pierna con su pie (un gesto que nunca fallaba) o comentarle el episodio de la llave de Hala. Optó por lo segundo.

—Sabes, querido, hoy me ha sucedido algo extraño. Intenté entrar al dormitorio de Hala pero estaba cerrado con llave.

—Lo único raro en ese episodio es que hayas querido hurgar en su dormitorio. Entre el espionaje de ayer, y ahora esto… No entiendo qué te pasa, qué intentas lograr, Emma.

—Lo de ayer fue un malentendido, Rashid. Solo me llamó la atención que Hala demorara tanto y quise ver si todo estaba bien. No es la primera vez que habla tanto por…

—¿Y a ti qué te incumbe, Emma? —interrumpió su marido—. ¿Acaso sigues sin comprender que la pobre mujer ha dejado a toda su familia y sus amistades en Siria? ¿No te has detenido ni un segundo a pensar en que quizás extraña, o en que quiere saber si están bien?

—Bueno, puede ser, solo he pensado que quizás…

—No quiero ni saber lo que has pensado, Emma. Mejor dejémoslo así. Y en cuanto las llaves de su dormitorio, se las he dado yo. Pensé que tal vez necesitaría su privacidad, y vaya si estaba en lo cierto…

—Rashid, se llama intuición. Soy mujer, tú no puedes entenderlo. Hay algo con Hala que no está bien.

Rashid apagó la luz de su velador y se acostó de espaldas a su mujer. Emma buscó estirar su pierna para rozarlo pero Rashid se apartó. Estuvo a punto de decir algo, pero prefirió contenerse y tratar de dormir

13

Desde la cena con sus padres, Emma había decidido no atender sus llamadas telefónicas. Agradecía que ni su madre ni su padre supieran cómo enviar mensajes por chat; de ese modo, evitarlos era sencillo, aunque los Parker podían ser muy insistentes si se lo proponían.

Después de dos días sin hablar, su madre intentó un truco que solía resultarle: llamar al teléfono de línea, porque así Emma no tenía forma de saber quién era su interlocutor. Pero era tanto el fastidio que le provocaba la idea de conversar con sus padres que Emma estuvo especialmente alerta en no caer en la tentación de atender. Ordenó a sus hijos y a la señora Abbot que atendieran ellos mismos y, si quienes llamaban eran sus padres, dijeran que Emma había salido a hacer las compras. O a la farmacia. O a regar el jardín, *for Christ´s sake*.

La señora Abbot no era de muchas palabras; discreta, no había expresado opinión cuando Emma anunció la llegada de Hala. Su mirada, en cambio, lo decía todo. En otros tiempos, Emma se hubiera sentido influenciada por su punto de vista, pero hoy ya había aprendido que en ciertos temas jamás podría entenderse con la señora Abbot. La brecha generacional, después de todo, era demasiado grande.

Cada vez que Emma le anunciaba "esta semana no atenderé a mis padres", no hacía falta brindarle una razón: la señora Abbot acataba la orden y ya. Emma apreciaba que su empleada fuera poco curiosa. Y en esta ocasión también había sido así, con la diferencia de que, cuando la señora Parker llamó a la puerta de la casa, la señora Abbot traicionó a su patrona y le abrió.

Emma bajaba las escaleras para hacerse un té cuando vio a su madre plantada en la puerta, con la misma mirada de pena que le echaba desde que Hala había entrado en sus vidas. Emma, por su parte, clavó unos ojos fulminantes en los de la señora Abbot, que bajó la mirada y se retiró a la cocina. Habría que regañarla después, porque de momento no quedaba más que enfrentar la situación.

—Madre, me sorprende verte aquí. No es de tu estilo visitar sin antes avisarnos. Alguien bien podría decir que tu gesto es de pésima educación...

—Bueno, querida, sabrás entender que he querido avisarte, pero luego de haberte llamado cien veces en los últimos cinco días no he recibido noticias de ti. Además, ¿desde cuándo el rol de los padres es

ser educados para con sus hijos? Hubiera creído que es al revés.

—Oh, es que he estado ocupada. Entre el trabajo, y con tanta gente en casa…

—Sí, me imagino lo ocupada que estás, por eso quise venir en persona. Para que no pierdas tiempo al teléfono. Quiero creer que tendrás unos minutos para mí...

—Pues, claro. Unos minutos no se le niegan a nadie, mamá. Pasemos al living. Pediré a la señora Abbot que nos traiga el té.

Al regresar de dar la orden en la cocina, Emma vio que su madre acomodaba los almohadones del sillón.

Respiró hondo para no entrar en peleas, le ofreció una sonrisa falsa y se sentó.

—Ya que tenemos pocos minutos por delante, prefiero que nos ahorremos la parte en que hablas de mi trabajo, me das consejos sobre los niños y tus ideas sobre cómo mejorar la decoración del hogar.

—Oh, bueno, en verdad venía justamente a eso, pero ya que no quieres tocar esos temas… podríamos hablar de otra cosa.

—Esa “cosa” se llama Hala, ¿no, mamá?

—Siempre he dicho que eres muy intuitiva, Emma. De eso mismo he venido a hablarte —en voz baja, la señora Parker preguntó—: No se encuentra en casa, ¿verdad?

—No, madre, ha salido a la National Portrait Gallery. Iba a acompañarla, pero estoy tan ocupada…

—Bueno, entonces mejor. Podré ir al punto. Hay algo en esa mujer que no me gusta para nada, querida.

Justo cuando la señora Parker decía esas palabras, la señora Abbot se presentó con la bandeja del té. La apoyó en la mesa, se aclaró la garganta y miró fijo a madre e hija. Luego de algunos segundos en silencio, comenzó a retirarse a paso lento a la cocina, pero la señora Parker la detuvo:

—Yo creo que la señora Abbot coincidiría conmigo. Quédese, por favor, quizás pueda ayudarme en mi alegato…

—Oh, madre, no hace falta usar términos como “alegato”, y además estoy segura de que la señora Abbot tiene cosas que hacer.

—Bueno, señora Emma —intervino la empleada—, si me lo permite, yo también quería hablarle…

—Sorprendida, Emma alzó los ojos hacia la señora Abbot, que ahora miraba fijo hacia el suelo.

—Sí, querida, por eso estoy hoy aquí —dijo la madre—. He conversado con tu padre y con la señora Abbot, y los tres estamos de acuerdo en que esta chica Hala tiene algo extraño.

Emma estaba confundida. Por un lado, cada vez que sus padres se oponían a sus ideas o a las de Rashid, sentía unos irrefrenables deseos de enfrentarlos. Eran pocas las veces en que estaba de acuerdo con sus

progenitores respecto a temas delicados de familia. Pero, a la vez, algo en ella necesitaba descargarse con alguien acerca de su nueva situación. Le hubiera gustado que ese alguien fuera su marido, pero eso estaba fuera de su alcance… Fue por eso que en esta ocasión optó por guardar silencio y escuchar lo que estas mujeres tenían para decirle. Después de todo, nada alivia más a una mujer que siente envidia por otra que la complicidad de sus pares. Emma jamás había entendido a quienes, por ejemplo, lanzaban comentarios elogiosos sobre ex mujeres frente a la mujer actual. Eso era no tener códigos.

Sin embargo, su situación era aún más complicada. No era precisamente envidia lo que sentía por Hala. Tampoco eran simples celos. Quizás había una pizca de ambos sentimientos, pero en la ecuación entraban otros ingredientes… Sentía admiración por Hala y, a la vez, algo de pena. Y una dosis de sospecha que ella también olía y no podía explicar. Emma siempre se había jactado de ser una persona intuitiva, pero algo en Hala no terminaba de aclararse. En definitiva, no terminaba de confiar en su instinto por saber que, dadas las circunstancias, no podía juzgar con objetividad a la nueva mujer de su marido. Con algo de miedo por lo que se avecinaba, por fin habilitó a su madre a hacer su “descargo”:

—De acuerdo, madre, te prestaré toda mi atención. Cuéntame. ¿Por qué crees que Hala es tan… extraña?

—Lo que digo es que, dejando a un lado mi lógica preocupación por tu nueva... situación marital, algo en esa mujer me parece turbio. Por un lado se la ve muy cortés, y no se puede negar que es hermosa y educada. Tiene tanta gracia… —Comentarios como estos eran los que fastidiaban a Emma. Qué pocos códigos, madre...

—Sí, entiendo el punto. Y ¿qué es lo que te preocupa, entonces?

—La señora Abbot me ha informado que habla mucho por teléfono, siempre a escondidas. Que cada vez que entra a su dormitorio se encierra con llave. Y el hecho de que sea tan, tan agradable, me hace sospechar.

—Dejemos de lado el último argumento, consecuencia de tu cinismo inglés de siempre, pero sí, admito que a mí también me llamaron la atención los otros dos factores.

—¿Y Rashid, querida? ¿Qué opina él?

—Rashid no puede ser objetivo en este asunto. Solo piensa en que tengo celos de Hala y, en consecuencia, no toma en serio mis preocupaciones. Tampoco tomará en serio las de ustedes...

—Disculpen que intervenga; pero si el señor Rashid no va a poder interceder, deberemos ocuparnos nosotras de este asunto —opinó la señora Abbot, con la misma tranquilidad con la que anunciaba, siempre puntual, el té de las cinco. Y luego de unos segundos, añadió —: A mí lo que más me preocupa es la seguridad de los niños.

—¿A qué se refiere, señora Abbot? —preguntó Emma, extrañada. Su madre, en cambio, no se veía sorprendida, sino más bien al tanto de los miedos de la empleada, que compartía.

—Me temo que la señora Hala pueda ser una… terrorista.

—Bueno, bueno, no exageremos —rio Emma, buscando aprobación en su madre.

—¿Te parece exagerado, querida? Yo creo que la señora Abbot puede tener un punto.

—Madre, eso es demasiado. Rashid conoce a Hala de toda la vida y sabe que es una buena mujer. Confío ciegamente en el criterio de mi marido respecto a la naturaleza de las personas. Hay algo en Hala que a mí tampoco me gusta, es cierto, pero de ahí a terrorista... creo que dedicaron demasiado tiempo a leer los periódicos. Y ya les he dicho que dejen de ver las noticias en la televisión.

—El ISIS está en todas partes, señora Emma. Si me permite, yo no lo tomaría tan a la ligera.

—Pero fue justamente el ISIS quien mató a su marido, Ahmad. Y no creo que... —Emma se quedó en silencio. ¿Y si tenían razón...?

—Señora Emma, las actitudes raras de la señora Hala empezaron al poco tiempo de haber llegado, y empeoraron luego de la cena con sus padres. Desde entonces, sale una vez por día, ¿no lo ha notado?

—Sí, señora Abbot, pero ¿qué tiene de malo eso? En verdad creo que se equivocan…

—Les propongo que entremos juntas al dormitorio de Hala y espiemos sus pertenencias, así estaremos más cerca de la verdad —sugirió la señora Abbot, y dejó a Emma totalmente sorprendida. Jamás hubiera imaginado la faceta policíaca de su empleada septuagenaria. Pero accedió…

Mientras subían las escaleras, Emma sentía una suerte de alivio. Frente a su madre y la señora Abbot, no tenía que disimular ideas que Rashid jamás le hubiera dejado siquiera expresar. Emma sabía que si insistía frente a su marido con sospechas sobre Hala, terminaría por alejarlo. Nada desenamoraría más a Rashid que dejar de ver a Emma como una persona íntegra e inclusiva. Pero Rashid no estaba allí presente, de modo que Emma prosiguió:

—La mala noticia es que no tengo la llave del dormitorio de Hala, y sería complicado llamar a un cerrajero sin que ella lo notase.

—Oh, señora Emma, no se preocupe por eso. Yo tengo copias de las llaves de todos los dormitorios de esta casa —confesó la señora Abbot —. Solo esperaba su permiso para ingresar al dormitorio, porque la señora Hala ni siquiera me deja entrar para limpiarlo, dice que se encarga ella misma.

Ya era demasiado. “Una cosa es ser educada y hacerse la cama al estar de visita en casa ajena”, se dijo Emma. “Y otra, muy distinta, es

prohibirle a la empleada entrar a pasar la aspiradora”.

Tras su mirada de aprobación, las tres mujeres se dirigieron al dormitorio de Hala. Al entrar, Emma temblaba de nervios. Por un lado, deseaba que no hubiera nada sospechoso, ya que convivir con una terrorista, que sus hijos debieran convivir con una terrorista, era la peor pesadilla de una madre; pero, a la vez, deseaba hallar algo, lo que fuere, que confirmara su teoría de que Hala no era perfecta, que no era quien decía ser. Algo que hiciera al menos que Rashid la desmitificara... y que volviera a prestarle atención a ella, a su mujer.

El dormitorio estaba impecable. Era cierto que Hala limpiaba ella misma sus pertenencias: todo estaba en su lugar. “Demasiado perfecto”, se dijo Emma, y se dio cuenta de que sonaba igual a su madre, que se había apostado en la puerta, para vigilar por si llegaba alguien.

En realidad no había nada sospechoso, al menos a primera vista. Intentó encender la computadora, pero tenía contraseña, claro. Luego de unos minutos de búsqueda infructuosa, Emma estaba a punto de darse por vencida, pero la señora Abbot se agachó para ver qué había debajo de la cama y, como casi se queda dura en el intento, fue Emma quien debió acostarse en el piso. Extendió la mano para alcanzar una carpeta cerrada con llave. La sacó, se la mostró a su madre y a la empleada, y las tres, en ese instante y en silencio, entendieron que habían hallado lo que buscaban.

14

Para abrir la carpeta las tres mujeres fueron al dormitorio de Emma, así no arriesgaban más tiempo en el de Hala. Cerrada la puerta, se sentaron en la cama como tres niñas a punto de compartir una confidencia, y ante la vacilación de Emma a la hora de proceder, su madre se dispuso a abrir la carpeta con total resolución.

Luego de forcejear unos minutos con la llave, la señora Parker se dio por vencida. Pero la señora Abbot, ingeniosa como siempre, tomó una llave cualquiera del bolsillo de su delantal y logró abrir la carpeta.

Lo que había dentro era un mapa del museo Victoria & Albert. Cada uno de los cuartos y salas del museo dibujados en un plano perfecto. ¿Acaso Hala era arquitecta? Emma no comprendía. Más bien parecía un plano hecho por otra persona, pero sí había anotaciones, que bien podían ser escritas por Hala, desde luego en árabe, imposibles de descifrar. Desilusionada con el hallazgo, se sorprendió cuando la señora Abbot dijo:

—Aquí lo tienen. Hala es terrorista. Lo sabía. En mis setenta y dos años de vida, jamás me ha fallado la intuición.

—Discúlpeme, señora Abbot, pero no entiendo —dijo Emma—. ¿Cómo es que el tener el mapa de un museo convierte a Hala en *yihadista*?

—He estado leyendo sobre el tema, y uno de los grandes síntomas del terrorista es, justamente, poseer planos de espacios públicos que pretenden atacar.

—Ahora entiendo —aseguró la madre de Emma— por qué tanto interés en recorrer todas las galerías y museos de Londres. No es que esta siria era culta. ¡Era que pensaba atacar nuestra ciudad!

—Deberíamos cuidar nuestras palabras —intervino Emma—, coincido en que estos mapas son sospechosos, pero no podemos apurarnos y acusarla de algo así. De equivocarnos, sería tremendo. Además, no entiendo… Rashid siempre dijo que Hala estaba enamorada de Ahmad… ¿cómo es posible entonces que ella lo haya asesinado o que lo haya entregado a sus asesinos?

—Querida, créeme, no sería la primera ni la última vez que una bella mujer asesinara a su marido —señaló su madre— ni que lograra confundir o embelesar a sus amigos… —acotó, y Emma decidió dejar pasar el comentario.

—Lo único que me causa dudas —intervino la señora Abbot— es

que, de acuerdo con lo que he investigado, los miembros del ISIS suelen ser muy… fanáticos de la religión. Las mujeres andan todas cubiertas y no dejan ni por un momento de citar el Corán. Están siempre en la mezquita… Y yo no he notado nada de eso en la señora Hala…

—Es cierto… Nunca la he visto rezar... Suele usar el cabello descubierto, y eso me ha llamado la atención… —agregó Emma.

—Bueno, quizás no todos los terroristas sean de manual —dijo la señora Parker—. Pero es innegable que estamos frente a un hallazgo que no podemos pasar por alto. Ahora, la pregunta es cómo proceder. Emma, creo que esa decisión te corresponde. Pero debes apurarte, querida, con esta clase de gente no hay tiempo que perder.

—¿Con qué gente? —dijo la voz de Rashid, y las tres mujeres saltaron del susto.

—¿Qué haces en casa tan temprano? —preguntó Emma.

—No importa. Temas de trabajo. Primero respondan mi pregunta. Espero que no hayan estado hablando de Hala…

—Bueno, Rashid, si debes saber la verdad, sí, eso hacíamos —respondió la señora Parker, y Emma hubiese querido estrangularla. Aunque quizás debía aprovechar que tenía a las mujeres a su lado. En los últimos tiempos Emma sentía temor de enfrentar a su marido. En fin… por el bien de su matrimonio, debería poder llevar adelante esta conversación, y hacerlo sola.

—Madre, señora Abbot, les agradezco su ayuda, pero creo que seguiré sola con este tema de ahora en más. Apenas tenga novedades, les avisaré —aseguró Emma.

—Oh, bueno, si así lo prefieres… —dijo su madre—. Estaré en el living por si me necesitas.

—No, madre, creo que será mejor que vayas a tu casa. En adelante, Rashid y yo nos haremos cargo de esta situación.

—Está bien, querida —aceptó la señora Parker, no muy convencida—, pero llámame apenas puedas, por favor.

Ambas mujeres salieron del cuarto en silencio, pero la señora Parker se detuvo unos segundos en la puerta antes de retirarse, como para darle a Emma una última oportunidad de retenerla. Al fin se dio por vencida y se retiró.

Sentados en la cama, Emma se aclaró la garganta antes de hablar. Notó sus manos transpiradas. De tan nerviosa que estaba, no se reconocía. Ella jamás había sido así; Rashid jamás la había intimidado de esta forma. ¿En qué mujer se había convertido? ¿En una sumisa, temerosa, cuando no había hecho más que sacrificarse por su matrimonio y su familia? ¿Cómo podía sentir vergüenza de hablar con su marido de un tema tan importante como la seguridad familiar? Emma no era ingenua y entendía que la avergonzaba tocar el tema de

Hala por saberse celosa e insegura. Pero esta vez era distinto. Con objetividad, podía tener la conciencia tranquila de que estaba en todo su derecho a dar voz a sus temores. Y justo cuando reunía coraje para empezar a hablar, Rashid se le adelantó:

—Querida Emma, creo que ya sé de qué quieres hablarme.

—Oh, Rashid, me temo que no lo sabes, y más temo tu reacción cuando sepas lo que tengo para decir.

—¿Piensas que no lo sé? ¿Y qué es esta carpeta, entonces? —ante la mirada sorprendida de Emma, agregó—: Deberían haber escondido mejor su evidencia, querida. Por desgracia, tu equipo de detectives deja mucho que desear…

—Bueno, soy editora, no detective. Así que da lo mismo. Déjame explicarte, Rashid.

—No hay nada que explicar. Tu madre, la señora Abbot y tú se han puesto a conversar porque sospechaban de Hala. Sus llamadas telefónicas, sus pertenencias bajo llave… Decidieron revisar su dormitorio y allí encontraron esta carpeta con… los planos del Victoria & Albert, por lo que veo.

—Bien, tú sí puedes jactarte de tus dotes detectivescas. Eso mismo ha sucedido, Rashid. Y sé que me odiarás por lo que diré, pero la señora Abbot y mamá están convencidas de que todo indica que Hala es... terrorista. Que planea un ataque al museo y solo por eso insiste en recorrerlo y recorrerlo...

Ante el silencio de Rashid, Emma no supo cómo continuar. Intentó leer la expresión del rostro de su marido pero era inútil. Luego de más de siete años de casados, su marido aún era un misterio para ella… y tal vez, por eso lo amaba tanto…

Luego de unos segundos, Rashid por fin mostró el inicio de una sonrisa tímida, que luego fue *in crescendo* hasta explotar en una carcajada. Desorientada, Emma guardó silencio, hasta que también ella brotó en risas. Durante unos minutos ambos rieron sin parar; por fin Rashid recuperó la voz y dijo:

—Querida, debes admitir que todo esto es ridículo. ¿Hala, terrorista? ¿En verdad…? —y volvió a reír.

—Bueno, sí, al decirlo en voz alta suena un poco ridículo —admitió Emma, que había dejado de reír al darse cuenta de que, más que por considerar la idea ridícula, había reído por nostalgia de los tiempos en que ella y Rashid reían sin parar—. Pero ahora deberás admitir que las pruebas son convincentes…

—Emma, si Hala fuera terrorista, sería la peor de Inglaterra. Ser descubierta tan fácilmente por una comitiva liderada por tu madre y la señora Abbot… vamos, admite que es desopilante —exclamó Rashid y volvió a lanzar sus carcajadas.

—Pero entonces, ¿cuál es tu explicación? —Emma comenzaba a

impacientarse por una respuesta.

—Hala ama dibujar. ¿Lo sabías? Estudió Bellas Artes en Siria y ahora está por anotarse en clases de dibujo en Chelsea. Quizás, si hubieras dejado tus celos de lado y te hubieras tomado el trabajo de conversar más profundamente con Hala, sabrías más de ella.

Emma permaneció en silencio, avergonzada de no conocer el amor de Hala por el dibujo. Se sintió una estúpida, y justo cuando estaba por pedir perdón a Rashid, su marido le dijo:

—Y hay algo más… Querida, no te he dicho nada para no preocuparte, pero Hala justamente ha venido aquí a luchar contra el terrorismo. Ya sabías que Ahmad y ella lideraban equipos en contra del yihadismo en Siria, y que eso es lo que ha costado la vida a Ahmad; que han colaborado con la ONU y que…

—Bueno, pero quizás Hala ha traicionado a su marido y fue ella quien lo entregó —interrumpió Emma—. Quizás aprovechó todo este arreglo para lograr que tú la trajeras a Inglaterra y poder colaborar con el ISIS desde aquí. Y es por eso que tiene planos del museo. Piensa volarlo en pedazos y nosotros hemos sido su vía de entrada, lo que nos convierte en cómplices, Rashid.

—Emma, entiendo tu razonamiento, pero te equivocas... Te aseguro que Hala aún colabora con la ONU desde Inglaterra. De hecho, yo también he estado en contacto con ellos y me han resultado de gran ayuda para lograr la entrada de Hala al Reino Unido. La poligamia no está permitida aquí; pero se acepta cuando se establece en un país donde es legal. En nuestro caso, Siria. Aun así, no es fácil que se permita la entrada de la segunda familia, bígama, según sus estándares, y menos en estos tiempos... Es allí donde ha intervenido la ONU.

—¿Y entonces, por qué te has casado con Hala? —preguntó Emma —. Si ya contábamos con la colaboración de la ONU, no hacía falta hacernos pasar por…

—Estar casados nos facilitó las cosas, Emma, porque si no, el proceso hubiera sido más complejo, y no había tiempo que perder. Sabes que Hala y los niños estaban en peligro. ¿Acaso no puedes confiar en mí…?

—He intentado hacerlo por todos los medios, Rashid, pero debes admitir que me has dejado en la oscuridad.

—Vamos, Emma, deja ya el melodrama. Era imposible hablarte del tema cuando estabas tan a la defensiva. Además esto requiere la máxima discreción. Pensé en decirte que Hala estaba en una misión aquí, pero…

—Pero nada, Rashid. Has considerado que era mejor no contarme la verdad. Me has dejado hacer el ridículo con mis miedos y sospechas. Has dejado que me viera como una tonta, cuando lo único que me

preocupaba era la seguridad de nuestros hijos. ¿Y por qué? ¿Por defender el cadáver de tu amigo y a su viuda?

—Si el “cadáver” de mi amigo y la seguridad de la comunidad internacional no te parecen motivos nobles, Emma, entonces no te reconozco, no eres la mujer de la que me enamoré.

—Qué bueno, Rashid, al fin coincidimos en algo, porque hace tiempo que a ti no te reconozco. Me siento una extranjera en mi propio hogar. Desde que esta mujer ha llegado a nuestras vidas, has dejado de lado nuestra complicidad, has quebrado nuestro acuerdo tácito de respeto, Rashid, y eso es algo que me costará mucho perdonarte...

—Y tú has quebrado miles de códigos entre nosotros, Emma. La confianza, por nombrar tan solo uno…

—¿De qué confianza me hablas, cuando tú ni siquiera me has dicho la verdad? ¿Y qué hay de la transparencia y la comunicación? Todos valores que siempre hemos defendido y que nos han traído hasta aquí, tan lejos, más allá de todo. Pero tú has tirado nuestro matrimonio por la borda, Rashid. Entiendo que extrañes a tu amigo y que hayas querido honrarlo, pero en el camino te has olvidado de mí.

De pronto Emma sintió un punzante dolor de cabeza. Estaba cansada; cansada de hablar, de discutir, de dudar de sí misma, de sentirse inferior. Rashid seguía en silencio. Emma se limpió una lágrima de la mejilla y se fue al baño, a llorar en silencio.

En ese momento, llamaron a la puerta del dormitorio. Era Lucy, su mirada seria detrás de las gafas.

—Lucy, querida, ¿qué sucede? —preguntó Rashid.

—Nada, papi, solo quiero hablar con mamá.

—Desde ya, querida, aquí estamos para escucharte —dijo Rashid invitando a Lucy a sentarse en su cama.

—Papi, creo que prefiero hablar con mamá a solas.

—Oh, está bien, bajaré a la cocina a tomar algo; cuando terminen ven a buscarme, Lucy, así regreso a hablar con tu madre.

Sorprendido con el pedido de su hija, Rashid se retiró del dormitorio, y apenas se fue Lucy, dijo:

—He conversado mucho con Lina.

—Sí, querida, sé que son buenas amigas, y me alegra —respondió Emma, que encontraba en la amistad entre los niños el único factor positivo de toda la situación.

—Sí… Y me ha contado cosas muy lindas sobre su religión… que también es la religión de papá ¿no?

—¿Te refieres al islamismo, Lucy? Ya hemos hablado del tema, y tu padre ya no practica el islam.

—Mami, yo quiero pertenecer al islam —dijo Lucy seria, pero con

un esbozo de sonrisa.

—Querida, creo que eres muy chica para tomar estas decisiones. Hay cosas del islam que todavía no conoces. Y tú vas a un colegio cristiano, como todas tus otras amiguitas, el mismo colegio al que he ido yo y…

—Sí, pero ahora mi mejor amiga es Lina…

Luego de unos segundos de silencio, Emma dijo:

—Lucy, escucha a tu madre, aún eres muy pequeña como para hacerte estos planteos. Ve a jugar a tu dormitorio y en unos años volveremos a hablar. Ya verás lo linda que es la religión cristiana.

Justo cuando Lucy estaba por retirarse del dormitorio, Emma le dijo:

—Una pregunta, querida. ¿Por qué querías hablar de esto conmigo y no con tu padre?

—Porque sé que a veces pelean por la religión de papá, y no quería que te enfadaras conmigo.

—Oh… No sabía que… Bueno, Lucy. Me parece bien lo que has hecho. ¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, mami.

—No hables con tu padre sobre este tema. Confía en mí y, si tienes dudas, podremos hablarlo entre nosotras.

—Gracias, mamá.

Lucy se retiró con la expresión confundida pero con la idea de hacer caso a su madre.

“Lo único que me faltaba”, pensó Emma. Aunque con Rashid siempre habían coincidido en que darían a Lucy y George total libertad respecto a la religión, y Emma siempre había sido respetuosa del islam, en el fondo nunca había pensado que sus hijos querrían seguir ese camino.

“Si encima de todo este disparate resulta que mi hija se convierte al islam, juro que mataré a Hala”, se dijo Emma que, en principio, no estaba convencida de ocultar a Rashid esta situación, aunque, al mismo tiempo, como madre, sabía que le correspondía a ella tomar cartas en el asunto. “Si Lucy se convierte al islam en este momento de la historia, y en este lado del mundo, nunca será feliz”, pensó, y con eso se convenció de dejar el tema detrás de sí.

Rashid volvió de la cocina con la mirada curiosa e inquisitiva sobre la conversación que acababan de tener madre e hija, pero al ver que su mujer no pensaba hablar al respecto, decidió respetar su silencio.

Estaba claro que ninguno de los dos pensaba hablarle al otro. Emma intentó entonces retomar la lectura de dos novelas que debía presentar ante la editorial. La primera era de un autor que ella misma había seleccionado, tras haber leído su blog. Se trataba de un grupo de amigos que iba a hacer un último viaje antes del casamiento de uno de

ellos, pero el viaje nunca se concretaba porque la madre del protagonista aparecía muerta la mañana en que debían partir. “Qué deprimente”, pensó Emma, y empezó a leer la otra, algo más optimista, aunque quizás demasiado “rosa” para su gusto. El argumento consistía en que una profesora de francés de la secundaria, mediocre, pasada de peso y recién divorciada, a través de Facebook se reencontraba con el amor de su adolescencia, luego de veinte años sin haber tenido noticias de él. “Si esta historia sucediera en la vida real, sería interesante, pero para que te la cuenten en una novela suena un poco sosa”, pensó. De mal humor por la pérdida de tiempo que le causaban los autores mediocres, apagó la luz e intentó dormir.

15

A Emma siempre le habían dicho que lo peor del matrimonio, una de las peores cosas, era pelearse con el cónyuge y tener que permanecer bajo el mismo techo. Verse las caras cuando lo que más quisiera uno es escapar. Y sucede que no todos cuentan con la suerte de tener padres, amigos o una casa de verano donde refugiarse ante discusiones y altercados.

Emma salió por el barrio para distraerse con una caminata, pero necesitaba más que eso. La opción de ir a dormir a lo de sus padres no le apetecía. No estaba de ánimos para sermones. Podía sacar un pasaje a cualquier lugar de Europa, pero no estaba segura de querer dejar a sus niños durante mucho tiempo. Y justo cuando evaluaba sus alternativas, en uno de esos momentos de sincronía que hacen que uno recupere la fe en la magia o en Dios, recibió un mensaje de su entrañable amiga Sophie: “Querida Emma, hace tiempo que no sé de ti. ¿Qué hay de nuevo?”.

De inmediato Emma llamó a su amiga, que no demoró en responder:

—¡Hola, Emma! Qué bueno coger el teléfono y ver que quien me llama eres tú, y no el pesado de mi jefe…

—Lo mismo digo, Sophie, me ha dado una gran felicidad recibir tu mensaje. Me encantaría que nos viéramos para conversar durante horas. ¿Cuáles son tus planes para este fin de semana? ¿Tienen algo arreglado con Martin?

—No tenemos ningún plan. De hecho, Martin tiene un fin de semana de cacería por delante, y yo no estoy de ánimo para ir.

—Siguen las casualidades, querida, porque yo tampoco estoy de ánimos para estar en donde estoy…

—Bueno… no sé si te refieres a un estado existencial o a tu bella casa a la que, por cierto, hace tiempo no me invitas. ¿Qué sugieres?

—Si te parece bien, en una hora paso por ti y nos vamos juntas todo el fin de semana a Norfolk.

—Música para mis oídos, Emma. Que sea en una hora y media, ¡y estoy!

Si bien Emma no estaba del todo convencida de dejar a sus niños, tampoco era muy grave que se ausentara un fin de semana. Hacía rato que necesitaba tiempo para ella, para descansar, leer tranquila y distraerse en una buena charla con alguien amigable. Sí, lo tenía más que merecido…

Entró a la cocina para anunciar a la señora Abbot el cambio de planes y pedirle que en su ausencia ayudara a Rashid y a los niños. Al abrir la puerta, vio a Hala sentada en la mesada con una taza de té. Qué pocas ganas tenía Emma de cruzarse con Hala justo en ese momento. ¿Cómo no había pensado que quizás ya estaría de regreso? Intentó disimular y dar media vuelta, pero ya era tarde.

—Hola, Emma, ¿cómo estás? ¿Te sientes bien?

—Hola, Hala, estoy bien, gracias. ¿Por qué preguntas? ¿Tú cómo estás?

—Oh, es que tienes cara de cansada, eso es todo —Emma odiaba recibir comentarios del estilo, "tienes cara de cansada", un claro eufemismo de "te ves para el demonio". "Y sí, Hala. Cuando pierdes a tu marido, tu piel deja de lucir radiante, y tu cabello, brilloso". Solo Hala era la excepción a esa regla con su maldito cutis asiático y esas mechas de color azabache.

—Sí, puede ser que esté un poco cansada. He decidido ir a Norfolk el fin de semana con una amiga a descansar. Justo venía a avisarle a la señora Abbot.

—Oh, suena estupendo, Emma. Me encantaría ir contigo alguna vez —dijo Hala sonriente, claramente sin estar al tanto de que en las últimas dos horas había sido denostada primero por terrorista y luego por rompematrimonios.

—Alguna vez —dijo Emma, sin ánimos de fingir la cortesía que tan bien sabía representar.

En silencio, la señora Abbot miraba a Hala desde una esquina con aprensión, convencida de estar ante una de las cabezas del ISIS. ¿Y la señora Emma pensaba dejarla a ella y a sus niños bajo el mismo techo? "Tendré que aclarar este asunto". Emma le hizo una seña a la señora Abbot para que la acompañara al porche a conversar.

Luego de explicarle el panorama y darle directivas para las actividades de los niños en el fin de semana, Emma dio un abrazo a la señora Abbot, tomó su bolso y se fue.

—Emma, ¡luces fatal! —exclamó Sophie al subir al auto, siempre tan sincera. Pero prefería eso antes que las indirectas de Hala.

—Oh, sí, disculpa... No he estado durmiendo muy bien...

—No hay problema, querida, debo admitir que es un placer ver que eres un ser humano normal y no siempre luces espléndida. Además, estoy segura de que este fin de semana alocado hará maravillas en ti.

—¿Alocado? Pensé que el plan era pasear a los perros por la mañana y visitar nuestros cafecitos preferidos por la tarde. A lo sumo, salir a navegar...

—Precisamente es lo que haremos. No te asustes, solo bromeaba.

Emma devolvió a su amiga una sonrisa tímida y decidió hacer lo

posible por relajarse. Escuchar a Ingrid Michaelson en la radio la puso de mejor humor. Bajó la ventanilla para sentir el aire fresco en el rostro pero solo unos segundos, porque el ruido del viento siempre le molestaba.

La salida de Londres no estaba tan terrible para tratarse de un viernes. Tenían dos horas y cuarto de viaje por delante, como para llegar a Norfolk a la tardecita, directo a disfrutar de un buen vino junto a la chimenea.

—Olvidé comentarte, querida, que este fin de semana mis padres estarán en la casa. Espero que no te moleste —le largó Sophie cuando solo quedaban cuarenta y cinco minutos de viaje.

—Oh, no, no me molesta para nada, sabes que adoro a tus padres —respondió Emma, y de alguna forma era sincera; aunque el fin de semana que había imaginado las ubicaba a las dos solas, conversando en libertad. "Lo bueno es que el padre de Sophie ya está medio sordo y que su madre se lo pasa en el jardín", se dijo Emma y sonrió a su amiga.

—Me alegro, ellos estarán felices de verte. Disculpa que no te he avisado antes, pero se suponía que este fin de semana viajarían a Italia. No sé por qué han cambiado de planes a último momento.

—En verdad no hay ningún problema... pero entonces quizás deberíamos aprovechar ahora para conversar tranquilas; cuéntame, Soph, ¿cómo está todo con Martin?

—Oh, muy bien, ya sabes, luego de nueve años de matrimonio hay semanas un poco… aburridas, ¿no? Semanas en que pienso que se me volarán los sesos de tanta monotonía. Pero luego veo a nuestras amigas divorciadas, con la carga de empezar a salir de nuevo con tipos ya pelados y barrigones, y pienso en lo afortunada que soy, ¡ja!

—Sí, es cierto, pobre Poppy, escuché que se enteró de que Nick le era infiel y que lo echó de la casa…

—Sí, pero bien por ella; yo siempre vi a Poppy como medio simplona, nunca la creí capaz de tanto. Además, no es la primera vez que se entera de sus cuernos…

—Oh, yo no sabía...

—Es que tú vives en una burbuja, Emma. Nunca te entrometes en el chismerío, y en verdad no entiendo cuál es tu pasatiempo —bromeó Sophie.

Emma conocía bien a su amiga y rio por dentro ante su comentario irónico, que a la vez le hizo extrañar un poco a Rashid. "Si nunca he sido chismosa es por él", pensó Emma. Con un marido tan noble, tan recto…

—Me pregunto qué habrá dicho el chismerío londinense de mi situación, si es que han lapidado a la pobre Poppy por cornuda —dijo Emma, y de inmediato lamentó haber sacado el espinoso tema de la

poligamia.

—¿En verdad quieres saber?

—No, mejor no —contestó Emma, mientras apreciaba el paisaje tras la ventanilla.

—Lo sospechaba —dijo Sophie, que conocía a su amiga y sabía que lo último que le interesaba era enterarse de los comentarios de la gente—. No tenemos que tocar el tema si no quieres, Emma; pero si necesitas charlar, sabes que tenemos todo el fin de semana.

—Tampoco hay mucho que decir… Entiendo que de afuera la situación parezca extraña… pero todo se dio de un día para el otro, y mis opciones eran, o bien divorciarme, o aceptar que Rashid solo quería ayudar a la viuda de su mejor amigo. Me decidí por esto último… Y claro que no ha sido fácil. Hala es hermosa y amable, y te confieso que he sentido celos más de una vez. Pero si debo ser sincera, no creo que entre ellos haya nada. Confío en que Rashid solo intenta hacer las cosas bien para honrar a su amigo difunto.

—Tú eres una mujer muy intuitiva, Emma, así que si eso es lo que crees, así deberá de ser —dijo Sophie, que miraba fijo al camino.

—Sí, pienso lo mismo… Pero la situación es compleja por motivos demasiado… delicados, y eso es lo que en verdad me tiene un poco angustiada, asustada, ¿preocupada? No lo sé. Solo sé que quiero que esto termine. Que la situación en Siria mejore y Hala regrese a su país. O que se enamore de algún inglés y se vaya de nuestro hogar. Retomar la dinámica de mi familia tal como siempre la he conocido… Sabes, Sophie, deberías agradecer la monotonía de Martin.

Su amiga tomó la mano de Emma y ambas guardaron silencio unos minutos. Justo sonaba “Stay”, de Lisa Loeb, el hit de los noventa preferido de Emma.

—Esta *playlist* es genial, Emma. Son todos mis temas favoritos.

—Lo sé, querida, los míos también. Siempre hemos compartido el gusto musical.

Comenzaron a sonar canciones de Alanis, seguidas por las de The Corrs y, cuando Emma quiso darse cuenta, ya entraban a Norfolk.

—¡Qué lindo lugar! Jamás me cansaría de esta vista —dijo Emma—. Quizás podríamos pasar por mi casa antes de ir a la tuya, así me asomo para ver que todo esté bien.

—Claro, querida, no hay problema. Recién son las cinco de la tarde, tenemos todo el tiempo del mundo.

Estacionaron en la entrada de la casa, que se veía más bella que nunca. “El jardinero ha hecho un buen trabajo”, pensó Emma, de mucho mejor humor.

—Qué bueno que hemos decidido venir. ¡Qué linda se ve mi biblioteca a través de la ventana! Podría volver con los niños el fin de semana próximo…

Recorrieron todo el perímetro de la casa y se asomaron por la huerta antes de regresar al coche; la casa de Sophie estaba a solo cinco minutos.

—Acabo de percatarme de que no he comprado nada para tus padres —comentó Emma, preocupada.

—¿Y cómo ibas a traerles algo, si no sabías que estarían aquí? Tampoco eres TAN perfecta —rio Sophie.

—Es cierto, pero me apena llegar con las manos vacías.

—Bueno, pues envíales una carta el lunes, y ya.

—Desde luego, pero también quisiera comprar algún chocolate, que a tu padre le encanta.

—*Okay*, pasaremos rápido por el mercado y luego iremos directo a casa, que muero por una taza de té. ¿Te parece?

—Trato hecho.

Emma intentó ser lo más expeditiva posible, pero lo cierto es que se hubiera quedado un buen rato conversando con el señor Harris, que desde hacía décadas atendía en su mercado preferido de Norfolk; luego de que su amiga le tocara la bocina para apurarla, prometió volver a visitarlo por la mañana.

—Por fin, hemos llegado… —dijo Sophie, al estacionar en la entrada. Emma había olvidado lo bonita que era la casa de su amiga. Con el tiempo y la madurez, apreciaba cada vez más los lujos a los que sus amigas y ella habían accedido. En verdad eran mujeres afortunadas. Tener semejante casa, en ese lugar…

Mientras bajaban sus maletas del auto, los Terriers de Sophie les salieron al encuentro. Detrás, apareció su madre, la señora Pearson, con una taza de té en la mano.

—¡Bienvenidas! Llegaron justo para la hora del té.

En la casa de los Pearson, decorada en el típico estilo inglés, con empapelados y cortinas floreadas, un horno Aga calentaba la cocina, cuya puerta trasera daba a un jardín de rosas. El salón para guardar botas estaba plagado de Wellingtons; hacia la derecha asomaba el living, presidido por una chimenea y con sillones abotonados y empapelado floreado, también. Un gran reloj terminaba de coronar la sala.

El señor Pearson leía el diario y tomaba un gin tonic cuando su hija y Emma entraron al living.

—¡Qué placer tener a estas dos princesas por aquí! ¿Cómo estás, Emma? ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está tu padre? Hace tiempo que no lo veo… no me lo crucé en Wimbledon este año…—dijo con una sonrisa el señor Pearson, mientras dejaba a un lado la lectura.

—Papá está muy bien, gracias por preguntar, señor Pearson. Con mucho trabajo, como siempre… —Emma apreció que los padres de su amiga no le tocaran el tema de Rashid y su nueva mujer: no estaba de

ánimos para hablar de eso aún, pero el solo pensarlo la hizo extrañar a su marido, de quien no se había despedido al marcharse, algo que nunca había hecho. Le había avisado de su escapada con un mensaje de texto al que Rashid respondió con un "*okay*" demasiado lacónico, incluso al tratarse de él.

Mientras los Pearson se ponían al día, es decir, conversaban sobre los eventos sociales de la temporada y las novedades de sus amigos en común, Emma intentó disimular su tristeza. Era viernes a la noche y en verdad hubiera preferido cenar temprano con sus hijos y después acurrucarse con Rashid para ver alguna película, antes que matar el tiempo en charlas esnobs. ¿Hacía cuánto no pasaban un viernes en familia? Emma ya no tenía recuerdo de eso, lo cual no podía ser buena señal. De pronto sintió nostalgia por esas épocas en las que su mayor preocupación era si a George le estaba saliendo algún diente o si Lucy llegaba puntual a su clase de tenis. Ahora, en cambio, a kilómetros de su casa, forzaba una conversación con tres personas que conocía de su infancia pero con quienes no podía hablar de lo que en verdad sentía su corazón. En todo caso, la decisión ya estaba tomada, y ella no iría a coger el auto y manejar de regreso a casa. Ganas no le faltaban, pero hubiera sido de pésima educación hacia los Pearson que, después de todo, eran muy hospitalarios; en cambio, aprovechó el primer silencio de la charla para sugerirle a Sophie salir a caminar con los perros, idea que su amiga, entusiasmada, aceptó.

Caminaron en silencio un par de cuadras hasta que pasaron por su pub preferido, The Rose and Crown, y una mirada cómplice bastó para que decidieran entrar.

"Una sala ruidosa y una cerveza, justo lo que necesitaba para apagar los pensamientos", se dijo Emma, más deseosa que nunca de una buena dosis de alcohol.

Dejaron a los perros atados en la entrada. Ocuparon la mesa de siempre, al fondo del local. Emma rezó para no cruzarse con ningún conocido, estaba harta de fingir que nada había cambiado en su vida, que todo estaba bien; pero tampoco pensaba abrirse y ser el blanco de chismes por el resto del año. Con Emma sumida en sus pensamientos, el mozo llegó con dos cervezas y Sophie le dijo:

—Emma, la cuestión es muy simple. Repito. Si quieres que nos pasemos el fin de semana hablando de pavadas y bebiendo té con mis padres, yo no tengo problema. Pero si prefieres que hablemos de cómo están tus cosas con Rashid, ya sabes que aquí estoy. Tú me dirás…

Estaba claro que Emma tenía mucha angustia contenida, por lo que solo bastaron esas palabras de su amiga para que se largara a llorar. El llanto que Emma pensó que iba a durar unos pocos segundos se hizo más intenso. Sophie arrimó su silla a la de ella y la abrazó. El mozo, que justo acercaba a su mesa un bol de maní, al ver la escena, regresó

a la cocina. El resto del pub, ensimismado, no se percató de la situación. Emma estaba de suerte: ese viernes en The Rose and Crown no había nadie conocido. "Al fin una buena", pensó mientras abrazaba fuerte a su amiga. No hizo falta que se dijeran mucho más… Mientras Emma se secaba las lágrimas del rostro, el mozo se animó a volver, con una nueva ronda de cerveza.

—Cortesía de los muchachos de su izquierda —les dijo, y señaló a una mesa de cuatro hombres que las saludaban con las copas en alto.

—Oh, hace mucho que nadie me enviaba una copa de regalo. La verdad es que se siente bien. ¡Gracias! —exclamó una Sophie sonriente.

Al ver su buena reacción, dos de los jóvenes se acercaron a su mesa.

—Nos gustaría terminar nuestro trago con ustedes… si no es molestia, desde luego —dijo uno de ellos regalándoles una gran sonrisa, muy blanca. "Esto no puede estar pasando", pensó Emma que, a diferencia de su amiga, sintió pereza al tener que hablar con extraños. "Hasta su sonrisa se ve falsa". Miró de reojo a Sophie buscando su complicidad para decirles a los hombres que se retiraran, pero su amiga se veía muy divertida con la oportunidad y antes de que Emma pudiera hablar, Sophie, mientras se acomodaba un mechón rubio por detrás de la oreja, les contestó:

—El gusto es nuestro.

No es que el tal Will y el tal Eddie hubieran sido groseros o maleducados, pero Emma simplemente no estaba de humor, y guardó silencio mientras veía a su amiga coquetear, en especial con Eddie, que resultó tener veintiocho años y haber regresado recién a Inglaterra tras cinco años de trabajo en la India.

—Estás muy seria —le dijo Will, y Emma sintió pena por el muchacho, que se veía patético en su afán de seducirla. Emma le mostró el anillo de casada y esbozó media sonrisa.

—Oh, ya veo. Pero tu amiga también lleva anillo y no es tan antipática. Vamos, relájate un poco que solo estamos siendo amables y es viernes por la noche —argumentó Will, y Emma pensó que quizás tenía razón.

—De acuerdo, solo porque es viernes… —aceptó Emma y terminó su cerveza de un trago.

Cuarenta minutos más tarde, ya le había contado a Will y Eddie todo acerca de su drama amoroso, aunque sin dar nombres, porque ni siquiera borracha Emma hubiese cometido el error de principiante de revelar identidades a cualquier desconocido.

—A ver, muéstranos una foto de esta tal mujer siria, de seguro no puede ser más bella que tú —aseguró Will. Emma no era ingenua y reconocía los intentos de seducción de los hombres, en especial, cuando eran tan evidentes. Y aunque no pensaba devolver las

atenciones, debía admitir que se sentía bien ser cortejada. ¿Cuándo había sido la última vez que Rashid la había hecho sentirse deseable como mujer? Tampoco tenía recuerdo de eso. Pero quien se veía más feliz aún con toda la comedia era Sophie, que a esta altura, golpeaba el hombro de Eddie cada vez que este hacía un comentario que se suponía ocurrente o chistoso.

—Es ella —dijo Emma y enseñó una foto de Hala tomada por Lucy con su teléfono la semana anterior.

—A ver, ¿quieres la sinceridad de un hombre? —preguntó Will, que por un segundo se mostró serio y dejó de sonreír.

—En este momento, nada me gustaría más que un consejo masculino —respondió Emma, y de pronto se dio cuenta de que era eso, justamente, lo que necesitaba.

—Es bella, no te voy a mentir. Tiene lindos ojos y parece agradable, aunque en la foto no llego a verle el cuerpo… De todas formas, cualquier hombre que la elija a ella, antes que a una mujer como tú, está realmente confundido. Si tu marido es inteligente, no tienes nada que temer. —Y con eso Will le devolvió el teléfono, como indicando que había dado su veredicto final.

Emma sabía que Will intentaba seducirla, pero aun así aceptó el piropo, que agradeció con una sonrisa. "Mi ego necesita un poco de mimos", se dijo. Mientras Will la miraba serio, Sophie y Eddie hablaban por lo bajo entre sí. "¿Debería preocuparme?", pensó Emma, que conocía bien a su amiga y sabía cuándo pasaba de un inofensivo coqueteo a un claro juego de seducción.

—Soph, por favor acompáñame al baño —le pidió Emma, y debió repetir el pedido dos veces, ya su amiga no le prestaba atención.

Una vez en el baño, Emma cerró la puerta y dijo a su amiga:

—Sophie, ten cuidado, creo que estás un poco al límite con el tal Eddie...

—Vamos, Emma, no seas mojigata. Solo estamos bebiendo y charlando un poco. Además, no te hagas la ingenua porque ambas estamos… divertidas, ¿no?

—Will parece un buen muchacho y hace lo que puede por levantarme el ánimo. Siento que sus consejos son como los de un hermano… y eso es todo. En cambio, a ti parece que Eddie...

—"¿Un hermano?" ¡Ja! Emma, no puedes ser tan ingenua, por favor… —Sophie rio ante el comentario de su amiga y la miró como disgustada, antes de retocarse el cabello en el espejo, reaplicarse el labial y regresar al salón.

Al volver a la mesa, Emma miró al grupo y dijo:

—Discúlpenme, pero tanta cerveza ha hecho su efecto y de pronto tengo un sueño terrible. Gracias por todo… Regresaré a la casa. Sophie, ¿vienes conmigo?

—No, Emma, me quedaré —respondió Sophie sin siquiera insistirle en que se quedara y casi sin mirarla.

—Qué pena, quédate un rato más —le dijo Will con una mirada tierna, y Emma le agradeció la amabilidad. No se había dado cuenta antes de que era tan buenmozo; su pelo oscuro contrastaba con unos ojos verdes muy intensos, y sus brazos no se veían nada mal… Al ver que su amiga conversaba cada vez más cerca de Eddie pensó que quizás debía quedarse para asegurarse de que Sophie no hiciera nada de lo que fuera a arrepentirse... Pero verse a sí misma hablando con desconocidos en un pub la hizo extrañar más a Rashid y su hogar. “Ya estamos grandes, que Sophie haga lo que quiera”, se dijo Emma y se marchó

16

Acostada en su habitación, Emma esperó escuchar la llegada de Sophie durante unos treinta minutos, hasta que por fin el sueño la venció. Entre el dolor de cabeza provocado por el alcohol, la preocupación por el paradero de su amiga y la constante revisión del teléfono por si recibía algún mensaje de Rashid, no durmió nada bien.

A la mañana siguiente, bajó a tomar el desayuno con algo de vergüenza por la cara hinchada luego de su mala noche. Nada le daba más pereza que tener que conversar con los Pearson en un estado que mezclaba resaca, tristeza y cierto indefinible enojo, pero ver la mesa puesta de modo impecable, con *croissants* frescas, tostadas de pan casero, mermelada de frutos rojos, té y café, le levantó el ánimo.

—Buen día, Emma, espero que hayas dormido bien. Tu amiga sigue en su habitación —le dijo el señor Pearson mientras hojeaba su periódico y, con disimulo, la ojeaba a ella también. El señor Pearson nunca había sido muy discreto, y ahora Emma recordaba por qué siempre la hacía sentir tan incómoda.

—Lo suponía, muchas gracias… Esperaré que se despierte para desayunar.

—Oh, no hace falta, querida —la señora Pearson llegaba del jardín con un ramo de flores recién cortadas—. Me temo que Sophie dormirá hasta tarde. Te ha dejado esta nota…

Emma tomó la nota escrita por su amiga, que decía:

> *Querida Emma:*
>
> *Dormiré hasta el mediodía, así que no te preocupes por mí y organiza tu día tranquila. Haz lo que debas hacer. Disfruta del día en Norfolk, pero no dudes en volver a casa si así lo deseas. Yo podré regresar mañana con mis padres.*
>
> *Te quiere.*
>
> *Soph.*

Aunque seguía enojada por el comportamiento de su amiga de la noche anterior, Emma le agradeció internamente que le hubiese habilitado el regreso a casa. “Cómo me conoce…”, pensó mientras se servía café, del que necesitaría una buena dosis para encarar el viaje.

Después del rápido desayuno, se despidió de los padres de su amiga

y se disculpó por marcharse temprano con la excusa de una supuesta gripe de George. Al subir al auto, lo primero que pensó fue en si debía avisarle a Rashid que estaba de regreso. “Mejor sorprenderlo”, se dijo, aún con culpa por haberse marchado sin aviso, y con muchas ganas de llegar y abrazarlo.

Manejó los casi doscientos kilómetros hasta Londres a solas con sus pensamientos melancólicos. La música de Ingrid Michaelson no ayudaba a disipar la angustia que le provocaba el actual estado de su matrimonio. Quería arreglar las cosas con Rashid, claro que sí, pero tampoco lo perdonaría si él antes no le pedía perdón. Y eso era lo que más le molestaba: que su marido no fuera capaz de reconocer que había algo por lo que disculparse. Rashid no era soberbio, al contrario; siempre había sido bueno para admitir sus errores con altura y dignidad. Pero estaba claro que él en verdad no veía motivo alguno de disculpas. Seguía sin reconocer los esfuerzos de Emma, todo lo que ella había debido ceder para terminar por aceptar que Hala entrara en sus vidas. ¿Tendrían futuro, si él no era capaz de ceder un poco también, de admitir en voz alta que la situación era compleja, y que el altruismo no siempre es fácil de realizar? Emma quitó una lágrima de su mejilla y pensó que estaba harta de llorar. Que desde hacía meses su humor oscilaba entre tristeza, enojo, celos, temor. Que su cuerpo y su alma ya estaban cansados de soportarlo. Que daría lo que fuera por volver a su vida sin la presencia de aquella mujer.

Luego de casi tres horas de viaje, Emma llegó a su hogar. Estacionó el coche y se reconoció nerviosa; temblaba al guardar las llaves en su cartera y sentía la misma adrenalina en el estómago que cuando, de adolescente, asistía a sus primeras fiestas con chicos. Si bien las cosas con Rashid estaban mal, amaba, después de siete años de matrimonio, aún sentir ese ansioso cosquilleo, aunque no fuera provocado más que por su conflicto; sonrió al reconocer que, incluso así, era mucho más de lo que tantas parejas que conocía podían llegar a tener, empezando por Sophie. En cambio, Emma y Rashid estaban salvados de la indiferencia, de la apatía, también de la monotonía. Al menos por el momento.

Al abrir la puerta de su casa encontró que todo estaba en silencio, salvo por el sonido del televisor, no muy alto, lo suficiente como para que Emma supiera que estaba encendido. Eran las dos de la tarde. La señora Abbot estaría descansando en su dormitorio; no se había tomado ese sábado de franco. ¿Y los niños? Qué extraño que estuvieran tan callados. Después de todo, eran seis…

Al entrar al living Emma los vio. Allí estaban. No los niños, sino Hala y Rashid, dormidos en el sillón, sentados uno junto al otro, la cabeza de Hala levemente inclinada hacia el hombro de su marido. Ganada por el enojo, Emma apagó el televisor, se aclaró la garganta y

dijo:

—Odio tener que interrumpir sus dulces sueños, pero he llegado.

Rashid y Hala despertaron de un sobresalto.

—Hola, Emma, qué bueno ver que estás con vida —dijo un Rashid sereno, como sin nada por lo que disculparse o avergonzarse. Hasta se daba el lujo de bostezar. A Hala, en cambio, se la veía más incómoda; al cruzar sus ojos con los de Emma bajó la mirada y se alisó la falda bordó.

—Qué bueno que te alegre, aunque está claro que en mi ausencia la han pasado bastante bien —comentó Emma, harta de fingir. Al hablar notó su corazón más rápido que lo normal y su voz algo temblorosa.

—Sí, el programa de las dos de la tarde es tan bueno que nos palmó —dijo Rashid y, esta vez, hasta tuvo el tupé de reír… Hala, en cambio, esbozó una pequeña sonrisa cortés. Se mantenía silenciosa, y así fue como se levantó para retirarse a su cuarto.

Sin siquiera asegurarse de que Hala no pudiera oírla, Emma le dijo a Rashid:

—Rashid, esto es el colmo.

—¿Qué cosa lo es, Emma? ¿Que te hayas marchado sin al menos despedirte? ¿Qué vuelvas sin previo aviso y hagas una escena porque Hala y yo veíamos televisión? Mira que puedo seguir toda la tarde enumerando cosas que me parecen el colmo.

—Rashid, no te hagas el ingenuo, te lo pido por favor. Estaban durmiendo acurrucados en un sillón. ¿Hace falta que te explique por qué eso está mal? —dijo Emma, que más que haber visto a su marido en esa situación, le enojaba ser tratada de loca.

—Sí, Emma, hace falta que me lo expliques, porque no lo comprendo —contestó Rashid, aún con la voz tranquila, pero ahora con una mirada severa—. ¿Acaso nos acusas de algo?

—Quizás sí. Ya no sé qué creer, Rashid. Y aunque no hubiera pasado nada entre Hala y tú, verlos desmoronados uno junto al otro en un sillón de casa me resulta inadmisible. En la vida hay que ser y parecer. ¿Qué hubiera pasado si los niños…?

—Los niños se han ido con tus padres. Los seis. Han pasado esta mañana a recogerlos para ir al acuario.

—No importa, Rashid, no es el punto, basta de excusas. ¿No te parece… desubicada la situación? ¿En verdad tengo que explicártelo? ¿Realmente me harás sentir como una loca, una paranoica, por enfadarme ante la imagen de mi marido desplomado junto a otra mujer?—a esta altura, la voz de Emma se acercaba cada vez más a un grito nervioso.

—Baja la voz, que Hala puede escucharte —murmuró Rashid—. No estábamos *desplomados*.

—Que me escuche Hala, pues. Me tienen harta. Ella, tú, tener que

ser políticamente correcta en mi propio hogar, no poder exigirle a mi marido que me respete y que cuide las formas —Emma, al hablar con la voz cada vez más en alza, sintió un leve dolor de garganta, sin dudas agravado por la falta de sueño.

—¿Y qué formas has cuidado tú, marchándote el fin de semana sola? —cuestionó Rashid, que ya también elevaba la voz.

—Para tu información, Rashid, he cuidado todas las formas. Anoche un hombre intentó seducirme en un bar, y yo no le di pie. Ah, y resulta que era muy buen mozo...

—¿Y se supone que debo agradecerte? ¡Ja! Lo que me faltaba… ¿Qué hacías sola en un bar, en primer lugar? ¿Cómo llegas a exponerte a esa situación? ¿Y te atreves a darme un sermón sobre el "ser y el parecer"?

—¿Acaso ahora no puedo salir con una amiga a tomar algo, Rashid? Eso no tiene nada de malo…

—Como tampoco lo tiene que con Hala veamos televisión en nuestro propio hogar —dijo Rashid, bajando de nuevo la voz al pronunciar el nombre de Hala—. Porque recuerda, es su hogar también. Te advierto, Emma, que tus celos están sacando lo peor de mí…

—¿Es una amenaza, Rashid? —preguntó Emma también bajando la voz, pero no porque le importara que Hala escuchara, sino porque en verdad las palabras de su marido le causaban estupor o, más que estupor, desilusión.

—Tómalo como quieras. Solo te digo que debes hacer algo para controlar tu paranoia. Y debes hacerlo en forma urgente.

—Qué agradable bienvenida, Rashid. Y yo que decidí volver antes porque me entristecía estar peleada contigo…

—No deberías haberte ido en primer lugar. Nadie te obligó, Emma… Fue tu decisión.

Después de unos segundos en silencio, Emma dijo casi en un murmullo:

—No sé cómo haremos para salir de esto, Rashid. Las cosas no andan bien.

—No te preocupes, lo tengo clarísimo —respondió Rashid y bajó la mirada. Ambos se quedaron en silencio dos eternos minutos. Emma se dejó caer en el sillón y puso la cabeza entre sus manos. Rashid se había puesto de pie. Luego de algunos segundos más, por fin quebró el silencio:

—Esta mañana Hala nos ha preguntado a mí y a la señora Abbot por sus planos del museo. Parece que las detectives habían olvidado devolverlos a su lugar. Por primera y última vez he tenido que mentir, Emma, dije no saber dónde estaban, y que de seguro ella los habría movido de lugar. Luego le ordené a la señora Abbot que los escondiera

en otro sitio de su habitación, y debí distraer a Hala en el ínterin. Ya sabes lo que pienso de la mentira. Repito: lo he hecho por primera y última vez —aseguró Rashid en forma pausada y sin mirar a Emma, sino hacia la calle tras la ventana.

—¿Interpreto que esperas que te agradezca…? —preguntó Emma, desilusionada porque a su marido le importara más haberle mentido a Hala por esa tontería, que intentar solucionar las cosas con ella.

—No, espero que jamás debas agradecerme por algo tan vil como la mentira. Es la última vez que te protejo por algo así. Porque eso es lo hago: protegerte. Tenerte paciencia. Intentar entender tus celos, pero estoy tan cansado…

—¡Ja! ¿Protegerme? ¿De quién y por qué? No olvides, Rashid, que estoy en mi hogar, y si quiero revisar el cuarto de Hala novecientas veces, así lo haré —replicó Emma que, a esta altura, ya había abandonado todo intento de conciliación.

Al terminar de decir esas palabras, Hala apareció en la puerta del living y, aún con la mirada en el suelo, les dijo:

—Saldré a dar una vuelta. Si necesitan algo de la calle, avísenme, por favor.

—No gracias, Hala —respondió Rashid, y Emma se quedó en silencio, de brazos cruzados y de cara al techo.

Cuando Hala se retiró, Rashid lanzó a Emma una mirada furtiva y fue a la cocina. Emma subió las escaleras, cerró con llave la puerta de su habitación y se echó en la cama a llorar.

17

Emma, al despertar, vio que eran las cinco y media de la tarde: había dormido unas tres horas. Se desperezó y fue al baño a lavarse la cara. Se detuvo unos segundos en el lavabo para sentir el contacto del agua fresca en su piel. Lo necesitaba. La casa seguía en silencio… los niños aún no habrían regresado. Tomó su teléfono para ver si había recibido algún mensaje; ninguno relevante, salvo uno de su madre para avisarle que con los chicos todo estaba bien, y otro de Sophie, que decía: “Perdón por haber sido una chiquilina anoche. Solo intentabas protegerme. Espero verte en la semana para contarte bien qué ha pasado… y conversar”. Decidió responderle más tarde, ahora no estaba con energías suficientes como para lidiar con los dramas sentimentales de su amiga.

Aún sin ganas de cruzarse con Rashid en la cocina, decidió bajar a prepararse una taza de té. La señora Abbot ya había puesto la mesa y ahora regaba las plantas en el jardín. Desde el living, escuchó el televisor. “Rashid debe de haberse echado a ver alguna serie, espero que esta vez sin Hala”, se dijo por lo bajo, y no supo si reír o llorar. Tampoco comprendía cómo su marido podía ver televisión después de su pelea. ¿Acaso los hombres podían ser tan fríos…?

Emma se asomó al pasillo de entrada a ver si estaba Hala, con quien no quería cruzarse, pero no había nadie a la vista. De pronto encontró una carta que asomaba por debajo de la puerta y decía: “Para Emma y Rashid”. Se apresuró en abrirla sin despertar a su marido. Era una carta de Hala:

> *Queridos Emma y Rashid:*
>
> *Estoy más que agradecida por su hospitalidad hacia mis niños y hacia mí, pero he decidido mudarme a un apartamento en Shepherd’s Bush. Necesitamos nuestro espacio. Acabo de conseguir trabajo en una boutique de Knightsbridge, gracias a un amigo de la familia. Sepan entender que no les haya contado nada, pero pensé que Rashid se iba a oponer a que yo trabajara. Y discúlpenme también por no haberme despedido, pero también imaginé que se opondrían a mi partida. No quiero hacer las cosas más difíciles de lo que ya lo son. Si puedo abusar una última vez de su amabilidad, quería pedirles, por favor, si mis niños pueden*

pasar la noche con ustedes. Los recogeré mañana por la tarde, cuando haya limpiado y arreglado bien nuestro nuevo hogar.

Los saluda cariñosamente y les desea lo mejor.

Hala.

Allí estaban las palabras que Emma tanto deseaba leer. Pero ahora que sus deseos por fin se materializaban, no estaba segura de que fueran tan buenos porque, después de todo, ¿cómo se tomaría Rashid la noticia? Estaba claro que Hala había decidido irse para no seguir incomodando a Emma. Sí, Rashid se pondría furioso y, en todo caso, no era esta la forma de solucionar sus problemas de pareja. Mientras Emma se debatía entre salir a buscar a Hala o romper la carta, Rashid apareció por detrás y le dijo:

—¿Qué lees, Emma? Estás como… petrificada.

Sin darle tiempo a responder, Rashid se acercó y al ver el sobre también dirigido a él, lo tomó de manos de Emma. Leyó la carta rápidamente y Emma vio cómo la mirada de su marido pasaba de la sorpresa al dolor, y del dolor al enojo. ¿Quizás las tres cosas a la vez? No hizo falta que Rashid dijera palabra: le lanzó a Emma una última mirada tajante, rompió la carta y se fue de la casa con un portazo.

A las siete de la tarde, Rashid aún no había regresado. Los niños acababan de volver del acuario y, felices con el programa, comentaban entre ellos cuál había sido su animal favorito. El barullo le venía bien a Emma para no escuchar sus propios pensamientos, que la atormentaban desde hacía horas. La señora Abbot preparaba pizzas caseras y le lanzaba miradas de reojo, como para comunicarle que estaba al tanto de la situación, pero que no quería entrometerse.

A las ocho y media, todavía no había noticias de Hala o Rashid. ¿Acaso la habría encontrado? ¿Estarían conversando en algún café, mientras Rashid le declaraba su amor y le imploraba que volviera a la casa? “Basta, Emma, no seas paranoica. Rashid te ama”, se dijo, y en verdad lo quiso creer.

Esa noche permitió que los niños se acostaran sin antes haberse duchado. No estaba ni con ánimos ni con energía como para entrar en discusiones. Pero una vez que estuvieron acostados, el silencio de la casa cayó sobre sus hombros con el peso de un yunque.

—Señora Emma, ¿desea que le prepare otra cosa para cenar? —le preguntó la señora Abbot al ver que Emma no probaba bocado de la pizza.

—No, gracias, no estoy con apetito.

—Si me disculpa, entonces, me iré a acostar —dijo la empleada, y antes de marcharse se demoró unos segundos más en la cocina, como

para darle a Emma una última oportunidad de descargarse.

A solas, Emma se sirvió un vaso de whisky. "¡Guau!, hace cuánto no bebía esto…", pensó. Si bien nunca había sido aficionada al whisky, la encontraba una bebida ideal en ocasiones extremas. Pasadas las nueve, Emma no soportó más y decidió llamar a su marido. A esta altura, ya estaba en verdad preocupada. ¿Habría pasado algo? ¿Y qué si Rashid había tenido un accidente? Después de todo, su vida cada vez más parecía de ficción y, si pasaba en las novelas, por qué no en la vida real… Emma no hubiese querido siquiera pensar en esa opción, pero estaba aterrada. ¿Y si su último encuentro terminaba por ser aquella amarga escena en el pasillo? Emma no se lo perdonaría jamás… Luego de que el teléfono sonara unos segundos eternos, por fin Rashid contestó:

—Hola, Emma. ¿Qué sucede? —dijo con voz cortante.

—¿Cómo "qué sucede"? Son las nueve de la noche. Quería saber dónde estás —contestó Emma, que se contenía para sonar calma y disimular su ansiedad.

—No regresaré a casa hoy, Emma —sentenció Rashid en un tono grave.

—Oh. ¿Y se puede saber dónde estás y por qué, o eso tampoco piensas comunicármelo? —dijo Emma, ya a punto de quebrarse.

—Estoy en el Dorchester. He ido a buscar a Hala esta tarde pero no hubo caso… no piensa regresar.

—¿Y entonces duermes en un hotel porque…?

—Porque no soportaría verte esta noche, Emma, por eso. Porque estoy decepcionado contigo, con tu actitud. Porque te he pedido una sola cosa: que apoyaras mi decisión de ayudar a Hala y sus niños... Y mira cómo ha salido la cosa: terminaste por echarla de nuestro hogar —afirmó un Rashid imperturbable, serio, mucho más allá del enojo.

—¿Eso te ha dicho ella…? ¿Que yo la he echado? ¿Qué les diremos a los niños cuando…?

—No, Emma, ella no te ha echado la culpa, si es lo que deseas saber. Me pone excusas, pero es obvia la verdadera razón de su partida. Volveré a casa en un par de días y no te preocupes por los niños: estarán bien. Solo te pido un poco de espacio. Tengo mucho que pensar. —Y con eso, Rashid colgó.

Emma se quedó unos minutos paralizada frente a la pantalla sin saber qué hacer. Estaba demasiado aturdida como para llorar. Su marido pasaría la noche en un hotel, o quizás más noches. Era la primera vez que él no dormiría en casa por estar enojado, o "decepcionado", como le había dicho. Emma bebió otro trago de su whisky. "No te preocupes por los niños: ellos estarán bien". Un Rashid irreconocible. Y todo esto por culpa de una Hala siempre en el rol de víctima, siempre bien parada, mientras Emma debía cumplir el rol de

la mala de la película. Era obvio que irse así, justo después de su exabrupto, dejaba a Emma en evidencia. Estaba harta de que la otra se hiciera la ingenua. Emma era mujer, y sabía perfectamente cómo funcionan las mujeres. Bebió lo que quedaba del whisky de un último sorbo y llamó un taxi. Esto se acaba hoy.

18

Nada irritaba más a Emma que cuando los taxistas insistían en sacar tema de conversación. Se suponía que el estereotipo de taxista, barman y peluquero es aquel que conversa con su cliente y logra hacerlo profundizar, pero Emma odiaba los estereotipos. Los quince minutos de viaje se extendieron con las molestas preguntas del hombre acerca de la profesión de Emma y los insulsos comentarios acerca del tránsito y del tiempo.

Al llegar al lobby del Dorchester, la atendió un hombre latino, un tal Javier Gutiérrez, de aspecto prolijo y modos amables. Con una sonrisa tan grande que debía de doler, le preguntó en qué podía ayudarla. “Podrías asesinar a Hala”, pensó Emma en broma, y se espantó por un instante, solo un instante, de su humor negro. Le dijo que venía en busca de su marido.

—Ah, sí, el señor Rashid —dijo el gerente, sonriendo más aún—. Permita que lo llame a su habitación y le avise que usted se encuentra aquí.

Mientras el gerente intentaba comunicarse con Rashid, una Emma impaciente deambulaba por el lobby. No hubiera podido soportar que el tal señor Gutiérrez le dijera que “su marido, lamentablemente, no está disponible”, o alguna otra frase hecha para comunicarle que Rashid no la quería ver.

—Señora Parker, dice su marido que suba, por favor. Está en la habitación 907 —y con la misma sonrisa con la que la había recibido, el señor Gutiérrez le señaló el camino hacia el ascensor, antes de volver a lo suyo.

Emma apretó ambas flechas del ascensor para que llegara más rápido, y recordó con nostalgia que a Rashid este gesto suyo siempre le causaba entre gracia y mal humor. El corazón de Emma latía fuerte. De pronto se dio cuenta de que no había pensado en qué decir a Rashid. Ni siquiera se había retocado el maquillaje, ni había reparado en qué llevaba puesto. ¿Tendría aliento a whisky? La bebida la había hecho actuar de modo impulsivo, pero ahora dudaba de que visitar a Rashid hubiera sido una buena decisión. “Al menos he sido prudente y no conduje”, se dijo Emma, mientras el timbre del ascensor anunciaba el noveno piso... y se arrepintió de haber perdido valiosos segundos que bien hubiera podido dedicar a pensar en qué decir.

“Siempre me pierdo en los pasillos de hotel”, se dijo Emma,

confundida sobre si tomar la dirección de la izquierda o la de la derecha para llegar a la habitación 907. Había tantos carteles...

—Aunque estoy furioso contigo, debo admitir que me causa ternura que seas tan desorientada —dijo la voz grave de Rashid. Emma se dio vuelta y lo vio, parado en el marco de una puerta hacia mitad del pasillo.

Rashid, recién bañado pero sin afeitar, llevaba puesta la bata de hotel. Emma se acercó hacia la suite y pudo oler el aroma inconfundible de su marido. Era tan buen mozo… De pronto, se largó a llorar. Un llanto inconsolable, como el de una chiquita que se siente perdida en busca de sus padres y al fin los encuentra… con la diferencia de que no estaba segura de haber encontrado a su Rashid. Su marido la tomó por la cabeza, la llevó hacia su pecho y la abrazó. En silencio, pasaron a la habitación.

Emma seguía llorando cuando Rashid se sentó en la cama y la hizo sentarse. El llanto de su mujer lograba desarmarlo; pero no el llanto enojado, resentido de la tarde, sino las lágrimas sinceras en las que ahora se deshacía. Al reconocer en ella una angustia profunda, Rashid se olvidó por un momento de su decepción y de pronto se sintió mal por su mujer.

—Perdona, Rashid, te juro que todo lo hice porque te amo — articuló Emma entre sollozos cada vez más agudos—. Te amo y tengo mucho miedo de perderte…

—Lo sé, Emma. Lo entiendo… —dijo Rashid —, pero entiéndeme tú a mí. Te he pedido una sola cosa, que para mí era importante… Te pedí algo que tiene que ver con la palabra y el honor…

—Rashid, lo que me has pedido a cualquier ser humano le costaría horrores. No soy perfecta. Soy humana y sí, lo admito, me han vencido los celos y la inseguridad. Temí perder a nuestra familia, nuestra intimidad, con sus momentos y espacios sagrados. Te sentí lejos, interesado en otra mujer antes que en mí. No digo que haya estado en lo cierto, pero por favor, Rashid, admite que no soy una “loca”…

—Llámalo como quieras, Emma, pero me duele que no hayas confiado en mí, en todos los años que llevamos en nuestra relación y en el amor que siento por mi familia. ¿En verdad creías que podría descuidarlos? Jamás…Eran tan solo unos meses, Emma, no pedía demasiado, solo unos meses para dar cobijo a una viuda y su familia, que son familia para mí. Que no hayas podido darme siquiera eso es lo que me desilusiona.

Ante estas palabras el llanto de Emma se intensificó. Ya le ardían los ojos de tanto llorar. Rashid podía enojarse y perder la paciencia; todo sucedía rápido y era pronto en regalar su perdón, pero revertir aquella desilusión que él sentía era para Emma una tarea casi imposible…

Que Rashid no la viera con los ojos de siempre le partía el corazón. Ella sabía bien lo que aquello implicaba.

—Ante eso no tengo nada que decir. Solo se me ocurre ir en busca de Hala, convencerla de que regrese a casa, intentar recomponer las cosas con ella, jugar a ser amigas y anotarme en dibujo con ella... pero pienso que de nada serviría, si tú no admites también la parte en que has fallado. Porque así volveremos a la dinámica de este último tiempo; quizás las primeras semanas todos nos esforcemos en llevarnos bien, pero a la larga... —ante el silencio de Rashid, que no la miraba a los ojos, Emma prosiguió— mira, entiendo que me hayas pedido un favor en pos de tu amigo, pero que tú no puedas entender que eso para mí más que un favor era un sacrificio, me duele. Y me hace pensar que hará muy difícil, sino imposible, nuestra reconciliación.

Emma no podía reconocer sus propias palabras, pero en verdad las sentía. De nada servía mentir a Rashid o mentirse a sí misma, con la idea de que, al volver a intentarlo, las cosas con Hala en su casa podrían funcionar. Ese era justamente el problema que los había llevado hasta aquí. Estaba harta de relegarse. Si su marido la amaba, debería aceptar esta vez que Emma le dijera que no.

—Es por esto que te he pedido unos días a solas. Entiendo la magnitud de nuestro problema, Emma, y necesito pensar... —dijo Rashid con la vista en el suelo, y esta vez con tímidas lágrimas en los ojos él también.

—Solo dime una cosa, para ver si tenemos futuro. ¿Qué es lo que te enamora de mí? —preguntó Emma, mirándolo a los ojos.

—¿Por qué me haces esa pregunta ahora, Emma?

—Porque no estoy segura de saber la respuesta, y quiero ver si tú la sabes. Entiendo que estás desilusionado, porque siempre me has admirado por mi integridad. Entonces dime, Rashid, ¿hay algo más con que pueda enamorarte?

Rashid guardó silencio unos segundos y con eso, Emma tomó su cartera y se marchó.

Cuarenta minutos después, Rashid intentaba despejar su cabeza con esa serie sobre la monarquía que tanto interesaba a todo el país; pero no había caso, no dejaba de pensar en su última charla con Emma. Ya lo había dicho su mujer: su reconciliación era difícil, si no imposible. ¿Y qué causaba en él esa realidad?

En eso sonó el teléfono de su suite; era el señor Gutiérrez, de nuevo:

—Señor, ha venido la señora Hala a verlo... ¿La dejo pasar...? —dijo el gerente, con la voz imperturbable. “Las cosas que deben de ver en los hoteles...”, pensó Rashid, que por un segundo había sentido pudor ante qué pensaría el personal ante la visita de una nueva mujer.

Los cinco minutos que Hala demoró en subir se hicieron eternos. ¿Qué iría a decirle…? Esa tarde ella se había mostrado muy tajante ante los intentos de convencimiento de Rashid; incluso, él le había mandado un mensaje antes de que llegara Emma a verlo, como para pedirle que regresara por última vez, pero no lo había respondido. ¿Quizás iba a darle la noticia en persona…?

Si Hala accedía a regresar, Rashid estaría en problemas: Emma había sido muy clara en que no aceptaría volver a recibirla en su hogar. "Lo único que importa es que no se hayan cruzado en el pasillo o en el lobby, unos minutos menos y ardía Troya…", se dijo Rashid, consciente del efecto que hubiera causado en Emma ver a Hala en la habitación de su marido. "Ser y parecer…".

Cuando por fin Hala tocó el timbre, Rashid se reconoció nervioso y hasta notó que aceleraban los latidos de su corazón. Al abrir la puerta, allí la vio a Hala, con sus enormes ojos avellana cubiertos en lágrimas. Era la primera vez que Rashid la veía llorar…

En silencio, Hala ingresó a la habitación y se sentó en el sillón. Esperó unos segundos antes de hablar.

—Todavía amo a Ahmad. Lo sabes ¿no?

—Claro que lo sé —dijo Rashid, mientras se sentaba en su cama.

—Y sé que tú amas a Emma y que ella te ama. Pero, Rashid, debo admitir que tu mujer tiene razón.

—¿Se puede saber en qué…? Porque últimamente, todo lo que sale de su boca suena a locura…

—Si seguimos todos en el mismo hogar, las cosas no acabarán bien —aseguró Hala, mientras fijaba sus ojos negros empañados en la mirada de Rashid por unos segundos—: No me obligues a decirlo en voz alta, Rashid. Solo te pido que dejes de buscarme. Y confía en la intuición de tu mujer.

Hala dio un beso en la frente a Rashid y se marchó de la habitación mientras una lágrima le corría por la mejilla. Solo esperaba que Ahmad, desde el Paraíso, le perdonara esa mentira. Pero era la única forma de lograr que Rashid dejara de insistir.

19

El domingo Emma despertó a las diez de la mañana. Los chicos aún dormían, así que aprovechó a preparar panqueques para todos. Estaba claro por qué los domingos eran los días con más altos índices de suicidios; no hay nada más deprimente que un domingo, con las horas que se atascan y el insoportable letargo que lo tiñe todo de gris.

Emma tenía una sola cosa en claro: no pensaba estar en casa cuando Hala pasara a recoger a sus niños. No tenía ánimos de ver a aquella mujer, de modo que decidió hacer algún programa con ellos hasta pasado el mediodía, y luego dejarlos a cargo de la señora Abbot. Después del desayuno llevó a todos a dar una vuelta por Regent´s Park, un programa prometido a Lucy y Lina desde hacía semanas.

Mientras tomaban un helado para reponerse de la caminata, Lucy se acercó a Emma y le dijo:

—Mamá, ¿por qué nos has dicho que papá está en el trabajo, si hoy es domingo?

—Tu padre está con mucho trabajo, Lucy. A veces toca trabajar los fines de semana.

—Pero… ¿por qué no ha vuelto a dormir? —preguntó Lucy y, ante el silencio de Emma:

—¿Acaso volverá hoy por la tarde? Lo extraño, mami…

—No creo que esta tarde, Lucy, quizás mañana. Pero prometo que el tiempo pasará rápido y que antes de que lo notes regresará con un lindo regalo para ti. Ante estas palabras, Lucy sonrió. Había heredado de Emma el disfrute por los regalos, no por materialista o superficial, sino por interpretarlos como un símbolo de amor.

—Hoy es el peor día de mi vida —expresó de pronto Lucy, y eso a Emma la desorientó.

—¿Por qué, querida? Si hemos dicho que tu padre regresará pronto, y además con regalos —al hablar, Emma le acariciaba el cabello y miraba de reojo que los demás niños estuvieran distraídos en sus propios juegos.

—Porque papi no está, y porque Lina se irá de casa.

—¿Y quién te ha dicho eso, Lucy? —preguntó Emma, que todavía no había tenido el coraje de comunicar la noticia a los chicos; es que, tampoco estaba segura de que le correspondiera a ella hacerlo. Era injusto que ese peso recayera sobre sus espaldas.

—La mamá de Lina se lo ha dicho ayer por teléfono. Y pensamos

que es porque tú y papá pelean mucho, y la mamá de Lina está cansada de vivir en una casa así.

Emma no podía creer las palabras de su hija, que con tanta precisión describían la escena que nadie le había relatado. Claramente, sus intentos por disimular la tensión ante los chicos habían sido en vano. Aunque Lucy siempre había sido más sensible que cualquier niño de su edad…

—Querida, no es por eso. Hala tiene un nuevo empleo y ha llegado la hora de que vivan en su propia casa. Ya hemos compartido con ellos mucho tiempo. No iba a ser para siempre, querida, algún día debían marcharse…

—Pero el otro día Mary dijo en la escuela que mi papá estaba casado con la mamá de Lina, y si están casados tienen que vivir en la misma casa —dijo Lucy, que no iba a dejar de insistir.

—Querida, cuando seas más grande lo comprenderás. Vamos, demos otra vuelta —dijo Emma, que de pronto, ya cansada de hablar, sintió un nuevo dolor de cabeza. ¿De dónde habría sacado el chisme esa tal Mary?

Al volver a casa, Emma ordenó a la señora Abbot que sirviera a los chicos hamburguesas caseras con ensalada. Tomó su cartera y decidió salir a la librería John Sandoe. Con el domingo dentro de ella, necesitaba despejarse.

"Hace cuánto no dedicaba horas a perderme entre libros…", pensó Emma que, entre los chicos, su trabajo y sus preocupaciones recientes, desde hacía rato no tenía una tarde entera para sí. Una de las paradojas de la maternidad es que uno valora el tiempo propio más que nunca; pero, cuando se tiene, cuesta decidir a qué dedicarlo. Después de haber revisado los estantes de John Sandoe durante unos cuarenta minutos, Emma pensó que quizás sería más provechoso ir a hacerse las manos o chusmear las liquidaciones de King's Road.

Como Emma siempre había sido eficiente, al final tuvo tiempo de hacer todos los programas. A las seis de la tarde aún no tenía ánimos de volver a su casa, y quizás Hala todavía no había pasado por allí… Decidió sentarse en Pret a Manger a tomar un café. ¿Hacía cuánto no se sentaba sola con Rashid a compartir una tarde? Emma no tenía registro de cuándo había sido la última vez, pero lo que más la enojaba era seguir pensando en todos los "hace cuántos" que con Rashid ya no compartía. "Debes asumirlo, Emma. Tu matrimonio está en crisis y tu marido ni siquiera sabe decirte qué diablos es lo que lo enamora de ti".

Justo cuando se sentaba a disfrutar de su *latte*, recibió un mensaje de Hala, que decía: "Emma, ya he pasado a recoger a los niños. Me hubiera gustado verte, qué pena que no te encontré. Y otra vez: gracias por todo. Y perdón". Ja. "Me hubiera gustado verte…". Ese

comentario era para asesinarla. ¿Hala encima se daba el lujo de echarle cosas en cara? ¿Y el "perdón"? Ese "perdón" le cayó a Emma para el demonio. ¿Perdón por qué? ¿Por haber arruinado su matrimonio? ¿Por haberse marchado justo el día en que Emma había perdido los estribos, como para dejarla en evidencia? ¿Por entrometerse en sus vidas desde hacía meses? Hubiera preferido que Hala no admitiera tener de qué disculparse, porque aquello por lo que Emma debía de perdonarla, no tenía perdón.

A las siete y cuarto volvió a su casa. La señora Abbot servía la cena a George que, distraído, miraba caricaturas en la *tablet*. A Emma no le gustaba que sus niños comieran estupidizados frente al televisor o el iPad, pero la señora Abbot bien había entendido que ese no era un domingo cualquiera… Podían hacer una excepción.

—¿Dónde está Lucy, señora Abbot? ¿Acaso ya cenó? —preguntó Emma, al no encontrar a su hija ni en la cocina ni en el living.

—Lucy no ha querido cenar. Está en su cuarto. Apenas se fue Lina se encerró a llorar. Recién he subido a ver cómo se encuentra y creo que está

dormida. Cuando su amiga se fue hizo un gran escándalo…

Emma permaneció en silencio ante las palabras de su empleada. Le daba pena que Lucy sufriera tanto esta separación; le costaría algunos días, o quizás semanas, acostumbrarse a vivir sin Lina. ¿Acaso debería subir y…?

—Señora Emma… Usted ha hecho bien —la señora Abbot interrumpió sus pensamientos, como siempre con las palabras justas.

Emma devolvió una sonrisa a su empleada y le hizo un gesto de que esa noche no iba a cenar. Besó a George y decidió irse a la cama. Las pocas horas que quedaban de ese domingo deprimente y eterno quizás se pasaran más rápido frente al televisor. Al subir a su dormitorio y ver en la cama el espacio vacío de Rashid, volvió el estrujón en el estómago de los últimos días y quiso llorar, pero se contuvo... Ya estaba cansada de desperdiciar lágrimas en esa mujer.

A la mañana siguiente, la alarma sonó a las siete en punto. Emma había logrado dormir profundamente toda la noche, algo que no sucedía desde hacía tiempo. Después de lavarse el rostro y de elegir un atuendo adecuado para la oficina (un conjunto de pantalón y blazer de Maje, que combinó con sus zapatillas Gucci), bajó a desayunar con sus hijos. Había pensado no ir a trabajar ese día, pero le venía bien la distracción. También había pensado en pedirle a la señora Abbot que se ocupara de alistar a los chicos, pero como era el primer día sin los hijos de Hala, y como Rashid tampoco estaba en casa, decidió que lo mejor sería bajar.

—Buen día, Lucy, ¿cómo has dormido? Saluda a tu mamá —dijo

Emma a su hija, mientras Lucy ingresaba en la cocina refregándose los ojos del sueño.

—Mal, y jamás volveré a dormir bien hasta que Lina vuelva a casa —contestó su hija con los mismos aires dramáticos que su madre había tenido de chica. A Emma le dio ternura y no pudo evitar sonreír. La besó en la frente y la sentó junto a ella. Lo mejor era no prestarle mayor atención a su escena.

—Vamos, Lucy, come tu tostada que hay que ir a la escuela —intervino la señora Abbot, mientras Emma, ensimismada, revolvía el azúcar en su taza de café. Se concentró en repasar las reuniones del día, reuniones que por un momento consideró cancelar, pero que al fin decidió mantener. Cualquier distracción que apagara los otros pensamientos era bienvenida. Seguía sin saber cuándo vendría Rashid a casa, y por la noche él ni siquiera la había llamado para ver cómo estaban los chicos. El dolor de estómago había vuelto a hacerse presente en todo su esplendor… Las mañanas eran siempre el momento más difícil para Emma, cuando estaba más deprimida. Podía sentir la tristeza en el cuerpo. Se dedicó a revolver el café…

George tomaba jugo de naranja y coloreaba un libro de ilustraciones de Peppa Pig mientras la señora Abbot continuaba en pleno forcejeo para que Lucy terminara su chocolatada. La casa se sentía tan silenciosa sin los hijos de Hala… Emma había llegado a encariñarse con ellos, y debía admitir que le resultaba extraño no tenerlos allí. Pero estar de nuevo a solas con sus hijos en la intimidad era algo con lo que soñaba desde hacía meses. No pensaba quejarse. Esa mañana, tenía al menos esa satisfacción.

Pidió un taxi para ir a la oficina en Mayfair. Ir en auto no era opción: el tránsito en Londres durante la hora pico era insufrible. Al ir en taxi al menos podía responder emails. Por suerte, el taxista de esa mañana parecía compartir el letargo de Emma y no intentó forzar la charla.

—Buen día, Emma. Te ves muy bonita hoy —le dijo el portero del edificio al verla llegar. El señor Charleston era un señor mayor con el que Emma normalmente adoraba conversar.

—Gracias, señor Charleston, usted sí que tiene un don para alegrar a la gente —dijo Emma, y rezó para que el ascensor llegara rápido y vacío. Esa mañana no estaba de ánimos para la charla.

Al llegar al quinto piso, fue directo a su escritorio, fingiendo estar muy concentrada en su teléfono para no levantar la cabeza y tener que saludar. “Pensarán que soy una maleducada”, se dijo. “Ni siquiera es que vengo todos los días, y no saludar… Pero bueno: hoy me permitiré todo”. Cerró la puerta, y mientras encendía su ordenador, decidió llamar a la secretaria para beber otro café.

—Enseguida, Emma. Ya se lo subo. Oh, por cierto, su primera

reunión es en diez minutos, pero el señor Fall ya se encuentra aquí.

—Dile que espere, Carol. Súbeme el café, y por favor hazlo pasar cuando sea la hora.

Para Emma, llegar temprano a una cita era igual o peor que hacerlo tarde. Y más en mañanas como aquella… “Pobre el tal señor Fall… pero en el fondo no lo culpo”, se dijo. “Debe de estar nervioso por venir a plantearme la idea de su novela”.

Por lo general, Emma no concertaba reuniones con escritores para que le presentaran sus *briefs*, pero este tal Will Fall era amigo de una editora, una colega que le había pedido encarecidamente que lo recibiera en persona. Además, su agente literario era uno de los mejores de Londres, de modo que había accedido a hacer una excepción. “Qué extraño que un escritor llamado Will Fall no se haya cambiado el nombre. Eso demuestra poca preocupación por las palabras, ya desde el inicio me habla mal de él… (*)”.

Al abrirse la puerta, Emma se quedó petrificada. Will Fall era Will. Will, el del pub de Norfolk. ¿Cuáles eran las chances…?

—Vaya, qué casualidad —le dijo Will, con el mismo rostro lleno de dientes del viernes en que se habían conocido—. Jamás pensé que tú serías esa editora tan exigente que todo Londres respeta tanto.

—Señor Fall, la sorpresa es mutua. Pero tengo un día ocupado, así que le agradecería que se sentara y procediera a contarme de qué trata esta novela que su agente tanto insiste en hacerme publicar —dijo Emma fingiendo ordenar su escritorio y estar en control de la situación, cuando lo cierto era que su corazón latía enloquecido.

—Bueno… Esto es un poco incómodo… pero… mi novela trata sobre ti.

—¿Disculpa? —Emma se detuvo en seco, sin terminar de entender si Will bromeaba o hablaba en serio.

—Exacto, Emma, me he inspirado en el triángulo amoroso entre tu marido y mujer árabe, que en mi novela se llama Jamila. Tú, por cierto, eres Claire…

—Oh, ya veo —dijo Emma, que tomó el manuscrito de Will y hojeó las primeras páginas. No sabía si romperlas en su rostro o echarlo del despacho para sentarse a devorar los primeros capítulos. Qué rápido los había escrito… Se ve que no había querido perder tiempo. ¿Debía estar enojada? Desde ya, no le causaba ninguna gracia que su drama familiar estuviera en boca de cientos de lectores, pero, a la vez, no le nacía enojarse con Will. Ella, más que nadie, comprendía el interés editorial que podría causar una historia así. Y más si estaba basada en hechos reales…

—Vaya que he tenido mala suerte al toparme contigo hoy —aseguró Will—, imagino que estarás enfadada y que jamás considerarías publicar ni una palabra escrita por mí.

—No estoy enfadada, supongo que todo escritor que se precie no duda en inspirarse en charlas de pub. Pero sí estás en lo cierto en que no pienso publicar ni una palabra de todo esto. Yo no perdería el tiempo en proceder con la escritura, porque me aseguraré de que tampoco lo publique ninguna otra editorial. Lo mejor sería que abandonaras la idea ya mismo, Will. Lo que sí me interesa…

—¿Quieres saber el final? —adivinó Will.

—Me encantaría.

—Si accedes a dejar ese insípido café de lado y salir a beber otro conmigo, te lo contaré.

—Trato hecho —aceptó Emma, que de pronto debió reconocer que le divertía la propuesta y la presencia de Will. Ese lunes, que perfilaba aún más deprimente que el domingo, al menos se ponía interesante…

Mientras se dirigían al ascensor, Emma notó las miradas de intriga de sus compañeros de trabajo, a quienes ahora sí se dignó saludar con un gesto desde lejos. Will era joven y buenmozo, ¿quizás por eso les llamaba la atención? ¡Qué metida era la gente! Si no era más que una reunión laboral…

Solos en el ascensor, Emma se reconoció nerviosa y de inmediato le entró culpa por sentirse así. Recordó las palabras que había dicho a Rashid: “En la vida hay que ser y parecer”. Serle infiel a su marido no estaba en su ADN. Más allá de la tristeza, el enojo o la decepción, jamás podría perdonarse algo así. Al llegar a planta baja, miró a Will y con pena le dijo:

—Disculpa, pero de pronto he recordado que estoy muy ocupada y no puedo salir. De todos modos, gracias por la invitación.

Will la miró serio y se quedó callado unos segundos, antes de volver a dibujar su sonrisa característica:

—Como digas, Emma. Tú sabrás. Pero, si te interesa… te cuento que en mi historia la protagonista deja a su marido y se enamora de un joven escritor.

Emma no sintió satisfacción ni se regodeó ante las palabras de Will. En cambio, le causó rechazo que fuera tan cursi y se sintió más convencida que nunca de haber cancelado el desayuno. De pronto sintió nostalgia por todos aquellos meses en la universidad, en los que Rashid había tenido tanta chispa para conquistarla. Por cortesía devolvió a Will una sonrisa rápida, y se fue sin decir más. Desde una esquina del lobby, el señor Charleston observaba la escena, callado.

En su escritorio, Emma decidió cancelar sus otras reuniones y volver a casa. Subió a un taxi cuyo conductor aparentemente tenía buen gusto musical, o al menos coincidía perfecto con su estado de ánimo. En la radio sonaba Céline Dion, la cantante perfecta para el mal de amores que atravesaba Emma. Pidió al conductor que subiera el volumen y miró a través de la ventanilla para distraerse con la vista

de la ciudad.

Al entrar en la casa, lo primero que sintió fue el perfume de Rashid. "Lo único que me faltaba era empezar a delirar…", pensó Emma. Oyó a la señora Abbot que batía en la cocina, ¿tal vez un budín para esa tarde?, y decidió subir directo a su cuarto para trabajar en su *laptop* desde la cama.

Y al abrir la puerta lo que vio fue a su marido, sentado al borde de la cama. Al verla, se puso de pie y fue directo hacia ella. La tomó de las manos y le dijo:

—Me enamora verte preparar el desayuno de nuestros hijos todas las mañanas, mientras tarareas una canción. Me enamora que aunque la gente te crea impecable y perfecta, en casa seas atolondrada y sensible. Me enamora tu pasión por los libros y el trabajo, aunque bien podrías no trabajar. Me enamora la paciencia y el respeto que les tienes a tus padres, que ambos sabemos… es gente difícil. Me enamora que des tu reino por un rico budín de banana y cómo ordenas mis camisas, incluso cuando la señora Abbot ya las ordenó. Me enamora que seas tan testaruda y que dejes tus buenos modos y las formas para defender a tu familia. Me enamora cómo me tocas con los pies debajo de las sábanas cuando quieres hacer el amor. Me enamora que después de siete años de casados, aún sientas pudor de estar desnuda frente a mí. Me enamora…

Emma interrumpió a Rashid con un beso. Encendió la luz de la habitación y lo desvistió. Sí, esa tarde ameritaba dejar las luces encendidas. Pero antes de desvestirse, le dijo a su marido:

—¿Se puede saber qué te hizo dejar tu enojo y volver?

—Esta mañana bajé a desayunar y vi que la mermelada del hotel era la misma que te gusta a ti, de esa marca francesa que no siempre se consigue. Pensé en llamarte para ver si te guardaba una, y… me di cuenta de que te extraño, Emma. Nos extraño a los dos como supimos ser.

—Eres consciente de que nos costará recomponer las cosas, ¿no? —dijo Emma que, si bien deseaba más que nunca reconciliarse con su marido, quería dejar las cosas claras.

—A veces, de los poemas de nuestros sueños debemos bajar a la prosa de nuestras realidades —dijo Rashid, y mientras la besaba le quitó el top.

(*)1 *Will Fall* en inglés significa "caeré" o "caerá".

Epílogo

El primer trimestre de embarazo siempre era, para Emma, una verdadera pesadilla. “Menos mal que el cuerpo es sabio y olvida, si no, jamás hubiera tenido un tercer hijo”, pensó sin dejar de sentir náuseas mientras se lavaba los dientes.

Rashid preparaba el desayuno a los chicos, y ella aprovechó para aplicar su minucioso ritual de cremas. En eso, recibió una *selfie* de sus padres en el teléfono (claramente, mal enfocada), y no pudo evitar sonreír. “Ya quiero contarles acerca del embarazo”, pensó mientras se limpiaba el rostro. El señor y la señora Parker viajaban a Norteamérica a bordo del crucero Queen Mary 2. Su padre siempre había tenido miedo al avión; pero, como el año anterior había sufrido un principio de infarto, se había propuesto “vivir la vida como si fuera el último día” y así, para festejar su nuevo lema, Emma y Rashid decidieron regalarle el viaje.

—Emma, apúrate que Lucy llegará tarde a su clase de islam —gritó Rashid desde la planta baja.

—Qué bien te queda ese suéter azul, querida —dijo Emma ya en la cocina mientras se sentaba a beber su té. Con doce años, Lucy se veía más bella que nunca. Había heredado la figura y el cabello de su madre, con la tez y los ojos oscuros de Rashid.

—Gracias, mamá, pero hay poco tiempo así que date prisa. Además, recuerda que debemos recoger a Lina…

—Oh, cielos, lo había olvidado —dijo Emma, y miró la hora en el Cartier que Rashid le había regalado para el nacimiento de George.

—Lo bueno es que viven en la misma cuadra —rio Rashid, y besó el vientre de su mujer.

Luego de la reconciliación de Emma y Rashid, ninguno de los dos había siquiera sugerido que Hala volviera a su hogar. Pero los alquileres en Londres eran caros, y no pasó tiempo hasta que Rashid debiera ofrecerse a pagar el piso de Hala, cuyo nuevo trabajo en una boutique de Knightsbridge no alcanzaba para tanto. Así, los meses se convirtieron en años y ya quedaba claro que Hala y sus chicos no regresarían; en todo caso, Emma consideraba el pago de aquel alquiler como una inversión en pos del buen funcionamiento de la familia y de su propia salud mental.

Desde que Hala no vivía con ellos, Emma había dejado de lado sus celos. Y lo cierto era que cada vez apreciaba más a aquella mujer de

cabello negro y modos delicados. Hasta podría decirse que había encontrado en ella una suerte de amiga, con la que compartía aún más que con muchas de sus amistades de siempre. El amor de ambas por el arte era solo una de las tantas cosas que tenían en común. Además, Emma admiraba a Hala, y la admiración siempre había sido la cualidad que más valoraba en sus seres queridos.

—Vamos, mamá, termina de una vez el té —dijo Lucy, y Emma dio un último sorbo. Se llevó en la cartera un trozo de pan para comer en el viaje. Con las náuseas, era lo único que lograba digerir…

Cuando llegó a recoger a Lina, Hala la aguardaba en la puerta, y con solo verle el rostro Emma supo que tenía algo para decirle. Por suerte Lucy llevaba puestos sus auriculares, así que no prestaría atención.

—Lina no tardará en bajar —dijo Hala.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Emma.

—¿Tan obvia soy? —rio Hala—. Bien… ocurre que mañana por la noche debo salir, y quería saber si mis niños pueden quedarse en tu casa...

—Desde ya, cuenta con nosotros —dijo Emma —. ¿Tienes clase de dibujo? ¿O qué es lo que tienes que…?

En verdad, no hacía falta que Hala respondiera.

—Bueno, resulta que, luego de tanto, tengo una cita… con un hombre.

—¡Qué bueno, Hala! —Emma rio tan fuerte que por un instante temió que Lucy apagara la música y escuchara su conversación—. Vaya que eres pícara, ¿eh? Lo tenías bien guardado, cuéntamelo todo…

En eso, Lina apareció en la puerta de la casa, y antes de que terminara de acercarse a ellas, Hala se aproximó a Emma para decirle en secreto:

—Salimos hace poco tiempo, no mucho, pero lo suficiente como para que sepa que me lo ha enviado Ahmad.

Emocionada, sonrió y le dio un fuerte abrazo a Emma, que le devolvió el gesto.

—Hola, señora Parker, gracias por recogerme —dijo Lina muy educada al subir. Antes de poner en marcha el coche y partir, Emma guiñó un ojo a Hala. Porque sí: era cierto que le deseaba lo mejor.

Al regresar a su casa, Emma dudó en llamar a su marido para contarle acerca de las novedades de Hala, pero prefirió esperar. No era suya la noticia… Además, quizás la relación no prosperaba. Todo podía suceder.

Entró a la cocina y allí estaba la señora Abbot, sentada en la mesada, como si estuviera esperando su regreso.

—¿Qué ocurre, señora Abbot? ¿Por qué tan seria?

—No ocurre nada malo, señora Emma, es solo que… he encontrado algo en el cuarto de Lucy… pero no sé si me corresponde a mí contárselo a usted…

—Claro que le corresponde. Lucy es una niña y, hasta no ser mayor de edad, su privacidad es limitada. ¿Qué ha encontrado?

De pronto, Emma pensó lo peor. Siempre creyó que su hija no era como esos preadolescentes rebeldes y estaba lejísimos de probar el cigarrillo o la marihuana pero ¿acaso no es eso lo que piensan todos los padres de sus hijos? Por otro lado, a los doce años se es muy joven para esas rebeldías, aunque en la actualidad…

—Una mancha de sangre en la cama, señora Emma. Parece que Lucy ha tenido su primera menstruación.

—Oh, señora Abbot, ¡vaya que me ha dado un susto! Bueno, gracias por ponerme al tanto, ahora deberé esperar a que Lucy me comunique la novedad.

Emma subió a su cuarto para responder correos electrónicos de trabajo. Debió reconocer que estaba emocionada. ¿En qué momento su pequeña Lucy había crecido tanto? Pero no había tiempo para pensar en eso ahora. Hacía como una semana que no se sentaba tranquila con su computadora y la abrumó ver todo el correo que tenía por leer y contestar. Una hora más tarde, salió para recoger a Lucy y Lina por su clase de religión. Al ver a las jóvenes dirigirse al auto, le llamó la atención el rostro de Lucy, más serio de lo normal. De pronto, Emma recordó cómo había sufrido ella el día que tuvo su primera menstruación. Se había encerrado en el baño a llorar, asustada de los cambios que sabía que se avecinaban. Emma siempre había temido al cambio… Luego, recordó también el enojo que había sentido hacia su madre, que había contado al señor Parker la noticia de Emma. Se había sentido ultrajada en su intimidad. “Si Lucy me escuchara decirle a la señora Abbot que su privacidad es limitada hasta ser mayor de edad, me acribilla”… se dijo Emma, y sonrió al pensar cómo todos los padres terminan haciendo lo mismo que odiaban de sus progenitores.

Lucy y Lina subieron al auto y saludaron a Emma con un beso. Las niñas hablaban por lo bajo y Emma fingía no prestar atención, sino tararear la canción de la radio. Cuando por fin llegaron a lo de Lina, y Emma quedó a solas con su hija, aprovechó el viaje para conversar:

—¿Cómo estas, Lucy? Te noto muy seria. ¿Ha ocurrido algo…? ¿Hay algo que quieras contarme?

—Mamá, al menos esmérate en ser disimulada —dijo Lucy, y Emma notó que su hija no miraba hacia el frente, sino por la ventana.

—Bueno, querida, ya sabes que al ser tu madre me gusta estar al tanto de todo lo que te ocurre. Me he enterado acerca de que… ya eres una mujer…

—No tuve tiempo de limpiar las sábanas esta mañana y sospeché

que la señora Abbot te lo iba a contar.

—Disculpa que nos hayamos entrometido en tu intimidad, querida. Yo he sufrido mucho apenas tuve mi primera menstruación. Es normal que estés asustada y es normal que…

—No estoy asustada, mamá —contestó Lucy, que ahora sí miraba a los ojos de su madre a través del espejo retrovisor.

—Oh, bueno, mejor así. Lo que sí, te doy mi palabra: no le contaré nada a tu padre, ni a nadie.

—No hará falta que les cuentes, mamá. Lo notarán solos.

—¿A qué te refieres, Lucy? —dijo Emma, sin comprender la actitud de su hija.

—A que desde ahora empezaré a usar velo. Ya lo dijo Mahoma… ¿No? Una vez que la mujer alcanza la edad de la menstruación, ninguna parte de su cuerpo debe ser vista, a excepción de la cara y las manos.

Menos mal que habían llegado a su casa, porque Emma temió chocar ante la sorpresa que causaron las palabras de su hija. En cambio, aprovechó para detener el auto y girarse para mirarla a los ojos. Se tomó unos segundos en silencio, sin saber qué decir. Lo cierto es que no estaba del todo sorprendida; Lucy estudiaba islam desde hacía tres años y era inevitable que este día llegara alguna vez. Por un lado, Emma se reconoció orgullosa de su hija, que tenía ideales tan firmes, pero sintió algo de pena también. Y sabía que no había nada que pudiera hacer al respecto… Si Emma se oponía, sería peor. Además, ¿quería oponerse? La respuesta era que no. Había jurado a Rashid que jamás se opondría a sus hijos, si ellos deseaban, libremente, convertirse al islam. Y Lucy había sido cien por ciento libre. ¿Cierto…? Sintió la contradicción en lo más hondo de su ser. ¿Cómo era posible sentir amor, resignación y pesar, todo a la vez? Deberían inventar una palabra para ese sentimiento. ¿Qué sería de esa hija, que crecería como mujer musulmana en un país que no siempre era justo con los portadores de aquella religión? ¿Y cómo podría aconsejarla, como madre, si nunca había llevado un velo ni sentido cómo era vincularse con los hombres, y con el mundo, desde ese lugar? Al menos tenía a Hala, que podría ayudarla… acompañarla a Emma, para que ella pudiera acompañar a su hija a su vez… Miedo. Ese era el sentimiento preponderante. Miedo por ser inútil en su rol de madre. Miedo porque Lucy se enfrentara a adversidades, solo por su religión, y sumadas a todas las que ya debería enfrentar por ser mujer. Miedo porque su hija la fuera a desplazar… Emma frotó su vientre. De pronto, vio los ojos de su hija, que esta vez no la miraban serios, sino esperando, ansiosos, una respuesta. Emma no iba a darle cabida a sus miedos. Al menos, no hoy.

—Está bien, Lucy. Si así lo quieres me parece muy bien —respondió

Emma, sin estar convencida, aunque sí, de pronto, entusiasmada: ya sabía sobre qué escribiría su segunda novela.

Londres, 2016-2018. Will Fall

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Epílogo